

LIBRO MAS DE ALTA

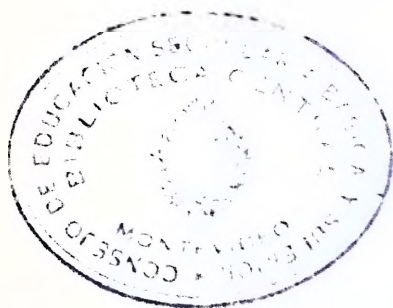


**INFANCIA
ADOLESCENCIA
JUVENTUD**

ISIDRO MAS DE AYALA

INFANCIA ADOLESCENCIA JUVENTUD

Del curso dictado en 1939
en el Instituto de Estudios Superiores de Montevideo



A Monteverde & Cía. - Editores.
MONTEVIDEO

1940

VICENTE LAGATTA
DISEÑO

NUESTROS PROPÓSITOS

Hemos considerado siempre, que un médico, aun trabajando sin descanso en el hospital mejor dotado, no cumple enteramente su misión si no sale a la sociedad, que ha sido llamada con razón la antecámara de la clínica, para realizar una función de prevención e ilustración, señalando los peligros más graves y frecuentes y dando la voz de alerta en una acción de difusión de conocimientos, de valiosa importancia para la salud individual y colectiva.

Es el concepto de esa función social que nos ha llevado a publicar este libro, que procura dos propósitos principales. Es uno de ellos, poner de relieve, para que se trate de evitarlos, los errores y riesgos en que se incurre frecuentemente en la educación de la infancia y de la adolescencia. Es el otro, ayudar a la comprensión entre las generaciones de distinta edad, de modo que sus conflictos y resentimientos inevitables produzcan menos dolor.



Así como en las carreteras grandes letreros previenen la proximidad de curvas peligrosas y de pasos a nivel donde el automovilista debe disminuir su velocidad y aun mismo colocar, por precaución, su pie en el freno, del mismo modo existen en la vida del individuo periodos tales, entre otros, como la edad escolar, la pubertad, la adolescencia, las crisis evolutivas, en los que debe llamarse la atención sobre los peligros que entonces existen para la salud psíquica del individuo. Los médicos recogemos en los lechos del hospital los restos vencidos en los desastres de la carne o del espíritu doloridos. Debemos adelantarnos a señalar a todos las zonas peligrosas, fáciles para la zozobra, donde debe guiarse a quien allí se interna como se hace con los pilotos de los barcos navegantes en los canales y promontorios donde se esconde el duende de los naufragios.

En esta obra destacamos la atención especialísima que requiere la educación de la infancia, dado que los errores que entonces se cometen tienen desfavorables consecuencias en el futuro desenvolvimiento. Las fuertes emociones que se experimentan a esa edad dejan su huella en el psiquismo para toda la vida. La moderna psicología destaca el valor de los traumatismos emotivos sufridos por el ser en su temprana edad. Los médicos alienistas vemos todos los días enfermos psíquicos cuya afección tiene su origen psicógeno en una fuerte emoción experimentada en la infancia. Y tal hecho, que es de observación corriente, es sostenido y demostrado por toda la escuela psicopatológica de Viena, que proclama la infancia como germen y compendio, centro y núcleo de la futura vida del individuo. Por ello, para comprender la causa de las heridas y huellas que han quedado en el espíritu de un individuo — y poder prestarle eficaz ayuda — hay que retroceder en su vida hasta el punto en que haya sufrido el traumatismo psíquico, la conmoción emotiva que lo ha deformado y que es generalmente en la época en que entró en contacto con el mundo de los adultos.



Por otra parte, muchos resentimientos y conflictos entre las generaciones son provocados o aumentados por una falta mutua de comprensión. Si los padres comprendieran que los impulsos de independencia de sus hijos — que revelan que en ellos se ha formado una libre personalidad — no deben ser tomados como actos de desobediencia, porfiada obstinación e irrespetuosidad, experimentarían menos dolor por las heridas repetidas que por ello reciben. Si los adolescentes comprendieran que la actitud severa y el conservadurismo de sus padres es el resultado natural de la función de la experiencia y de la realidad, serían menos injustos en sus juicios radicales y experimentarían y producirían menos dolor.

A los adultos, heridos por la porfiada rebeldía de los jóvenes y a los jóvenes, impacientes porque la edad madura no

sigue sus propósitos ni comparte sus anhelos, debe recordárseles el precepto moral de Cicerón, según el cual uno de los principales deberes del hombre es que cada ser cuide y mantenga la originalidad de su carácter, la independencia de su criterio, lo que haya en él de personal y propio, respetando de este modo la voluntad de la Naturaleza “que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo”, pues, tan sabio precepto es aplicable enteramente al deber de las edades del hombre, cada una de las cuales — adolescencia, juventud, madurez — tiene su carácter, su personalidad y su criterio, a los que no debe renunciar, puesto que con su olvido o aplicación inadecuada defrauda el ser la función que la Naturaleza en su distribución le había asignado.

Otras veces, el dolor que una persona experimenta proviene de la circunstancia de adjudicar carácter de definitivo e irreparable a lo que sólo es pasajero y transitorio. Hemos visto a madres alarmadas extraordinariamente al comprobar el porfiado espíritu de terquedad y empecinamiento de sus pequeños hijos ya a la edad de tres años. ¡Cómo serán después...!, afirmaban con pena, no sabiendo que justamente en torno a los tres años, pasa el niño por un periodo de singular rebeldía y oposición que luego disminuye fisiológicamente. Y aun, en mayor grado se han alarmado y atormentado muchos padres frente a la ingratitud, la desconsideración y hasta mismo la crueldad, que revelan actos de sus hijos entre los 16 y 20 años, ignorando que tales reacciones son etapas de la evolución psíquica, por las que todos los hombres han pasado y que transcurren también como los estados de desarmonía física por las que pasa en su crecimiento y desarrollo orgánico.

Quien lea este libro conocerá situaciones semejantes y su conocimiento le salvará de caer en el desaliento, a veces en la injusticia y, a menudo, también en el dolor tomando por irregular lo normal, por anarquía la variedad, por opuesto lo coactuante y por definitivo lo transitorio. Y será más justo,

mas humano y menos exigente y absoluto a medida que sea más rica en la facultad de comprender.



Comprender... Si como aquella vez en el Arca se puso de cada especie un ejemplar, hubiera que salvar, frente a un suero diluido, de cada ser viviente la facultad fundamental, no dudamos que del hombre se eligiría la comprensión, germen y síntesis al mismo tiempo de todas las otras facultades, la mas humana y superior de todas ellas y sin la cual el hombre puede provocar mucho dolor y grandes injusticias. Falta de comprensión, puede el hombre pasar mismo al lado de sentimientos delicados, profundos, a veces desesperados y en ocasiones desgarradores que claman ayuda, sin sospechar siquiera su presencia. Shelley, que tenía razones para saberlo, afirmaba que no basta ser sincero y tener intenciones honestas, pues se puede hacer tanto mal por falta de comprensión que por maldad.

No en vano el poeta puso el completo perdón en la total comprensión. Si se ha dicho del conocimiento que es el hazgo de las analogías y de las relaciones entre las cosas, el proceso de la comprensión consistiría en vivir por sí mismo estados de espíritu semejantes a los que se quieren juzgar o evocar en el recuerdo interior formas de vida análogas por las que se ha pasado. Por ello, la edad madura debe estar dotada de mayor comprensión que la adolescencia y la juventud, edades que por hallarse en pleno problema y animadas por enigmas y elementos que las conmueven profundamente, carecen del punto de vista, fuera y por encima de sí mismas, necesario para apreciar el valor de factores que sobre ellas están actuando activamente.



La higiene mental del niño en la edad escolar, la educación del niño y del adolescente nerviosos, la situación artí-

ficial del hijo único, el estudio de las vocaciones, la orientación profesional, el problema sexual en la adolescencia, las causas de las neurosis en los jóvenes, serán, entre otros temas de igual importancia, motivo de nuestro estudio. Para escribir este libro nos ha servido la observación directa de la vida de las edades jóvenes, a cuyo estudio hemos dedicado con gusto mucho tiempo. Dado que es ésta una obra de difusión y prevención, no hemos buscado en nuestras manifestaciones la originalidad por ella misma. Nuestra pluma será la expresión de nuestras observaciones, pero también de nuestras lecturas y meditaciones. Por ello, el lector erudito encontrará puntos de vistas coincidentes con las obras que excelentes autores han dedicado a estos mismos temas: Carlota Bühler, Stanley Hall, Walter Hoffmann, Aníbal Ponce, y, en especial, Eduardo Spranger, cuya importante obra sobre la edad juvenil es tan valiosa y fundamental como la de Preyer sobre la psicología del niño. Se hallarán en este libro apreciaciones coincidentes con las del talentoso profesor alemán, aunque no compartimos en modo alguno su injustificado desprecio por la biología y la fisiología, cuyos datos desdeña, siendo así que, a nuestro juicio, son esas dos ciencias auxiliares valiosos de una psicología comprensiva.

INFANCIA

NUESTROS HIJOS



Si nadie puede negar los beneficios que tiene para toda persona el conocimiento y la observación de los preceptos que dicta la Medicina preventiva en su acción de profilaxis, sus ventajas son más evidentes aun cuando se refieren a la edad infantil, puesto que entonces la higiene mental, no sólo puede prevenir y evitar la aparición de enfermedades, sino que fortifica y aumenta las fuerzas psíquicas y hace así mayores sus posibilidades de realización para la vida adulta. Mediante la gimnasia practicada en buena hora los padres buscan dotar a sus hijos de un buen sistema muscular y orgánico. Del mismo modo debe hacerse en lo psíquico y no solamente en la parte intelectual sino también en lo afectivo, esto es, en lo ético o moral. El jardinero sabe bien los cuidados minuciosos y delicados que requiere la planta joven, no sólo para prevenirla de los ataques físicos de la intemperie, sino para que, cuando llegue a ser planta adulta, sea bella, fuerte y perfecta.

Interpretando erróneamente el viejo aforismo latino "mens sana in corpore sano", padres y educadores físicos han creído que, procurando dotar al niño de un organismo fuerte, musculoso y sano, se obtenía por una acción paralela y concomitante un desarrollo sano de su espíritu. No es esto, sin embargo, así; es fácil encontrar ejemplos en que dicho paralelismo no existe y el propósito del adagio latino no es otro que indicar que ambos elementos, espíritu y cuerpo, deben cultivarse con igual atención procurando la salud de ambos.

Del error que acabamos de anotar surge la consecuencia de que los padres que, frente a una enfermedad física, una herida o un traumatismo de sus hijos, recurren de inmediato al auxilio médico, no emplean generalmente igual premura en el caso de un trastorno emotivo, un desorden psíquico o alteraciones afectivas, esperando que ello pase con la edad o cumpliendo, a lo sumo, con los consejos de los anuncios o del empirismo. Piérdese, de este modo, un tiempo valioso, el mismo que perdería el jardinero esperando que la menuda plantita sin tutor se levante sola, lo que se agrava pensando que son en los males de la infancia donde debe redoblar la atención, pues ellos, psíquicos y físicos, tienen generalmente una proyección profunda sobre la futura vida del individuo.

La conducta que adopten padres y educadores frente al niño tendrá para éste una acción definitiva. Son ellos los alfareros que trabajan con la arcilla blanda y generalmente no se extinguen más las huellas ni la forma que se dejen en esa edad, precioso cultivo de esperanzas sobre cuyo destino se pueden influir, para su floración o su tronchamiento, desde los primeros pasos. Los padres y los maestros son para el niño de edad escolar los arquetipos de la autoridad, la sociedad, los adultos. Y bien se ha dicho que la actitud de todo hombre frente a la autoridad y, en especial, a los problemas emocionales e instintivos, sigue siendo la que ha sido condicionada en la infancia por los padres, tipos simbólicos definitivos. Esto lo saben bien los directores de esos vastos planes de acción colectiva que en diversos países de Europa buscan modificar y dar otra organización a la sociedad entera: se han dirigido en especial en su acción a la pequeña infancia a la que presentan ya los símbolos, los atributos y los principios que se busca hacer permanentes y largamente

durables. ¿Por qué no ha de hacerse lo mismo para el bien moldeando con técnica semejante, en la arcilla blanda, principios auténticos de amor, de belleza y de verdad?



Sobre la educación que se ha dado a los niños desde hace largos años ha tenido su consecuencia desfavorable el error en que vivió la Psicología clásica e intelectualista al sostener la omnipotencia de la razón, esto es, la predominancia del intelecto sobre los sentimientos, parte afectiva a la que no se reconoció entonces la importancia considerable que la moderna Psicología con Bergson y Husserl, y la Psicopatología con Bleuler, Kretschmer, Freud, Janet, habían de colocar en primer plano. Aquellas razones del corazón de que hablaba Pascal, el predominio en los actos y en las determinaciones del ser humano del sentimiento y su afectividad sobre el hombre "sapiens", es un hecho ya puesto definitivamente en evidencia y que sin embargo, no tiene aún sobre los programas escolares la influencia preponderante que su jerarquía reclama.

Se creyó que de la instrucción intelectual dependían las facultades morales, sin reparar que la educación del niño, en quien se realice sólo el desarrollo de sus funciones intelectuales, es tan mutilada e incompleta como sería, se ha dicho, la de un ave que desarrollara sólo un ala. Los psiquiatras tenemos repetidamente ejemplos de esta sobreestimación excesiva de la inteligencia, en la apreciación total de la personalidad, viendo frecuentemente enfermos en quienes las operaciones intelectuales hallan totalmente conservadas, pero son anuladas, estériles y mismo perjudiciales, a causa de trastornos afectivos que las inutilizan o las desvían. Y estoy seguro que no es ajena a la situación de in-

quietud en que se halla el hombre civilizado actual y en el que existe una monstruosa desproporción entre las enormes realizaciones de su técnica y la pequeñez, si no atrofia, de sus sentimientos afectivos de solidaridad, esa educación que ha recibido durante todo un siglo desde los bancos de la escuela y dirigida en especial sobre los conocimientos intelectuales y con olvido de un desarrollo paralelo y simultáneo de la parte de sus afectos y de sus sentimientos.

EL ALMA DEL NIÑO

Cuando por primera vez se aparta la pequeña manito del niño de un objeto que deseaba tocar, su tierno cerebro, en tinieblas como lo estaba el mundo en el primer día del Génesis, comienza a comprender que hay cosas que le están vedadas, que no debe tocar y que no son suyas. Termina, en ese instante, su mundo mágico y empieza su educación que, cada vez más y hasta el fin de sus días, le recordará lo que le está prohibido, limitando su esfera de acción por el respeto a los derechos de la sociedad en que se halla.

Se ha definido acertadamente la educación desde el punto de vista psicológico como un compromiso entre las tendencias afectivas e instintivas del individuo, que son en principio puramente egoístas, y las exigencias de la sociedad. En efecto, desde su nacimiento exterioriza el niño sus tendencias instintivas, perentorias y egocéntricas, procurando de un modo impostergable la satisfacción de sus propósitos y tendencias. En su primera infancia obedece exclusivamente a sus deseos, primeramente por la necesidad que ellos significan, pero luego por el placer que su satisfacción le produce. Y el bebe que, al principio sólo lloraba cuando tenía hambre o necesidad de calor, llora después, aunque no sienta tales necesidades, por el placer que le produce el alimento o el calor materno. Mediante el llanto, a veces mismo copioso, se ven los propósitos de un pequeño tirano que comienza. Pero no tarda la educación en enseñarle a subordinar la expresión de sus deseos a las necesidades de quienes lo rodean.

Y cada uno de los días que pasan y todos juntos le enseñan que debe subordinar sus tendencias egoístas, instintivas, personales, al interés de la sociedad, que a esa edad se ejerce por medio de la familia.



Podría afirmarse que la educación es el aprendizaje de las inhibiciones, la enseñanza de lo que nos está prohibido, siendo así que podría decirse con propiedad que el ser mejor educado es aquel que tiene un mejor dominio de sus inhibiciones sobre sus tendencias instintivas y personales. Por ello, es que en la vida colectiva un individuo sin esas inhibiciones comete tales atropellos que trastornan a la sociedad, como lo haría al tráfico de una ciudad un auto sin frenos.

El niño nace egoísta y preocupado solamente de sus propios deseos y debe hacerse de él un hombre educado, esto es, respetuoso, del derecho de los demás. Es difícil la tarea ésta, de educación, pero, del modo como los encargados de ella, padres y educadores, la realicen depende muchas veces la salud o la predisposición para la enfermedad mental del individuo.

Veamos las faltas más frecuentes que pueden ser cometidas en la educación del niño y que pueden tener desfavorables consecuencias en su futuro desenvolvimiento.

Si la represión de las tendencias instintivas del niño se hace de una manera ruda y excesivamente enérgica, se corre el riesgo de destruir en él para siempre la expresión natural de su personalidad, de sus sentimientos individuales, la confianza en sí mismo y que, cuando a su entrada en la edad adulta, llegado el instante de la exteriorización espontánea y libre de tales sentimientos personales, éstos hayan

dejado de existir, ahogados en la infancia por una represión severa y rígida.

Si la educación del niño no se hace de un modo natural, y los padres y educadores recurren en su tarea de represión a castigos severos o invocan la existencia del infierno o la posibilidad de sufrimientos físicos que aterran, no es difícil hacer del educado un niño nervioso, tímido, torturado por problemas morales, en cuya futura vida de adulto surjan obsesiones, angustias, sentimientos de culpabilidad y de expiación y mismo tendencias mórbidas, consecuencias a distancia de aquellos castigos y de aquellos errores. A los lectores que crean que exageramos, le indicamos, entre muchas obras biográficas que podrían citarse, la lectura de "Las Confesiones" de Jean Jacques Rousseau, escritor y filósofo a quien nadie podrá negar un justo sentido de la realidad y la extraordinaria autobiografía de Augusto Strindberg, tan rebotante de profundas observaciones de alto valor psicológico.



Al niño, a quien se le reprime la ejecución de un acto, hay que darle la oportunidad de que libere su espíritu de la carga contenida y que iba a exteriorizarse en aquel acto. Padres que continuamente retan a sus hijos porque no se quedan quietos, porque tocan todo, porque hacen ruido, porque corren en la calle, ¿han reparado si dan a esos niños la ocasión y el espacio para la expansión de sus movimientos y de sus juegos, tan necesarios a esa edad como el alimento? En el adulto es posible dirigir hacia otros fines la energía que por razones éticas o sociales no puede exteriorizarse según sus primitivos deseos y sus tendencias instintivas, pero en el niño no existe aún ese mecanismo de transferencia o de conversión, por cuya razón es vano el propósito

de refrenar sus juegos, sus movimientos y su instabilidad, fisiológicos a esa edad.

La falta opuesta a la educación severa que pueden cometer padres y educadores es rodear al niño de un ambiente fácil, de halago, de satisfacción pronta y sin dificultades de sus menores deseos. Este ambiente, que es el que muchas veces rodea al hijo único, es artificial y no prepara al niño acertadamente para la vida adulta donde le esperan situaciones desfavorables, difíciles, para cuya lucha no ha sido preparado. Como este punto por su importancia merece ser considerado aparte, será motivo del capítulo que sigue.

EL HIJO ÚNICO

Se nos pregunta si, dado que la vida en familia debe ser para el niño el aprendizaje y la preparación para su vida adulta, el hijo único, rodeado generalmente de un ambiente fácil y halagador, sin competencias ni dificultades, no estará en condiciones de inferioridad, desde el punto de vista de la educación que recibe en ese ambiente especial que le rodea.

Debemos responder que conocemos múltiples casos de hijos únicos cuyo desenvolvimiento ha sido correcto, pero que, en general, en efecto, la educación de un chico, en tales condiciones, se hace en circunstancias especiales y debe requerir de padres y educadores una atención particular.

El fin ideal de la educación del niño es, sin duda, ilustrar su mente y fortificar su espíritu para que al entrar en la lucha por la vida no le arredren ni lo vencan las dificultades, las oposiciones ni los factores adversos que fatalmente ha de encontrar. Al ingresar al liceo o al prepararse para una profesión, halla el adolescente un campo de lucha que no es el mismo que aquel donde acaba de desarrollarse su infancia. Rivalidades, competencias, celos, necesidad de transar, y, mismo de apurar el trago amargo de los contrastes, y a veces hasta de las injusticias, tales son las condiciones desfavorables que fatalmente ha de encontrar entre los 12 y 14 años, esto es, en su entrada en la adolescencia.

El hijo único, habitualmente criado y educado entre los afectos y cuidados excesivos de padres, y en especial de los abuelos, ¿está preparado, diríamos

vacunado, para entrar en esa lucha sin grandes conmociones emotivas? Generalmente, no. La falta de hermanos con quienes dividir sus juguetes, sus golosinas y el afecto paterno, hacen del chico en esas condiciones un ser excesivamente halagado, mimoso, individualista, no habituado a dividir, a transar, a contemporizar, viviendo en una atmósfera de pequeño príncipe, por la satisfacción fácil y total de sus gustos, y de pequeño tirano, por su hábito de no contemplar en sus deseos los intereses y los deseos de los demás.



La educación, desde el punto de vista psicológico, puede ser definida como una transacción entre las tendencias instintivas y afectivas del individuo, que son en principio puramente egoístas, y las exigencias de la sociedad, que en la edad infantil se ejerce por medio de la familia. Siendo esto así, una familia con varios hijos se halla en condiciones naturales para su educación, puesto que los gustos y los deseos de cada hijo hallarán un límite en los deseos de los restantes, que son sus camaradas con iguales derechos, sus compañeros y también sus rivales.

El hijo único, en cambio, crece no sólo sin camaradas para sus juegos, sino, lo que es más importante, sin rivales que le disputen sus golosinas y le obliguen a dividir la posesión de sus juguetes. En tales condiciones, piensan naturalmente que la vida siempre les seguirá dando todo lo que ellos pidan. Y cuando, por evolución de su edad, se hallan en contacto con la dura vida enemiga, experimentan un choque, para el cual no estaban preparados.

Cuando Don Segundo Sombra, en marcha con su tropa para la tablada, al rayar el día, halla al reserito de 13 años, rendido de cansancio, durmiendo, lo sacude y le despierta diciéndole: "Hacete duro,

muchacho". — Sabida es la educación recia que los griegos y romanos daban a la adolescencia, aguerrida para las luchas, los combates, las rivalidades. ¿Qué es esa dureza que deseaba Don Segundo para su reserito sino la preparación eficaz para la vida, la vacunación contra la adversidad, los contrastes y las dificultades de la vida como ya lo está contra la viruela o la difteria?

Repetimos que conocemos múltiples casos de hijos únicos cuya evolución se ha realizado normalmente, pero puede verse también repetidamente la dificultad con que niños en tales condiciones, se adaptan a la vida de liceo o de trabajo, ambiente más duro que aquel donde hasta entonces vivían.



El niño mimado, criado en un ambiente sin dificultades, al hallarse frente a la vida ruda puede reaccionar de diversas maneras. Una de ellas es el repliegue en sí mismo, el retraimiento; el pequeño príncipe, que lo era en su casa, deja de serlo, y bruscamente, en la vida real. La timidez, el apocamiento, la retirada frente a las primeras dificultades, son sus reacciones habituales. Puede serlo, a veces mismo, su refugio en un mundo imaginativo puramente personal, donde por el ensueño ficticio siga hallando la satisfacción que le rehusa la vida. Otras veces, el pequeño habituado a ser el centro de la atención y a deslumbrar con sus dotes a sus padres y abuelos, que le forman una corte complaciente para el aplauso y el halago, se considera, en efecto, dotado de facultades extraordinarias y de excepción. Pequeño pedante, imperativo, mandón, celoso, no tarda en ser percibido por sus nuevos camaradas, con ese agudo sentido travieso de los niños, y entonces es el Tartarín de Daudet, es Dorante de Le

Menteur de Corneille o alguno de esos pequeños personajes de los cuentos de Averchenko, sutil conocedor del alma infantil.



Siendo esto así, ¿qué deben hacer los padres del hijo único? Puede observarse que cuando a un chico en tales condiciones le llega un hermanito, se produce en su espíritu un cambio extraordinario y muy favorable. Pasada la primera etapa de celos legítimos, se modifica ventajosamente el carácter del hijo que ya no es único. Menos individual y egocéntrico, se hace más contemporizador y generoso en el nuevo papel de hermano mayor, protector, comprensivo y paciente.

Cuando no es posible dotar al hijo del hermano que tanto lo beneficia en la conformación de su carácter, débesele colocar con frecuencia y tempranamente en compañía de otros chicos, siendo conveniente enviarlo ya a los cinco años de edad a esos jardines de infantes donde hallará, para el juego y el esparcimiento, los compañeros que le faltan en el hogar. Los padres deben fomentar sus amistades y, en especial, con chicos de su misma edad. Los muchachos más grandes no le contemplarían en sus juegos y con los más chicos no tardaría en dirigirlos y mandarlos.

Mediante el fomento de sus amistades infantiles, la compañía de amigos y primos que lo saquen de su aislamiento y compartan sus juguetes y sus golosinas, el hijo único puede reemplazar los hermanos que no se le han dado. Los padres, con el conocimiento de lo que deben hacer para suplir la situación artificial de su niño, reemplazarán a los hermanos en sus juegos y deben cuidarse de no estimular al pequeño tirano y al pequeño príncipe que sólo es-

pera que se llame para aparecer. Cuando ya están en edad adecuada, benefician considerablemente por su concurrencia a asociaciones deportivas y culturales donde hallarán, además el espíritu de equipo que les falta, espíritu de equipo que es cada vez más necesario en la vida actual colectivista. Tal es la conducta vigilante y atenta que aconsejamos y que es la que han seguido sin duda los padres de esos múltiples hijos únicos que conocemos y que se han desarrollado tan correctamente como los hijos de familias numerosas.

La relación del individuo con lo que considera para él la realidad no es la misma durante todo el curso de su existencia, sino que cambia con el distinto grado de desarrollo anímico y es diferente para cada edad de su evolución vital. Por ello, el niño, el adolescente, el adulto y el anciano viven en mundos distintos y la realidad tiene caracteres diversos para cada una de esas edades.

El mundo de la niñez, especialmente entre los tres y siete años, tiene características particulares debidas a la intervención predominante de las creaciones ilusorias y libres de su imaginación. Su alma es entonces egocéntrica, todo lo que ve lo refiere a su yo que toma como centro del mundo; todas sus representaciones mentales son atropomórficas, tomando como modelo y eje a los adultos, cuyo poder y sabiduría admira y considera sin límites; y tiene de la realidad una representación mágica a causa del incompleto e imperfecto conocimiento que a esa edad tiene del mundo real de cosas concretas.

El niño vive, pues, en otro mundo que nosotros y, como lo observa Spranger, cuando afirmamos que en la vida del niño hay una predominancia de la fantasía no nos expresamos con exactitud, puesto que las diferencias que tiene en el espíritu del adulto la realidad de lo que es sólo creación ilusoria de su imaginación, no existen en el psiquismo del niño, que no distingue en buen número de casos la realidad de la fantasía. Quizá nunca se haga en el espíritu del adulto totalmente la diferencia justa y completa entre esos dos conceptos y siempre queda

un resto de ilusión entre las creaciones que suponemos reales, pero en el mundo infantil la intervención de la fantasía es predominante y tiene la ilusión muchas veces tal real existencia como para nosotros adultos nuestra realidad objetiva material.

Esa falta de distinción en el espíritu del niño de lo que es fantasía y lo que es realidad, y que es análoga a la creencia firme del enajenado en la realidad de las creaciones de su delirio, lo aleja como materia para nuestra comprensión, puesto que no sólo son distintos los puntos de vista, infantil y adulto, sino que también son diferentes los elementos y valores que se observan. Por tales razones, nunca serán completas ni exactas las descripciones del mundo del niño hechas por los adultos, puesto que ya no podemos penetrar en dicho mundo porque, como lo dice Holderlin, "nuestra alma ha madurado en exceso". Por ello tiene razón Spranger cuando afirma que para la vida del niño existen y tienen importancia muchas cosas que para nosotros no existen o carecen de valor, y, a la inversa, hay muchas cosas que no existen en absoluto para el niño aunque se diría que las tiene delante de los ojos.



En el alma infantil, la fantasía no sólo produce la satisfacción ilusoria y libre de los deseos, cumpliendo así una función compensatoria y de evasión de la situación de inferioridad en que se halla el niño en el mundo de los adultos, sino que también es mediante el juego de la fantasía que el espíritu del niño se interna y hurga en el conocimiento de las cosas y seres que le rodean. En efecto, como la amiba lo hace con sus pseudopodios y el caracol con sus antenas, el niño, con el órgano movedizo y maleable de su fantasía, palpa la realidad que le rodea y llega así a la

construcción de sus creencias e hipótesis, que son ensayos de explicación causal. — No es distinto el mecanismo intelectual del pensamiento del sabio o del investigador, y si las hipótesis y doctrinas de éstos se separan menos de la realidad es porque también están más cerca de la realidad en el punto de partida que toman como referencia inicial y son más objetivos y realistas en el raciocinio que emplean para el desenvolvimiento de su pensamiento.

Y es precisamente ese aumento progresivo y creciente del objetivismo lo que caracteriza el desarrollo del espíritu, que en su evolución, va perdiendo, y cada vez más, aquel subjetivismo extremo y absoluto que hacía creer al niño de tres a seis años que era el centro del universo. Termina después de esa edad la etapa de su egocentrismo y comienza la de su pensamiento realista. — Este término del subjetivismo no se produce siempre gradualmente "con la lentitud clemente de los fenómenos naturales", sino que muy a menudo es de un modo brusco, y en cierto grado doloroso, que dicha transformación tiene lugar del mismo modo como muy a menudo también es doloroso el crecimiento de los huesos y de ciertos órganos, entre ellos, el corazón.

En su obra "Hombres en la Guerra" refiere Andrés Latzko cómo un niño de seis años al despedir en la estación a su padre, que marchaba para el frente, sintió desmoronarse bruscamente su mundo al presentarse como su padre, considerado por él como el hombre más poderoso, era mandado a gritos por sus superiores. Y es generalmente de un modo brusco y doloroso como habitualmente muere para cada niño el semidiós que hasta entonces había para él en su padre y a quien, por extensión de su egocentrismo a los seres familiares, suponía el hombre más fuerte, el más rico y el más sabio.

Esta desvalorización brusca del padre, que cae

así del reino de la fantasía al mundo de la realidad, es sólo un episodio particular de toda esa acción general en que el mundo de lo exclusivamente subjetivo, en que vivía hasta ahora el niño, cede su lugar a la realidad objetiva. En los recuerdos de su infancia se refiere Tolstoy a ese instante y lo describe de este modo:

"¿No te ha ocurrido nunca, lector, el darte cuenta de pronto, en un momento dado de tu vida, que tu manera de considerar las cosas cambia por entero, como si todos los objetos se te aparecieran bajo un aspecto nuevo y desconocido? Una transformación de este género se produjo en mí por primera vez durante el viaje que señala el principio de mi adolescencia".

"Por primera vez tuve la percepción exacta de que nosotros, es decir, nuestra familia, no éramos los únicos de la tierra; que todo no giraba a nuestro alrededor; que había en el mundo otros seres que nada de común tenían con nosotros, que no les preocupábamos nada en absoluto y que ni siquiera conocían nuestra existencia".

"Contemplaba las aldeas y las ciudades que atravesábamos, y en donde en cada casa habitaba, por lo menos, una familia como la nuestra. Las mujeres y los niños miraban nuestro carruaje con momentánea curiosidad y desaparecían para siempre de nuestra vista; los comerciantes y labradores, no solamente no nos saludaban como en nuestro pueblo, sino que ni siquiera nos honraban con la más insignificante mirada. Por primera vez me hice esta pregunta: ¿De qué van a ocuparse ya que no se cuidan de nosotros?"



No obstante la magnitud y dolor de estos cambios que tienen para el niño el mismo significado de la

perdida de un imperio, ellos son necesarios para que logre el ser la función de la realidad, y por todos lados la vida — en el capullo, la crisálida, los cálices y yemas vegetales, el nido, que deben abandonarse a su hora — muestra esa necesidad de inserción en formas nuevas más realistas y menos gratas y hace pensar que aquellas primeras formas tan complacientes eran sólo envolturas de protección que preservaban al ser tierno de las inclemencias de la vida adulta, para la cual aun no estaba preparado ni suficientemente endurecido.

La disminución progresiva del subjetivismo es lo propio de la vida que sigue su curso, a tal punto que Spranger, siempre certero, ha podido decir que la filosofía de la madurez sólo comienza cuando el hombre se ha superado a sí mismo y ha aprendido a considerarse también a sí mismo sólo como un caso especial de las grandes leyes generales de la vida.



Como lo ha visto Frobel, la fusión de todos los aspectos de la vida es la forma peculiar de la vida del niño. Por ello, estos tres elementos: mundo psíquico propio, mundo psíquico ajeno y mundo exterior, que en el adulto se hallan bien separados, en el espíritu del niño forman un todo único, indiferenciado, sin límites, integrando el yo infantil. Partiendo desde este punto unitario es que se elabora el desenvolvimiento de su espíritu, separándose, como se abren las hojas y las ramas de la yema de un vegetal, las distintas formas y elementos del conocimiento. Pero, no es sólo una multiplicación y diversidad de los elementos lo que tiene lugar, sino también, y especialmente, un cambio en la estructura anímica infantil.

El niño, en efecto, hasta los once y doce años se

hallaba en una actitud pasiva, dependiente, receptiva, puramente imitativa de la cultura de que era objeto. Así, durante toda la edad escolar, del mismo modo que los dictados, recibía las nociones morales, los preceptos religiosos, las normas y orientaciones para la vida. Los maestros y los padres le señalan lo que "debe" hacer, le indican lo que "está prohibido" y el niño, en esta moral dirigida, se limita a seguir las normas autoritarias marcadas por los adultos, animado, es cierto, de una tendencia sentimental al bien, la bondad y a la justicia, que sólo puede reconocer en sus grados mayores y más visibles y no, naturalmente, en los casos de apreciación más fina. — Pero, a partir de los doce años hay en el niño la elaboración de una conciencia propia y personal. Ya no se limita a ser lo que la enseñanza en él ha depositado, sino que, cada vez más personal y autónomo, se inicia y se desarrolla en su espíritu una obra de edificación y elaboración propias y por ello tiene su propia reflexión y su actitud activa e independiente, tan distinta a como había sido durante la edad escolar.

Y aparece entonces aquí una falla seria de nuestros métodos de cultura. En ese instante de importancia vital en que aquel niño imitativo y pasivo se transforma en este ser reflexivo y personal, la escuela lo deja, generalmente librado a sí mismo, cuando más necesidad tenía que en otro instante alguno, de ayuda y colaboración, puesto que es en ese momento que se forma su conciencia moral y entra al mismo tiempo en contacto con el mundo adulto. Y no hallan tampoco consejero que les sirva en tan difícil momento aquellos jóvenes que ingresan entonces en el liceo universitario, puesto que los profesores liceales, generalmente especialistas dedicados cada uno a su respectiva asignatura, no pueden llegar a conocer anímicamente al alumno y

acercarse a él tanto como podía hacerlo la maestra escolar, una sola y la misma durante todo el año.

Por las mismas razones, no somos partidarios, y consideramos que se apoyan en bases profundamente equivocadas, la organización de esas "comunidades de niños" que se dirigen a sí mismos, con votaciones, elecciones y deliberaciones en su autogobierno y que están en boga en determinado país que busca cambiar los fundamentos sociales con métodos semejantes, que pretenden dar más personalidad al niño suprimiendo las jerarquías y los acatamientos a los mayores. Sólo el desconocimiento de los caracteres psicológicos y de las necesidades espirituales de la niñez ha podido inspirar la organización de esas comunidades. El niño necesita directores espirituales. Las ideas de justicia, verdad y bien son en él sólo flotantes y vagas tendencias y necesitan concretarse en torno a "núcleos de cristalización" que sólo pueden serlo el ejemplo y la prédica de mayores con prestigio y autoridad moral. Por otra parte, quienes han estado en contacto con asociaciones donde directores adultos son los tutores firmes de los tiernos espíritus en formación, han visto cómo los jóvenes acatan y cumplen gustosos las normas elevadas de quienes los dirigen y orientan con una moral superior, puesto que de este modo el joven encuentra su camino y se salva del desconcierto en que se hallaba, falto de orientación. — Así mismo, la razón de dar mayor personalidad al niño con dicho método que criticamos es artificial, puesto que la personalidad infantil, débil y tierna, tiene necesidad de ayuda, soporte y colaboración y falta de éstos, y dejada librada a sus escasas fuerzas, se ahoga y se frustra en su imposibilidad de salir a luz por sí misma.

¿Qué se diría si un barco mientras estuviera anclado y arrimado al muelle, bien unido con cables a la tierra, tuviera una mano firme en el timón y un vigía atento en la torre, pero cuando sale mar afuera, alzada el ancla, sueltas las amarras, próximo ahora a las corrientes y a las tormentas, no hubiera nadie en el timón ni en la torre del vigía? Pues, no es distinta la situación del niño, cuya educación escolar, en nuestros sistemas de enseñanza, termina generalmente entre los once y doce años, precisamente en el período en que tiene mayor necesidad de educación y dirección. — Por ello, queremos poner la atención de los padres sobre este momento post-escolar de sus hijos. En ese instante, más que en otro alguno, debe ser el padre, el consejero seguro y el guía vigilante — timón y vigía a la vez — de sus hijos, ya sin amarras ni ancla, no sólo porque ya no tiene la colaboración del maestro, sino porque su hijo ya no es aquel niño pasivo, blando y receptivo que escribía el dictado o copiaba la plana, sino que en él se está elaborando por una viva acción fermental, y a menudo por sus solas fuerzas, el hombre — firme o débil, dinámico o abúlico, vencedor o derrotado — que será mañana.

Cuando Aliocha, el menor de los Hermanos Karamazov, se interpone para defender al pequeño Ilucha que era apedreado al salir de la escuela por otros seis muchachos, recibe de aquél varias pedradas y luego, cuando se le aproxima para inquirir la causa de la disputa, es todavía mordido en la mano por Ilucha. aquel rapazuelo de nueve años, desmedrado y flaco, de rostro sumido y pálido y de ojos grandes que miraban amenazadores. Y Dostoiewski, páginas más adelante, nos dice que el heridor de Aliocha es un pequeño escolar, ridiculizado y zaherido por sus compañeros a causa del alcoholismo y la miseria de su padre y que el odio y el rencor son la reacción de rebeldía que hallan en su pequeña alma la hostilidad y la burla de sus compañeros, la pobreza de su ambiente, las injusticias y las enfermedades que se ceban sin piedad sobre su triste hogar.

He ahí un caso en que un espíritu infantil se va cargando de agresividad contra todos, mismo contra quienes desean hacerle bien, a causa de las injusticias del ambiente y donde el pequeño rebelde no es más que un herido por la sociedad.

La actitud de rebelión de un niño puede obedecer a numerosas causas, muchas veces especiales para cada caso particular, puesto que entran en juego naturalmente también los factores individuales, y, por otra parte, dicha actitud no corresponde siempre a los motivos aparentes o exteriores.

La revuelta del niño puede ser el resultado de una educación excesivamente severa hecha por medios brutales. Incomprendido, humillado, aplastado en sus

deseos de expresión espontánea y libre, el niño, por reacción, se rebela y queda el odio como la protesta de su subconsciente frente a la autoridad paterna y, por extensión, luego en la edad adulta, a toda autoridad social de la que fué el padre el arquetipo representativo y simbólico en la infancia.

Otras veces, una educación mal conducida aviva los celos y rivalidades entre los hijos, animando los gérmenes de rencores que quedan dormidos y latentes durante largo tiempo, pero que se exteriorizan años después cuando, por ejemplo, con motivo de la división de una herencia, estallan esos conflictos entre hermanos, cuya vehemencia y exaltación pasional sorprenden a quienes no advierten sus raíces subconscientes.



Entre los delinquentes es muy frecuente encontrar personas maltratadas durante su infancia. Una reciente caricatura reflejaba con triste exactitud la dolorosa realidad de muchos hogares. Representa un muchacho lloroso, enojado, que camina a grandes pasos con una gruesa piedra en cada mano. Su rostro expresa la ira, la protesta, el dolor. Y va diciendo, mientras aprieta fuertemente las piedras en su mano: "a mi padre le humillan en la fábrica, mi padre riñe a mi madre, y mi madre me pega a mí. ¡Cómo encuentre al perro..."

Realmente, no es contra el perro que descarga siempre su cólera y su rencor el niño maltratado cuando llega a la edad adulta, sino contra la sociedad y las autoridades de diversos órdenes, y el psicoanálisis de la delincuencia halla con extrema frecuencia esa transferencia o fijación que ha hecho en la persona víctima, muchos años después y por analogía, un delincuente maltratado en la infancia y portador de un complejo de humillación anterior.

Un escritor de la Alemania libre, Max Brod, es autor de un relato titulado "Defensa propia", donde puede verse un ejemplo de esta clase, cuyo conocimiento, pues, ha pasado ya a la literatura.

Otras veces el chico crece sin tener una norma exacta de su educación a causa de que su padre es demasiado severo y la madre excesivamente indulgente, sin duda para contrabalancear aquella severidad excesiva. De este modo, mientras una parte reprime y castiga hasta la expresión de los sentimientos generosos, la otra parte estimula las tendencias egoistas, y, en estas condiciones, el desconcierto y la falta de norma justa desorientan al espíritu que se está formando.



Si es generalmente erróneo juzgar al niño sólo por sus actitudes exteriores, es también artificial querer comprenderlos a todos en una esquematización general y común. Frente a las mismas situaciones del ambiente, dos niños pueden reaccionar de distinto modo porque son diversos sus factores individuales, que en el niño predominan aún más que en el adulto, puesto que no está todavía socializado por la educación. Por ello, es que las mismas razones sociales que hemos expuesto y que conducen a algunos niños a la rebeldía y a la agresividad, llevan a otros a la sumisión y al acatamiento más completos y definitivos, haciendo de ellos esos seres demasiado tranquilos y dóciles que permanecerán pasivos aún frente a las injusticias y a las agresiones del medio.

Reprimido en sus manifestaciones espontáneas, intimidado por el peso de una autoridad paterna que se complace en ejercerse despótica en el hogar porque no puede serlo en otra parte, anulado en sus ex-

presiones individuales, sin confianza en sí mismo, falto de aprendizaje y de norma para la acción, el ser así criado quizá sea toda su vida cuerpo sin cabeza, no animándose nunca a tener iniciativa, propósitos personales, decisión, e irá a integrar la masa amorfa de la que no puede esperarse protestas vivas ni reacciones viriles.

Otras veces, los sumisos se reclutan entre los niños que han sido educados con excesivo halago, dejándoles creer que la vida les dará todo lo que ellos pidan. Deseando los padres rodearlos de la mayor felicidad en la edad infantil, les han dado una educación artificial y cuando en la adolescencia se enfrenta con la vida hostil y difícil, el ser así educado, herido, desorientado, se replega en sí mismo; ve con dolor y decepción que la realidad es más hosca y ruda que el ambiente aquel de halago y felicidad que rodeó sus años infantiles y entonces defraudado, vencido antes de la lucha, podrá volver a sus padres su mirada, en la que se leerá la derrota y el desconcierto y decirles como un personaje triste de la tragedia ibseniana: "Padres, entonces ¿es ésta la vida?..."

Reconocida la importancia biológica que tiene el juego para el niño, la espontaneidad y el placer con que mediante el juego da salida a su exceso de energías, ejercitando en esta forma mecanismos físicos y psíquicos, maestros y educadores han pensado servirse del juego para inculcar a la infancia nociones pedagógicas, conceptos sociales, principios de utilidad y de provecho. Apoyándose en Platón, quien afirmaba que "la educación debe comenzar con la acertada dirección de los juegos infantiles", se ha querido servirse del juego para que el niño vaya aprendiendo números, letras, historia, etc., y mismo recientemente una revista centro-americana de pedagogía proclama la conveniencia de nacionalizar los juegos educativos en la escuela primaria.

Consideramos equivocados a quienes piensan del modo que dejamos dicho y su equivocación se funda en un error psicológico y en la no observación atenta de como juegan los niños. El juego es, en efecto, una de las primeras actividades infantiles. Ya el bebe juega desde los primeros meses y los movimientos sin objeto de sus brazos y piernas y los monólogos en que se complace son ya un juego y en ellos hay ya un elemento que debe ser tenido en cuenta y que es propio del juego: la expresión de placer, la satisfacción alegre que aparece acompañando esa agitación placentera de los miembros y sus monólogos lálícos.

El niño, mediante el juego, dará salida a la energía exuberante que salta y le desborda como en un cabrito y encontrará en el juego el placer de la fun-

ción que se ejercita y el de la satisfacción que le sigue. Músculos que se distienden, corazón que late apresurado, nervios tensos que aflojan su fatigosa tensión, el pensamiento que salta vivo y alegre en el esfuerzo, en la sorpresa y en la emoción, todo ese mecanismo se pone en acción por el estímulo de jugar y halla en su ejercicio el placer que deriva del funcionamiento libre y espontáneo de todos los órganos.



Siendo esto así, introducir en los juegos elementos pedagógicos para que el niño aprenda aritmética o geografía es matar en el juego su elemento fundamental que es el placer que dimana de su libre espontaneidad y, en esas condiciones, es convertir el juego en trabajo. En apoyo de lo que vamos diciendo citamos el hecho del poco interés que entre los niños, que se disputan los libros de aventuras, de viajes y de hazañas, ha despertado una revista extranjera destinada a la infancia, que creemos ha dejado ya de aparecer, y que traía en sus páginas nociones de anatomía descriptiva, química, botánica, conjugación de verbos irregulares y de locuciones latinas! Yo he visto caer esta revista de las manos infantiles y me lo explico. En cambio, no ocurre lo mismo con otras publicaciones que, además de sus cuentos de aventuras, se limitan a nociones de historia y de geografía, que éstas sí, por lo romanesco y por los viajes, sobre todo si están ilustradas, interesan a la infancia y también a los adultos.

Me refería un padre que queriendo inculcar ya desde temprana edad principios de orden moral a sus hijos, terminaba siempre por una moraleja cada historia o cuento que les narraba. Hasta que un día el menor, que tenía seis años, le dijo: "papá, cuéntanos un cuento, pero no nos digas la moraleja". —

Este pedido del niño no era más que el reclamo del ensueño de su fantasía, excitada por cada relato, pero limitada y reducida luego en su vuelo, por la conclusión moral que lo terminaba y cuyo alcance a esa edad no podía comprender.



Hay modos de jugar del niño que deben ser comprendidos por los padres. Lafora recuerda que en un principio a los niños les entretienen más los ruidos bruscos y fuertes que las melodías y que por esta razón prefieren hacer ruidos molestos, lo que en ellos constituye una necesidad biológica. Lo mismo pasa con los juegos de lucha corporal que gustan tener los chicos y que son el equivalente a los que se observan en los cachorros, gatitos y otros animales, y en los que participan mismo los padres. Se han considerado como juegos de lucha psíquica los que realiza el niño cuando hace algo que se le ha prohibido. La satisfacción que experimenta entonces debe ser grande, puesto que a veces lo hace mismo sabiendo que le espera luego la palmada o la reprensión.

Se ha dicho también que para que el niño vaya disciplinándose para la vida futura que le espera, conviene que sus juegos no sean desordenados y con tal fin se ha propuesto recargarlos de reglamentos. A esto debe contestarse que no existen juegos desordenados, puesto que todos los juegos tienen sus disposiciones y preceptos que son respetados por los niños que juegan. Aun en los juegos más simples, existe una reglamentación y tales convenciones son ya un esbozo para el niño de lo que será la organización social. Por ello, los juegos y en especial los juegos en comunidad, tienen además de su efecto físico una función educativa, puesto que desarro-

llan también cualidades de cooperación, respeto a lo dispuesto, emulación, solidaridad, contribuyendo así a la formación psíquica del niño.

En los juegos de carácter social en los que participan todos los chicos de un barrio comienzan ya a manifestarse la conciencia social y el concepto de las jerarquías (jefes, subordinados) y toman sus temas generalmente de asuntos que preocupan al mismo tiempo a los adultos y que impresionan sus fantasías: antes, piratas famosos, bandoleros de prestigio; ahora, héroes del cinema y los deportes, pistoleros, guerras.

La importancia que tienen estos juegos en comunidad por el espíritu colectivo que ellos desarrollan hace que dejemos este punto como tema del siguiente capítulo.

EL SENTIMIENTO COLECTIVO DE LA INFANCIA

Es fácil observar que el juego de los niños pasa por dos periodos sucesivos: el primero, individual; el segundo, colectivo. En efecto, el chico hasta los siete años es preferentemente individual y si se observa un grupo de niños de esa edad puede verse que, en realidad, cada uno juega en gran parte para sí. Escuchad los graciosos monólogos solitarios de un niño, en los que hay cambios de voz y representa a veces varios personajes, el padre, la madre, el médico, los abuelos, y veréis que siempre es el pequeño niño que así monologa el centro, el héroe, el personaje principal de la acción que en su mente se desarrolla.

Después de los siete años el pensamiento infantil comienza a tener los caracteres del adulto: se hace socializado y comunicativo. Y, como una consecuencia de ello, el niño, que hasta entonces jugaba solo, comienza entonces sus juegos en comunidad, en los que empieza a manifestarse un sentimiento colectivo de índole social.

Tomamos del bello libro de Mark Twain, "Las aventuras de Tom Sawyer", obra rebotante de sutiles y exactas observaciones psicológicas sobre la vida de los niños, el siguiente ejemplo de estos juegos en comunidad: "En la plaza pública del pueblo dos batallones de chicos se habían reunido para librar una batalla, según tenían convenido. Tom Sawyer era general de uno de los ejércitos; Joe Harper, general del otro. Desde una eminencia conducían las marciales operaciones dando órdenes que transmitían sus ayudantes de campo. El ejército de

Tom obtuvo una gran victoria tras rudo y tenaz combate. Después se canjearon los prisioneros, se acordaron los términos del próximo encuentro, formaron y se fueron".

Generalmente se supone que en la vida adulta se mantienen esas jerarquías que señalan ya los juegos infantiles. Creemos que esto no es así. En efecto, los chicos admiran a veces a muchachos holgazanes, pendencieros, indisciplinados, porque les ven hacer todo lo que a ellos no les está permitido. No obstante las prohibiciones paternas, buscan su vedada compañía y en los juegos de bandas reconocen la autoridad de esos muchachos por el prestigio que les dan sus proezas realizadas y generalmente a base de desobediencia e indocilidad. En la vida adulta, el brillo de estos muchachos se apaga, pues, su indisciplina conspira contra su educación, que requiere método y orden, y las virtudes que los destacaban en el mundo infantil y que eran sus imprudencias, su osadía, sus hazañas físicas, y que quizá siguieran teniendo valor en una sociedad primitiva, no le destacan ya en la sociedad adulta actual, donde triunfan los provistos de tenacidad, voluntad disciplinada, inteligencia equilibrada, agudeza intelectual, inserción justa en la realidad. Recuerden si no los adultos qué ha sido luego la vida de la mayor parte de los jefes de bandas infantiles.



El sentimiento colectivo que aparece en el niño precisamente cuando ya está en la edad escolar, es un elemento psicológico que puede ser utilizado por los maestros como un factor de educación de gran valor. En efecto, en la escuela se halla un elemento nuevo para la educación de los niños, del cual los padres no disponen, y es la influencia que puede ejercer como emulación y estímulo el espíritu colectivo de toda la clase y el acierto del maestro para manejar este factor.

Ya señalaba Le Bon que una reunión de seres humanos es siempre algo más que la suma aritmética de sus integrantes. Por ello, una clase de escolares es un escenario vasto, una gran caja de resonancia, un amplificador de sentimientos y emociones. Toda la clase es asiento así de sentimientos colectivos, cuyo centro de cristalización es el maestro y cuya innegable influencia debe emplearse como fuerte emulación y eficaz estímulo para reforzar sentimientos nobles, actitudes generosas, cualidades valiosas. Cuántas veces vuelve el niño de la escuela remontada bien alto la cometa de su entusiasmo por una frase de estímulo dicha en clase por el maestro y cuántas veces una palabra de emulación ha hecho encontrar el interés por una asignatura hasta entonces ingrata y, aun mismo, en algunos casos, ha provocado el despertar de una vocación!

La existencia del espíritu de la clase, esto es, del sentimiento colectivo es innegable. Existe mismo a veces sin la intervención del maestro y se ejerce para admirar a los más inteligentes o para condenar al delator, al chismoso. Pero corresponde dirigir y manejar tal sentimiento al maestro, cuya autoridad es tan grande que constituye, junto con los padres, los tipos simbólicos definitivos de la infancia y de ahí que recordemos a nuestros maestros durante toda la vida.

No es tarea fácil la de dirigir esa influencia colectiva de la clase. Realizada erróneamente puede causar males. Compréndese bien cuan grande es el dolor injusto que sufre un chico inculcado sin razón frente a toda la clase. El empleo justo, eficaz y oportuno, de ese poder enorme que está en sus manos para reformar cualidades, corregir defectos y estimular virtudes de sus alumnos, es lo que va a caracterizar a los verdaderos maestros y hacerles merecido, por esta labor de segunda creación, el nombre de segundos padres.

EL MUNDO DEL NIÑO

Gran parte de la psicología infantil ha sido hecha erróneamente por los adultos, quienes han atribuido al niño sus mismos sentimientos, sus móviles y su mismo punto de vista. El niño no es el hombre en miniatura. En el desarrollo infantil no sólo hay crecimiento, sino especialmente transformación. Para los psicólogos de otras épocas el psiquismo del niño era, como sus vestidos, una reducción en pequeño del psiquismo y de los vestidos del adulto.

Walt Disney, el ingenioso creador de los dibujos animados, tiene para presentar sus diminutos personajes más acierto que los viejos psicólogos. En el mundo del pequeño ratón Mickey, y desde su punto de vista, tienen un valor grande, las suelas de los zapatos, que son para él lo que para nosotros las máquinas aplanadoras de los caminos; las piernas son altas torres de las que no llega a distinguir el término y por razón de su proximidad ve desmesuradamente ampliadas las partes inferiores de seres, cosas y figuras, las cuales, el adulto, ya con otro punto de vista, reduce a su dimensión humana y que, naturalmente, no sería la misma que tendría para su apreciación un ser más alto y grande que el hombre que mirara desde mayor altura que éste.

Y no es sólo la dimensión física y el aspecto y la forma lo que el niño ve agrandados y deformados por razón de su diminuto desarrollo. Lo es también, y especialmente, el mundo psíquico, los sentimientos, los móviles adultos, las pasiones, que percibe también fragmentariamente y agranda y magnifica desde su punto de vista. De allí, que los adultos ya no puedan

darse cuenta muchas veces de la extraordinaria repercusión sentimental que las severas reprensiones, los sustos, las fuertes emociones tienen en el espíritu frágil, plástico e impresionable de los niños. Es éste un hecho que no deben olvidar autoridades, padres y educadores y esta razón explica el grave efecto desastroso que en el espíritu impresionable de los niños tienen las fuertes emociones que reciben y las reyertas y las disputas violentas de algunos padres en presencia de sus hijos.



La mentalidad infantil es, al mismo tiempo, animista. Como el hombre primitivo y como las tribus actuales, atribuye a la naturaleza y a las cosas sus mismos móviles e intenciones y puebla el mundo de la oscuridad y de lo desconocido con seres fantásticos, espíritus animados y malignos, tales como los que pueblan, para el primitivo, la oscuridad misteriosa de la selva.

Hallándose, pues, el niño en ese mundo adulto, desmesuradamente grande, de dimensiones que lo aplastan y lo empequeñecen, de sentimientos y acciones cuyas razones no comprende, qué extraño es que haya en el espíritu infantil ese sentimiento de temor, de incompreensión, de inquietud, que aparece sobre todo en sus pesadillas y terrores nocturnos, que traducen sus inquietudes subconscientes y en los que el miedo físico, caer de una altura, ser aplastado u oprimido por un peso, estar desorientado y perplejo frente a una situación sin desenlace, aparece traduciendo claramente en el sueño lo que es para él viva preocupación, menos fuerte pero no menos permanentemente. durante toda su jornada y que para algunos psicólogos biólogos serían, en la infancia del individuo, reminiscencias del mismo terror cósmico

que ancestralmente debió de sentir el ser en la infancia de la especie.

Son bien conocidos las creencias, ritos totémicos y leyendas de muchas tribus australianas frente a los fenómenos y fuerzas de la naturaleza y de la vida, creencia y ritos que son una explicación de los hechos misteriosos que llenan la desconsiderable desproporción entre el individuo pequeño y temeroso y aquellas fuerzas tanto más grandes cuanto más desconocidas e inexplicables.

No son distintas las circunstancias en que se halla el niño. En esa situación de inferioridad frente a los adultos, a la naturaleza llena de misterio, a la noche poblada de peligros, ¿qué salva al niño del temor constante que sería el sentimiento legítimo para su situación? El juego de la fantasía, su aptitud para el ensueño, más desarrollada a esa edad que en otra alguna en la vida del individuo. La fantasía, como una buena Hada, lo lleva de la mano y le da fuerza y ánimo en cada situación desfavorable o cuando va a caer en el desaliento al sentirse débil y sin armas en el mundo de los mayores. El ensueño surge así como un mecanismo compensatorio que cubre la desproporción considerable que existe entre los deseos y las realizaciones, entre sus escasas fuerzas y las de los adultos que son para el niño poderosos como semidioses.



Sin esa seguridad sedante y esa tranquila confianza que le dan las creaciones de su ensueño, el niño temblaría sólo y frío como una perla en el fondo de la ostra. Es análoga a la tranquilidad que las creencias totémicas dan al salvaje y, sin las cuales, no osaría atravesar la oscuridad o la distancia.

El gran desarrollo imaginativo normal a la edad infantil, su facilidad para la amplificación, la fábula

y la gloriola halagadora, son sus mecanismos de compensación en un mundo que ven que pertenece a los adultos. A veces, el pretexto, la deformación de la verdad, la mentira inconsciente, el desplazamiento de la vanidad, le salvan de sentirse vencido, humillado, impotente. Un niño de ocho años es corrido hasta su casa por otro de la misma edad y cuando se le reprocha su miedo, responde: Pero vieron que no me alcanzó: ¡corrí más que él! — Nadie ha expresado en mejor forma que nuestro Rodó, esa facilidad de la infancia para el rápido desplazamiento de su espíritu frente a un fracaso, en aquella su parábola "Mirando jugar a un niño".

El mecanismo de la compensación imaginativa existe naturalmente también en los adultos, quienes del mismo modo justifican sus contrastes y fracasos con razonamientos complacientes y explicaciones de racionalización secundaria. Pero, dicho mecanismo es predominante en el niño y es uno de los resortes fundamentales del mundo infantil. Quizá lo entendió así Clemenceau, cuando en su viaje al Plata, que coincidió con la polémica de si a los niños correspondía darles una educación realista o si debería respetarse su tendencia imaginativa al ensueño, el adusto Tigre, en quien nadie podrá negar sus aptitudes para la acción y para la realidad, consultado contestó: "¡Dejad soñar a los niños!"

EL NIÑO QUE SUEÑA

"Taciturno, retraído, replegado sobre sí mismo, no amaba a los siete años ni el estudio ni el juego. Parecía estar siempre con el pensamiento puesto en otra parte, distraído, soñador, desordenado, no hablando nada y capaz de pasar días enteros sobre una silla, pensando en cosas que nadie podría comprender". De este modo describe la infancia de Claude Debussy uno de sus biógrafos. — La actitud aislada y soñadora, una divagación sin plan aparente del pensamiento, el espíritu desinsertado de las cosas y de los seres que le rodean, la exaltación de un rico mundo interior en el que ya entreoíría quizá las campanas de la Catedral Sumergida o el sollozo del agua sobre el cristal como leves sonidos de un arpa lejana, ¿qué eran sino ya una forma de evasión de la realidad circundante, una fuga del espíritu del mundo cotidiano, áspero, gris, sin significación, cuando no hostil y enemigo?

Dijimos ya en otra ocasión que a veces niños que han sido educados de un modo artificial, pasando su infancia en un ambiente excesivamente apacible y halagador, sin dificultades que vencer, al hallarse más tarde frente a la vida ruda pueden reaccionar por el repliegue en sí mismo, la retirada frente a las primeras hostilidades y por su refugio, en una actitud entre vencida y desdenosa, en un mundo imaginativo puramente personal donde por el ensueño ficticio sigan hallando las satisfacciones que les rehusa la vida.

Se ha señalado el afán de contradecir de los niños como una de las formas de la protesta infantil frente

a un mundo que los oprime y los reduce en todos los momentos a su real pequeñez. El ensueño lúcido, la "reverie" del niño despierto, es otro modo de esa misma reacción y mediante él se evade el niño tantas veces quiere de la jaula que en su torno va formando la vida con sus crecientes limitaciones, incesantes reducciones y preceptos y convenciones educativos, éticos y sociales.

La imaginación es un Hada complaciente y maravillosa. Da la mano y alza a quien cayó vencido, concede salud al enfermo, belleza a quien no la tiene, poder y riqueza al desposeído y como aquellos mágicos personajes miliunanos, basta la enunciación de un deseo para que la fantasía, cabalgando en rápidos corceles, llegue con sus alforjas llenas de milagrería a traer lo que se ansiaba y que a veces el espíritu sólo en sueños osaba pedir. El escritor inglés Tomás de Quincey cantó realmente a la Imaginación en las estrofas de aquel su himno caro a Baudelaire: "Tú que aportas al corazón del pobre como del rico, para las heridas que no cicatrizan nunca y para las angustias que impulsan al desánimo, un bálsamo dulcificador; que das al hombre orgulloso un olvido pasajero de los errores no reparados y de las injurias no vengadas; tú, que construyes en las tinieblas, con los materiales imaginativos del espíritu, con más arte que el de Fídias y Praxiteles, ciudades y templos que superan en esplendor a Babilonia y Hecatompilos..."

La vida cotidiana tiene sus limitaciones, sus dificultades y asperezas. El círculo familiar y social, amigos y adversarios, el trabajo, la profesión, las obligaciones y las preocupaciones constantes, forman una realidad definida dentro de cuyos límites se mueve y vive cada persona y en la que está insertada por su apetencia instintiva de existir, su "elan" vital, su impulso orgánico subconciente. Frente a

la vida, "prisionera del Tiempo, del Espacio y del Número", así limitada por obligaciones y deberes, el ensueño como un rico mercader persá extiende su magnífica tienda donde todo desilumina, seduce, maravilla. ¿Sorprende entonces, acaso, que el niño, no formado aún para la acción, se evada de la realidad que le recuerda en todo instante sus obligaciones y se refugie en casa del Hada complaciente que nada le niega?

★

La "reverie" imaginativa existe naturalmente en el ser equilibrado, pero es en éste como una actividad de aficionado, le dedica los instantes libres, fragmentariamente, como lee una persona atareada una novela y no pierde nunca contacto con la realidad, al modo de quien nada próximo a la costa y sabe que en todo instante puede hacer pie. El niño que sueña en exceso y halla en el ensueño lúcido su actividad predilecta, en cambio, porque no ha desarrollado aún sus vínculos pragmáticos y de asociación y la realidad es todavía para él plástica y maleable, está en camino de llegar a convertirse en el ser desinsertado del mundo real, olvidado de la vida, que prosigue su curso sin esperar, y quedar un poco al modo como quedan a la vera de los ríos esas semillas que son después árboles melancólicos destinados toda su existencia a mirar la placidez triste de sus ramas en la corriente que constantemente pasa frente a ellos.

En la infancia de algunos artistas se hallan niños que sueñan y hemos citado ya a Debussy. Evadidos de la realidad de su infancia por el ensueño, lo han hecho por el arte cuando adultos y existen magníficas creaciones de la poesía, la pintura y la música que son felices evasiones de espíritus oprimidos por una vida que no les satisfacía. Pero para el arte,

además del ensueño, son necesarias cualidades de sensibilidad, de original personalidad y de talento que desgraciadamente distan mucho de ser frecuentes y generales. Y si en la infancia de algunos artistas ha existido un niño que soñaba, existe siempre un niño que sueña en la infancia de toda una clase numerosa de enfermos mentales, los esquizofrénicos, y en los que la enfermedad es un refugio y una protesta reaccional contra una realidad que los ha decepcionado porque no estaban preparados para afrontarla.

Entre el adolescente excesivamente soñador y el esquizofrénico que ha cortado ya todo contacto con el mundo real y se halla en un aislamiento del ambiente que es ya patológico, existe sólo diferencias de grado y tienen de común la misma constitución psíquica a predominio de los elementos de la vida interior con abolición del interés externo, ambiental y de la apetencia instintiva vital.

El ensueño imaginativo ha de ser como esos seguros refugios que en las grandes ciudades modernas existen para los casos de ataques aéreos. Sólo se les debe ocupar cuando la condiciones exteriores se tornan hostiles, pero quien los tomara como estado permanente renunciaría para siempre a la luz del sol, a las bellezas de la naturaleza, al placer de la amistad y mismo al estímulo emulativo de la adversidad que es para el luchador de razapreciado espolín de oro que obliga constantemente a la superación.

EL NIÑO NERVIOSO

El niño fácilmente impresionable y excesivamente sensible, de inteligencia y afectividad inestables e irregulares, distraído y excitable, con variaciones rápidas de la atención y del humor, con reacciones demasiado vivas y a veces con terrores nocturnos y sonambulismo, constituye el niño nervioso, cuya educación requiere un cuidado y atención especiales de parte de padres y educadores.

En el estudio del niño nervioso conviene ante todo aclarar el alcance de la noción de herencia mórbida y reducirla a su verdadero valor ya que es evidente que dicho concepto ha sido exageradamente amplificado. En efecto, se considera hoy que en la formación del carácter del niño, en sus variaciones y en las perturbaciones que pueda manifestar, son tres los factores principales que intervienen: el factor estructural o hereditario, la evolución genética del sistema nervioso y las condiciones del desarrollo, esto es, la influencia del ambiente, de los acontecimientos y de las direcciones impuestas por la vida misma.

Lejos se está ya, felizmente, de la época en que se consideraba que el chico al nacer traía ya, como su conformación anatómica preformada e inmutable, su estructura psíquica determinada y fija. Erróneamente, durante mucho tiempo, se han atribuido a la herencia psíquica todas las disposiciones caracteriales y afectivas, los hábitos y tendencias, gustos, defectos y preferencias, olvidando que gran número de tales caracteres y disposiciones son, en unos casos, motivados por las condiciones del des-

arrollo y de la educación, y en otros no son más que los hábitos de los padres imitados y copiados por los hijos. El poder de imitación de los niños es tan grande, la sugestión que ejercen los actos de los adultos que con ellos viven es tan permanente y activa, que no es tarea fácil en la caracterología infantil discriminar la parte debida a la influencia del medio de la que tiene por causa la herencia.

Siendo esto así, se está ya lejos de atribuir a la noción de herencia psíquica, si se exceptúan la especificidad y el alcoholismo, el determinismo y la fijeza que pretendían quienes estudiaron el problema solamente con cifras estadísticas y con resultados finales sin entrar a considerar, en cada caso particular, las múltiples y variables influencias que se ejercen en la formación del carácter, elemento especialmente plástico, genético, maleable y en constante evolución. Como lo observa con aguda mordacidad aquel personaje de Andreieff, ninguna persona carece de un antepasado alcoholista o de una tía nerviosa, a quienes poder atribuir para nuestro descargo, en un momento dado, la causa de nuestros defectos y distracciones.

Es de corriente observación el caso de personas pertenecientes a lo que se ha llamado familias psicopáticas a causa del peso cargado de la herencia mórbida, que no obstante ello, atraviesan la vida llevando una existencia intacta y estable y sin mayores perturbaciones que las normales. Y es que predisposición no significa, en modo alguno, fatalmente enfermedad, y una vida mental prudente e higiénica, que atenúe la influencia de los traumatismos emotivos y de los acontecimientos lesionales mantiene, aún al predispuerto, toda su vida dentro de la normalidad.

Esta influencia ambiental de los acontecimientos del medio sobre el carácter del individuo toma ca-

pital importancia cuando se considera la educación del niño nervioso. El ambiente, la familia, los adultos entre quienes vive y se educa el niño, son factores de importancia en la formación de su carácter. Bien dirigidos, son para el chico nervioso un elemento valioso para moldear la plasticidad especial de su psiquismo. Mal orientados, son una de las causas habituales de los estados de nerviosismos que hubieran podido ser evitados. Veamos aquí las nociones que padres y educadores deben tener en cuenta, a nuestro juicio, para la educación del niño en la primera infancia, dejando para páginas más adelante considerar la segunda infancia y la adolescencia.

★

El niño hasta los 7 años no es susceptible a la racionalización de motivos y acciones. Vive con su realidad más inmediata, no percibe los motivos alejados y, no conociendo aún las leyes que rigen ese mundo de los adultos al que ha llegado, no tiene aún en cuenta los elementos de juicio, de utilidad y las convenciones que lo constituyen. Tan habituadas están las personas mayores a las convenciones éticas y sociales, que olvidan a menudo que ellas han sido obra de la educación, y, considerándolas naturales, toman como anormal al chico que no las cumple y que no las tiene en cuenta porque las ignora. No de otro modo razonaban ciertos exploradores cuando en presencia de tribus primitivas no las consideraban seres humanos porque no tenían sus mismas ropas, costumbres y creencias. Porque el chico ignora aún las leyes de utilidad que condicionan el mundo de los adultos, introduce los dedos dentro de los tinteros, raya las paredes o deforma los sombreros de los padres, por las mismas razones que a veces tropieza, cae o se lastima. Como lo haría un

adulto perdido en un laberinto de espejos, el niño está entonces en su etapa experimental: toca todas las cosas, sus miradas saltan de uno a otro objeto y mediante sus sentidos toma contacto con la realidad. Es el mundo exterior ambiental que está actuando en esta forma sobre su psiquismo y es de esa acción que ha de salir su carácter como de un terreno que se trabaja y se siembra, sube la cosecha.

Siendo, pues, tan importante la influencia que el ambiente ejerce sobre el psiquismo infantil, se comprende que el niño nervioso tenga más necesidad que ningún otro de educarse en una atmósfera tranquila y de seguridad. Las reyertas conyugales, las disputas violentas entre los adultos, forman para el chico nervioso, en cuya presencia se realizan, un clima tormentoso propicio para la angustia y la inquietud infantil. Numerosos casos de terrores nocturnos en los niños, que los padres atribuyen a las amígdalas o al aparato digestivo, no tienen otra causa que el estado de terror y de angustia, creado en un ambiente que carece de esa seguridad tónica y de esa tranquila confianza que necesita en todo momento, en su torno, el chico nervioso. Por otra parte, el niño es el espejo de los padres, refleja lo que pasa a su alrededor y no podrá lograr una actitud de firmeza y de confianza si no halla junto a él ejemplos firmes y permanentes en qué inspirarse y de los cuales reciba una inducción benéfica.



Dijimos ya que el niño tiene tendencia a buscar el placer inmediato y la satisfacción rápida de sus deseos y caprichos. En el chico nervioso esta tendencia es aún más viva y perentoria. Y si quienes viven con él acceden a sus menores caprichos y son sensibles incluso a sus pequeñas rabietas, va el niño

en camino de ser, cuando adulto, una de esas personas sin disciplina ni voluntad, cuyas acciones tienden siempre a la obtención inmediata del placer tangible, concreto, material, e insensibles a ideales lejanos, no saben postergar la satisfacción de sus deseos a un futuro más alejado, pero más amplio. Psicológicamente estos seres que viven al día, animados de sentimientos inmediatos, tienen una conformación psíquica que corresponde, desde el punto de vista de la volición y de sus escasas inhibiciones, a la primera infancia, y de ese grado permanente de infantilismo son causantes, desde luego, los adultos que dieron forma a su espíritu al estímulo de halagos fáciles.

El niño que se está educando tiene sus medios de defensa de los que a veces saca partido para la obtención de sus deseos. Su alimentación, con todos los caprichos que se conocen, es uno de ellos. El otro es el sueño y se sabe lo que es ya capaz de urdir el niño de pocos años para ser llevado al lecho materno. Pero es justamente el sueño de los niños uno de los elementos cuya importancia se olvida con frecuencia. Chicos que se acuestan después de un disgusto de familia, o teniendo cerca una radio bulliciosa y áspera, capaz de crear ella sola el nerviosismo, o después de haber visto en un periódico, a grandes títulos y con fotografías, los detalles de un crimen sensacional, qué almohada distinta tendrán para reposar sus cabecitas impresionadas y frágiles que aquella que tuvieron otros niños mecidos por los cuentos de hadas que magos maravillosos como Hoffmann y Anderson compusieron con dulces relatos de bellas princesas liberadas, adolescentes triunfadores, héroes de ensueño, ante cuyas hazañas para el mayor deleite iba el niño cerrando los ojos!

LA EDUCACIÓN DEL NIÑO NERVIOSO

Tanto para quienes admiten, con las modernas escuelas psicológicas, el papel preponderante, en la formación del carácter del niño, de los acontecimientos que vive durante su desarrollo, como para quienes sostienen aún el predominio de la estructura psíquica y de las condiciones orgánicas que serán moldeadas por las direcciones impuestas por la vida misma, está fuera de toda discusión la influencia que en la formación del carácter y de la afectividad infantiles puede ejercer el medio, esto es, los padres, los educadores y los factores ambientales.

El niño nervioso, por efecto de su excitabilidad especial, es más sensible que los chicos regulares a la influencia del medio. Su psiquismo impresionable, de reacciones vivas y variables, es por ello mismo más plástico y moldeable por los acontecimientos y traumatismos ambientales. Ya hemos visto la conducta que debe seguirse, a nuestro juicio, con un niño nervioso durante su primera infancia, esto es, hasta los siete años, cuando todavía no es capaz de comprender la racionalización de los motivos y acciones a causa de su mundo psíquico elemental, que animado sólo por la imaginación y los sentimientos inmediatos sólo busca la satisfacción rápida de sus deseos.

Después de esa edad, entra el niño en la etapa de la reflexión. Accesible a la motivación de las acciones, ejercita ya su raciocinio y aparece entonces el período de los inagotables ¿por qué? con los que busca saciar su deseo de explicación, su sed de cau-

salidad, la relación comprensiva y lógica entre los elementos que eran hasta entonces para él imprecisos, desvinculados, misteriosos, vagos.

Al entrar en esta etapa reflexiva es el niño susceptible por ello mismo a la regularidad y la disciplina, porque alcanza a comprender los móviles alejados de esas reglas de conducta. Al mismo tiempo, su sensibilidad especial hace propicio y hasta fácil despertar su interés y hacerle sentir la atracción de elementos culturales cuyo mantenimiento corresponde al educador sostener y renovar.



Es evidente la conveniencia de atraer la atención y el interés del niño nervioso sobre cosas tangibles y concretas. Inclinado por su naturaleza inestable a rehuir el esfuerzo que le demanda la realidad cotidiana, dado a la vaguedad y a la imprecisión por su atención y su afectividad móviles, grandes ventajas tienen para el niño nervioso el aprendizaje y ejercicio de ocupaciones manuales. Los elementos materiales que así maneja, la necesidad de apoyarse sobre los datos de los sentidos, ver, palpar, apreciar formas y volúmenes, juzgar dimensiones concretas y objetivas y, al mismo tiempo, mantener su atención voluntaria y sus percepciones en jaque, influyen favorablemente sobre su psiquismo plástico, dándole los elementos de permanencia en el esfuerzo y de disciplina mental que le faltan o que están disminuidos. A tales cualidades, que desarrolla la dedicación a las actividades manuales, se ha atribuido el mayor criterio que para juzgar los hechos reales tienen frecuentemente los artesanos sobre las personas de actividad intelectual pura y la misma razón se ha dado para explicar la existencia de mejor sentido práctico en la mujer que en el hombre, a causa

de las actividades manuales, domésticas, que la compañera del hombre realiza en el cuidado del hogar.

Trabajos de encuadernación, carpintería, mecánica elemental, podrán indicarse a los varones. Trabajos de costura, cocina, tejidos, dibujo, para las niñas. Si existe el gusto y la posibilidad, el aprendizaje de un instrumento de música es un excelente medio educativo que sumará a las ventajas ya referidas la utilización y educación del sentido del oído. Un destacado médico, virtuoso en la auscultación de tonos cardíacos y soplos pulmonares, nos refería el beneficio grande que a su oído, que no era bueno, le hicieron tres años de violín.



Los deportes tienen para el chico nervioso aún muchas más ventajas que las que presentan para los demás niños. Nadie discute actualmente las conveniencias del juego en los niños y la necesidad de los ejercicios físicos es tal que mismo buen número de los adultos deben recurrir a ellos para poder sentirse bien. Más adelante volveremos sobre el papel psíquico de los diversos deportes y las indicaciones especiales de cada uno de ellos para corregir pequeñas perturbaciones psíquicas que a veces traban y perjudican a un individuo durante toda su vida.

Al chico tímido, que rehuye la sociedad, timorato, presa del temor al ridículo, los juegos en compañía, los deportes de asociación le darán la seguridad tónica que le falta. Otras veces, la seguridad en sí mismo, la confianza en sus actos, es desarrollada por la práctica precoz de los deportes y esto lo saben bien y lo aplican los estadounidenses. Para los chicos nerviosos y exaltados, de temperamento vivo que están en el otro extremo, los deportes darán salida a su energía en exceso, a su necesidad de movi-

miento, que canalizarán y disciplinarán al mismo tiempo puesto que todo juego tiene su reglamentación ordenada. Para el niño excesivamente individual y egocéntrico están indicados los deportes de colaboración, en que debe ceder el juego a un compañero mejor colocado en su oportunidad. Y mediante los deportes adquirirá el niño el espíritu de equipo cada vez más necesario en la vida contemporánea colectivista y de cooperación.

Como es natural, la eficacia de estos elementos coadyuvantes en la educación del niño disminuye si el chico sigue teniendo en el medio donde vive elementos lesionales que traumatizan su psiquismo. Muchas veces el chico es el reflejo de todo el hogar y en algunas ocasiones serán necesarias medidas de separación para alejar al pequeño ser de la mortificación permanente de un ambiente psicológicamente patógeno. Una madre irritable y nerviosa, que solicitaba un tratamiento, se quejaba que su hijo la exasperaba de continuo con sus actos y ocurrencias. Restablecida la señora de su nervosismo, afirmaba luego: "Desde que he mejorado, mi hijo no me da ya más motivos de enojo"...

EL MUNDO MÁGICO DE LA IMAGINACIÓN

"El hombre es incesantemente y necesariamente opuesto a lo que es por la ocupación de lo que no es, y laboriosamente, o bien por el espíritu, él se empeña para dar a sus sueños el poder y la misma precisión de la realidad, y, por otra parte, para imponer a la realidad alteraciones excelentes que la aproximen a sus sueños".

Paul Valéry.

La imaginación en la alquimia del espíritu. — Se ha hablado alguna vez de la química de los sentimientos y nos parece que en esta alquimia de los estados de espíritu, la imaginación desempeña una función semejante a la de los cuerpos oxidantes que alimentan las combustiones y favorecen las combinaciones. En efecto, la imaginación, el juego libre y sin restricciones de la fantasía que vuela con todas sus velas desplegadas, en el niño, en el enamorado, en el soñador, en los alienados y a veces en los ancianos, ¿qué es sino una facultad oxidante, que favorece en la alquimia del espíritu la exaltación de los deseos y de los ideales, de los sueños y de las ambiciones, las creaciones artísticas y los delirios, las compensaciones y las evasiones del espíritu frente a situaciones desfavorables y adversas? Y del mismo modo, sería reductora la función que desempeña en los procesos intelectuales la crítica, el análisis, el raciocinio, que limitan sin piedad aquellas creaciones de la fantasía y mutilan y reducen sus creaciones al grado justo, equilibrado, sensato, real.

Recordáis aquel personaje del cuento milienanquesco dotado de un aparato mágico, al cual, frente a cada situación difícil o embarazosa, bastaba pedirle lo que se deseaba para ser de inmediato escuchado y satisfecho. En esta forma, y mediante tan maravillosa ayuda, pudo salir el héroe del cuento de situaciones difíciles y comprometidas, vencer leones, derrotar enemigos innumerables, domar el corcel más fogoso, escapar a los mayores peligros y lograr finalmente, bien como en los cuentos, la mano de la bella princesa amada y vivir felices el resto de sus años. He pensado siempre que, cuando la humanidad se fatigue de su ciencia técnica, que actualmente la ahoga, ha de ir a buscar en el texto de los antiguos libros, legendarios, religiosos y de romance, el secreto de la felicidad sencilla y tranquila que ha perdido y verá entonces, al leer los viejos libros, que en ellos ya todo estaba escrito. Lámparas de Aladino, alfombras mágicas que vuelan y transportan a la distancia, voces y visiones que atraviesan los muros y penetran en las estancias cerradas... hace más de mil años hablaba de ellos una princesa en los cuentos que a su señor refería todas las noches durante mil.

La fantasía, mecanismo de evasión. — Y ¿qué es ese sortilegio mágico con que se dotó al hombre para satisfacer sus deseos y hacer menos dolorosos sus fracasos sino la imaginación? La imaginación con la que vence leones, derrota a sus enemigos, doma corceles fogosos, logra la mano de la amada y vive permanentemente feliz, porque frente a cada situación hostil, a cada derrota, agresión o cada humillación llega a tiempo la imaginación para librarlo y darle con los velos clementes de la fantasía, la explicación complaciente, el pretexto verosímil, legitimando con móviles racionales esas claudicaciones, anestesiando las heridas de aquellas agresiones y

dándole la calma, el lenitivo y mismo la ilusión de la gloria, tal como un niño que se ha lastimado y se le lleva a una juguetería cuya visión detendrá subitamente el dolor de su alma y las lágrimas de su llanto.

Buscad al niño más triste y pobre, será siempre el que tiene los mejores sueños. Buscad al adolescente con menos posibilidades para luchar con la dura vida enemiga, será siempre el que tiene los más amplios propósitos de futuro, proyectos sin límites. Buscad al hombre en derrota, será siempre el que os expondrá las causas más verosímiles, los motivos más aparentes de su fracaso. Buscad al guerrero vencido y quedaréis deslumbrado frente a la revancha que se prepara y que está seguro de cumplir. Cuando Carlos, el pretendiente de España, es derrotado de un modo aplastante y definitivo, debe retirarse de su patria, pero repite: ¡Volveré! Sin ese ¡volveré! y sin la esperanza de ejecutarlo ¿habría podido pasar acaso los años que le restaban de vida en la calma ociosa de su ostracismo en Vencia, sin arrojarse, derrotado y falto de esperanza, al fondo de los canales luminosos?

Imaginación, imaginación, sonajero del niño, trompo de luces del adolescente, sedante mágico para el adulto, lenitivo y fuga del dolorido, evasión del espíritu apresado, esperanza del derrotado y mismo soporte del anciano, ¡qué acierto maravilloso tuvo quien te puso como juguete y calmante en el Arca que iba a flotar sobre las aguas! Sin tí, la humanidad habría perecido ya, la infancia habría sido siempre triste, la adolescencia un subsuelo tembloroso, los hombres se habrían muerto entre ellos faltos de las revanchas paradisiacas que tú les prometes y los locos... los locos a los que tú arrullas con sus clementes delirios de imaginación, faltos de la facultad de soñar, habrían deshecho desesperadamente contra los muros la caja esa donde tú has puesto para su consuelo, la dulce, la infinita, la maravillosa facultad de soñar.

Función sedante de la mentira. — El hombre huye del dolor. Frente al dolor de la carne, busca los sedantes químicos y medicamentos que pongan una paz o un largo armisticio al sufrimiento de la carne dolorida. Frente al dolor moral, al sufrimiento del espíritu, es esa fuga imaginativa uno de los más habituales mecanismos de la compensación y su evasión de una situación dolorosa. Y en ese mecanismo compensatorio que crea una ruptura con el mundo real, existen todos los grados, desde la pequeña mentira con la que el hombre normal justifica un fracaso o un contraste hasta los frondosos delirios de grandezas, floración máxima de esa fuga de la realidad en la creación imaginativa.

En un estudio sobre la mentira explicamos el mecanismo psicológico de la corriente alteración de la verdad y vemos en él como cierto grado de esta alteración fabulatoria es necesario como calmante en los innumerables traumatismos psíquicos que recibe el hombre normal, provocados por la general desproporción entre sus propósitos, ilusiones e ideales y las posibilidades que halla en un mundo limitado, concreto, reducido. De este modo, se busca en la creación imaginativa lo que la realidad rehusa, a veces hasta cruelmente, y generalmente quien mente, halla así la satisfacción de deseos e ilusiones lo que no podría hacer con los solos recursos de la realidad.

La mentira es así preferentemente una actividad de los débiles, de los vencidos, de los doloridos, a quienes la vida no les da esa satisfacción que entonces buscan obtener mediante la alteración de la verdad. La mentira es usada de este modo por el débil como el bálsamo por el hombre que sufre, y existen para el ser humano que no es fuerte situaciones tan dramáticas que sin la consolación elemental que le da esa alteración imaginativa, no le quedarían otros caminos que la ruptura manifiesta

con la realidad, es decir, la locura, o su evasión de la vida.

Siendo así, es esta efracción en un mundo irreal, uno de los mecanismos a los que recurre el espíritu frente a situaciones desfavorables y se halla con mayor frecuencia en las personas con escasa resistencia psíquica, en los pasionales, en la ilusión mental del enamorado y, en general, en aquellos casos en los que la función reductora de la crítica y del autoanálisis hállese embotada por la pasión o debilitada por procesos mórbidos. De este modo, explicase bien como ese mecanismo de compensación imaginativa, junto con los procesos psíquicos de la transferencia, la sublimación y el "refoulement", sea el camino que sigue el espíritu en desequilibrio, que halla así en la alienación mental y en el delirio la satisfacción que le rehusa la vida.

Del mismo modo, en el mundo psíquico del niño, es la alteración a menudo inconsciente de la verdad, uno de los recursos compensatorios del espíritu infantil, frágil, plástico, impresionable y falto, en razón de su inexperiencia, de un concepto justo de la realidad, a la que sólo percibe fragmentariamente y magnificando al mismo tiempo los móviles y sentimientos de los adultos.

En un próximo capítulo estudiamos el mecanismo de la fabulación en el niño y veremos el valor que debe darse a sus habituales alteraciones de la verdad, erróneamente interpretadas, con frecuencia, por muchos padres y educadores.

El mundo del niño. — El niño se halla en un mundo hecho por los adultos, desmesuradamente grande, de dimensiones que lo aplastan y lo empuñecen, de sentimientos y acciones cuyas razones no comprende. En esa situación de inferioridad frente a los adultos, a la naturaleza llena de misterios, a

la noche poblada de peligros, ¿qué salva al niño del temor constante que sería el sentimiento legítimo para su situación? El juego de la fantasía, su aptitud para el ensueño, más desarrollada a esa edad que en otra alguna en la vida del individuo. La fantasía como una buena Hada, lo lleva de la mano y le da fuerza y ánimo en cada situación desfavorable o cuando va a caer en el desaliento al sentirse débil y sin armas en el mundo de los mayores.

El ensueño surge así como un mecanismo compensatorio que cubre la desproporción considerable que existe entre los deseos y las realizaciones, entre sus escasas fuerzas y la de los adultos, que son para el niño tan poderosos como semidioses.

En ciertas ocasiones, parecería como que las propias creaciones de la fantasía del niño contribuyen a aumentar aún más el dolor de una situación penosa y desfavorable en que se encuentra; pero, aun allí, en última instancia siempre es salvado por la propia imaginación que llega a darle la mano y a acercar a sus heridas el bálsamo consolador cuando todas las paredes se cerraban en su torno y su pecho, que subía y bajaba por la congoja, iba a estallar por el dolor irresistible.

Cuando Tolstoy tenía diez años, a causa de una serie repetida de faltas, recibe de su preceptor, llamado Saint Jerome, una severa sanción y es encurrido luego en castigo en una pieza oscura. Su excitada imaginación contribuye aun más a aumentar su angustia y su dolor. Se convence de que en la casa todos le odian, desde la abuela al cochero, y que, si todos gozan en verlo sufrir, es porque talvez no fuese hijo de sus padres, sino un huérfano infeliz, un vagabundo recogido por compasión. Piensa entonces ir al otro día y decirle a su padre: "Papá, es inútil que trates de ocultarme el secreto de mi nacimiento: ¡lo sé todo!" — Y él me responderá "¡Qué

le hemos de hacer! Era lógico que tarde o temprano llegaras a saberlo". — Y yo le diré entonces: "Papá, sé que no tengo el derecho de darte este nombre y lo pronuncio ahora por última vez; no olvidaré nunca que has sido mi protector, pero es imposible que siga en tu casa". — Y le abrazaré y le diré: "¡Oh, padre mío, mi bondadoso protector! Dame por última vez tu bendición y que se cumpla la voluntad de Dios".

Al llegar a este punto irrumpe en sollozos, sentado sobre un baúl, en el cuarto oscuro. De pronto se acuerda del castigo que todavía le espera, ve las cosas en su verdadero aspecto y sus sueños se desvanecen. Pero a poco se imagina libre y fuera de la casa. Se afilia en los Húsares y va a la guerra. Y oíd por sus propios labios lo que entonces piensa:

"Me rodean los enemigos, empuño la espada y mato a uno; comienzo a hacer molinetes y mato a dos, a tres... Al fin, extenuado de fatiga, debilitado por las heridas, caigo gritando: ¡Victoria! El general me busca y pregunta: ¿Dónde está nuestro salvador? Y me echa los brazos al cuello, vertiendo lágrimas de contento y gritando: ¡Victoria! — Yo convalezco de mis heridas y me paseo por los bastiones de Tvercoe con un brazo sujeto por un pañuelo negro. ¡Soy general! El Emperador pasa y pregunta quién es aquel joven herido, y le responden que es Nicolás, el héroe. El Emperador se me aproxima y me dice: "Te concederé cuanto me pidas". Yo le digo entonces: "Permíteme humillar a mi enemigo, el preceptor, el extranjero Saint Jerome". — Entonces voy en busca de Saint Jerome y le digo con voz terrible: "Tú me hiciste sufrir: ¡de rodillas!"

Sin esa seguridad sedante y esa tranquila confianza que le dan las creaciones de su imaginación el niño temblaría sólo y frío como una estrella perdida en el fondo del espacio. Es análoga a la tranquilidad que las creencias totémicas dan al salvaje y sin las cuales no osaría atravesar la oscuridad o la distancia.

El gran desarrollo imaginativo normal en la edad infantil, su facilidad para la amplificación, la fábula y la gloriola halagadora, son sus mecanismos de compensación en un mundo que ve que pertenece a los adultos. Por ello, el pretexto, la deformación de la verdad, la mentira inconsciente, el rápido desplazamiento del espíritu frente a un fracaso, le salvan de sentirse vencido, humillado, impotente. Aquella flor que, en la parábola de Rodó, el niño coloca triunfante en la copa que ya no tiene resonancias porque está llena de arena, es el símbolo de la victoria final en el espíritu infantil de la solución feliz que le dicta en tales ocasiones el Hada de la fantasía que constantemente vela sobre él y está siempre pronta a correr en su ayuda y darle ánimo cuando el desaliento o un contraste amenazan nublar su delicado espíritu.

La inclinación y el gusto de los niños, alrededor de los doce años, por las agrupaciones de muchachos es un hecho indiscutible y, a esa edad, todos hemos formado parte de bandas y guerrillas y retornábamos de nuestras excursiones siempre con cierta decepción, pues no hallábamos en las correrías por el campo, en torno a la ciudad, las aventuras misteriosas del género de las que le sucedieron a Tom Swayer y a otros personajes de las lecturas de aventuras.

Este gusto general a esa edad por los campamentos y bandas da razón a Stanley Hall cuando afirma que el joven repite necesariamente en su evolución individual los estadios anteriores por los que ha pasado la cultura del género humano. Ese pasaje del muchacho por las antiguas formas de vida de la especie explica su inclinación por los campamentos y bandas, configuraciones actuales de las tribus y hordas del pasado indianismo de la especie, así como su admiración por la vida marinera, los caminadores ambulantes y los trotamundos, que repiten, en la época actual, formas de vida iniciales de la sociedad, que ésta ya ha vivido y que el joven pasa en su evolución; del mismo modo como en su desarrollo el organismo del individuo atraviesa rápidamente por las mismas formas de evolución por las que ha pasado la especie, lo que el biólogo define diciendo que la ontogenia o vida del individuo es un resumen abreviado de la filogenia o evolución de la especie. No son una coincidencia sin sentido las denominaciones de la tribu, la horda, los charrúas, los pieles

rojas, etc., que los muchachos eligen entonces para sus equipos y comunidades, en los que la especie revive y recuerda el nomadismo de sus generaciones primitivas.

Siendo, pues, esto así, compréndese cuan contenido y presionado se halla el joven en la vida urbana actual que no atiende generalmente esa tendencia del individuo al nomadismo primitivo. En el hombre adulto sus trabajos, preocupaciones y satisfacciones vitales supletorias dan ocupación a tales inclinaciones y mismo algunos necesitan satisfacerlas totalmente mediante la caza o la pesca —únicas ocupaciones del hombre primitivo — o con ejercicios físicos cuya violencia da salida a ese espíritu de lucha física que no tiene empleo en la sociedad civilizada actual. Pero, en el niño ese proceso de derivación y sublimación de energías anímicas no existe aún; además dicha tendencia al "indianismo" es más fuerte en él que en el adulto y, por ello, no sorprende a quien está en posesión de esas razones biológicas que un niño abandone su hogar para seguir a una banda de muchachos o que emprenda, a pie y sin recursos, una larga excursión a sitios lejanos. Y es que el ejemplar de la especie que vive en él no está hecho aun para la jaula, — confortable, cómoda y segura con el criterio del adulto socializado — pero prisión gris sin posibilidades de lo maravilloso y misterioso para el inquieto pájaro azul que revolotea entre los mechones rubios o morenos de la cabecita siempre afiebrada del adolescente.

Ese anhelo de lo extraordinario y heroico que vive en el pecho del niño de esa edad y que se satisface incompletamente, como en un vaso cerrado, en la vida urbana con la lectura de obras de aventuras y emoción, halla campo más libre en la vida del campamento, con su dureza y privaciones que lo enorgullecen, sus carpas solitarias cerca del bosque donde

estara, sin duda, escondido un tesoro o la playa cercana donde podrán desembarcar piratas y ser despojados, entre todos los acampantes, de sus riquezas y de sus armas terribles. Bajo la lona de la carpa que el viento mueve como las velas desplegadas de su fantasía, en la noche solitaria, sintiendo los gemidos de los altos árboles y el sonar polifono del mar en la playa próxima — debajo de la almohada su cuchillo de acampante, — piénsese todo lo que es capaz de soñar la tierna cabeza del muchacho en su sed de misterio y de maravilloso.



Por otra parte, tales asociaciones de menores no sólo son útiles porque dan libre salida a tendencias contenidas sino también, y especialmente, porque contribuyen valiosamente a la educación del niño para la vida adulta que le espera y por lo cual es muy conveniente la participación del niño, llegado a edad adecuada, en equipos, agrupaciones culturales y asociaciones que, sacándolas de la vida individualista, les den el espíritu de colaboración que les será tan útil cuando inicien su vida adulta.

Los padres observan en torno a los 9 años un cambio en el niño: éste, que hasta entonces jugaba solo, busca ahora la comunidad de otros niños. Este sentimiento colectivo es tan fuerte que dejará en su casa los mejores juguetes para encontrarse en la vereda con compañeros de su edad y un silbido conocido que le llega de la calle le hace abandonar de inmediato todos sus juegos y sus lecturas. La compañía de camaradas de su edad le proporciona lo que nunca podrían proporcionarle los padres, aun con su mejor voluntad: la satisfacción de su deseo de comunidad y sociabilidad, y de allí la valiosa utilidad de las asociaciones a que nos referimos que

tienen en cuenta ese aspecto psicológico y lo encauzan inteligentemente.

Se comprende así como el niño con pocos hermanos, y con mayor razón el hijo único, viven en un ambiente artificial y muy distinto de aquel donde poco más tarde, en el liceo o en el aprendizaje de una profesión, tendrán que desarrollar sus actividades. Por tales razones, en la educación del niño entre los 9 y los 13 años deben tenerse en cuenta dos elementos fundamentales que pueden parecer contradictorios si no se les gradúa convenientemente: por una parte, estimular su iniciativa y confianza en sí mismo para que aprenda a valerse de sus propias posibilidades, y, por otra parte, desarrollar el espíritu de equipo y de colaboración que lo eduque para la vida adulta cada vez más colectivista.



La orientación exclusivamente intelectualista que se ha dado en los últimos 50 años a los métodos de enseñanza no ha tenido en cuenta este importante aspecto biológico del niño, que no se refiere precisamente a su educación física, sino a la necesidad espiritual de satisfacer mediante viajes, excursiones, campamentos, ese sentimiento de proximidad a la naturaleza y a la vida primitiva de los que le irá alejando cada vez más la vida artificial de los centros urbanos. Compréndese así cuan fríos e incompletos han de parecer al joven esos institutos de educación compuestos sólo por salones de clases, llenos de bancos, pizarrones, mapas y láminas de botánica y geometría, donde con unos minutos de gimnasia, y unas pocas flexiones y extensiones, se pretende satisfacer ese fuerte sentimiento, vivo y jubiloso, que bulle en el cuerpo del muchacho y que quiere trepar, correr, andar, batirse en estocadas

como D'Artagnan o Lagardere, subir a las más altas jarcias como los piratas de la Malasia o correr en un potro desbocado como Gary Cooper o Ronald Colman.

No creemos que haya niños de la edad referida a quienes no agrade la vida de campamento. Aparte de satisfacer aquel sentimiento colectivo, la vida de acampante, justamente porque no tiene las comodidades del hogar ni la presencia protectora de los padres, les da a los niños la sensación de sentirse ya hombres con las responsabilidades, los riesgos y la jerarquía de la edad adulta. Y entonces ocurre en ellos un hecho interesante que hace pensar. Los mismos muchachos que en sus casas devoraban ávidamente esos libros de misteriosas aventuras, de detectives, crímenes y misterios, en la vida libre del campo y de la naturaleza dejan casi sin abrir tales lecturas que los padres desde la ciudad les envían para que "no se aburran" en el campamento. De lo que resulta que, cuando el muchacho halla distensión para sus músculos y su espíritu en la vida amplia y natural, no busca su satisfacción en esas novelas que en la vida urbana devora con furor. Por eso, no creemos — contrariamente a lo que se piensa — que esa avidez de lecturas excitantes sea tan peligrosa para los jóvenes: éstos no hallan en esos libros más que lo que ya existe en su propio interior, el gusto por el misterio y lo extraordinario, y cuando estos elementos ya no existen, o son satisfechos de otro modo, tales libros caerán sin interés de sus manos. ¿No es, acaso, más soportable y menos largo el día de trabajo monótono de la joven empleada con aquella novela que se halla abierta en el cajón de su escritorio?...

Generalmente, la mayor parte de los integrantes de estos campamentos se hallan en ese período tan importante y difícil que es el final de la infancia y la iniciación de la adolescencia. Pronto dejará el muchacho de ser el niño crédulo e ingenuo, rebosante de fuerte alegría física, para entrar en una zona de enigmas donde será levantado y dejado caer por inquietudes, problemas y anhelos inconcretos. Por ello, y para evitar que zozobre el barquichuelo de su alma, sin timón y sin experiencia, necesita fuertes soportes morales, valiosos contrafuertes espirituales, ideales superiores, propósitos nobles, que asienten con firmeza su personalidad naciente en esa edad de tránsito accidentado. Y están en condiciones de contribuir con eficacia en esta obra los adultos directores de estos campamentos mediante la prédica, el ejemplo y factores especiales que no existen con frecuencia en el hogar.

En efecto, en su hogar los muchachos de esa edad son considerados como niños y nada más que como niños cada vez que van a decir algo o a ejecutar un acto. No se tiene confianza en sus fuerzas ni seguridad en sus capacidades, y no se pierde ocasión de decirles que son sólo unos niños, lo que los lastima tanto más cuanto que ellos lo saben íntimamente pero desean no serlo ante la consideración de los adultos. Repárese con cuánto orgullo, satisfacción y generalmente capacidad, realiza entonces un muchacho un cometido de confianza y de responsabilidad en el que se comporta como un adulto. Todos los padres se sorprenderían si vieran de cuántas posibilidades favorables son capaces sus hijos cuando se les retira de su lado y se les coloca en condiciones de que deban valerse a sí mismos para su cuidado, colaborar en trabajos de adultos y soportar con alegre espíritu la lluvia, el frío y la noche larga, y cuánto les satisface y enorgullece el trato y la consideración de hombres que así reciben.

Pues bien, ese deseo y esa necesidad que tiene el niño de ser tomado en serio, y que habitualmente no halla satisfacción en el hogar, lo encuentra en el campamento donde los directores lo tratan como hombres, de igual a igual, con la consideración y con las exigencias correspondientes. Y es insospechado entonces el resultado favorable que esto produce, al punto que podría pensarse que el mejor sistema de educación de esa edad sería tomarla en serio, satisfaciendo sus deseos de consideración y respeto, que se vuelven así palancas y estímulos valiosos para su educación eficiente y su elevación espiritual. Y a tal punto este deseo de ser ya considerado como adultos, y no como niños, es activo y vivo en el pecho del joven que se le ha señalado como causa de esas fugas del hogar, donde sigue siendo para los adultos el niño tonto e incapaz, para integrar esas bandas de muchachos donde satisfacen ese deseo de respeto y de ser algo, mediante el trato que entre ellos se dan, suprimiendo el tuteo, dándose una designación fuerte y viril o cometiendo un despropósito en el que prueban hasta dónde llegan sus fuerzas, del mismo modo como con una descarada insolencia, fumando, diciendo palabrotas o fanfarroneando sobre supuestas hazañas o vicios, intentan demostrar que ya no son unos chiquillines.



Vemos, pues, hasta qué punto la vida de acampante satisface deseos que palpitan en el pecho de todo muchacho, da salida a tendencias que han de serle útiles, le enseña a dominar otras que lo trabarían en la vida adulta que le espera y todo esto se realiza por acción de un medio que lo eleva ante sí mismo en el tratamiento de que es objeto y por las exigencias a que es sometido.

Al regresar al hogar, después de su ausencia, todos los padres comprueban el cambio favorable operado en el carácter del niño. Es, en primer término, una mayor confianza en sí mismo lo que se destaca; ha aprendido a hacer muchas cosas por sus propias manos. Es más ordenado, comprensivo y obediente, y estas cualidades han surgido por una emulación y estímulo realizados con inteligencia. Tiene, asimismo, el niño la comprensión de sus propios deberes y los ejecuta espontáneamente y con corrección.

Pero, lo que se advierte de inmediato, es el espíritu de compañerismo que se ha desarrollado. Niños egoístas, no habituados a repartir sus golosinas, o a hacer participar a otros de sus juguetes, adquieren generosidad y sienten el compañerismo. Asimismo, niños criados en un ambiente de halago, donde otras personas les sirven hasta en sus menores caprichos, abandonan pronto esa perjudicial actitud y aprenden a servirse a sí mismo y a los demás.

En ciertos casos, terminado el campamento y vuelto el niño al hogar, no tarda en perder, total o parcialmente esas cualidades favorables que había adquirido. "Le duró poco el efecto del campamento" — comentan entonces los padres, sin advertir que lo que realmente ha cambiado es el medio donde ahora se halla el niño y que ya no es estimulante ni productor de aquellas favorables reacciones. Los niños, que habían sido elevados por la acción de los directores con el trato, la confianza y los cometidos de personas mayores, vuelven en el hogar a ser tratados como criaturas a las que no se les tiene ninguna confianza, se les destaca sin piedad sus incapacidades, no se les deja hacer nada por sus propias manos en el temor de que se lastimen, se hieran o lo hagan mal, y vuelven así a caer en aquella situación de niños tontos, timoratos, incapaces, como son

considerados por los mayores. No es, pues, el efecto del campamento lo que han perdido, sino que tal efecto no ha sido continuado por una obra de tono análogo en el hogar.



¿Qué deben hacer los padres para que el niño halle en la vida del hogar el mismo espíritu que tanto bien le hizo en el campamento y para que éste no quede reducido a un episodio de vacaciones en el recuerdo del hijo?

Para ello, los padres deben comenzar por advertir que su hijo ya no es aquel chiquitín de pantalones cortos, pequeño y débil, que debían llevar de la mano por las calles y cubrir de advertencias y prevenciones cada vez que iba a ejecutar un acto. Muy acertadamente, Sthephenson aconseja a los padres que no traten de explicar las cosas con demasiada sencillez sino que hablen siempre a sus hijos como si tuvieran tres años más de los que tienen. De este modo, aparte de desarrollar con asuntos complejos la agudeza del niño, que generalmente es mayor que lo que creen los padres, se aleja el adulto del peligro de considerarlo siempre de un modo pueril.

Debe procurarse que el hijo tenga confianza y seguridad en sí mismo, elementos tónicos que necesita tanto para fortificarse espiritualmente como las vitaminas y el aceite de hígado de bacalao que se le da para su mayor fortaleza física. Y, si no son los padres quienes demuestran al joven que tienen confianza en sus medios y en su inteligencia, ¿cómo podrán esperar que el hijo llegue por sí mismo a tener esa confianza en sus propios medios?

Adultos que no dejan de cumplir al pie de la letra las instrucciones que se aconsejan para el uso de un automóvil nuevo en sus primeros tres mil kiló-

metros de recorrido, de cuyo cuidado y tratamiento depende todo el futuro de la máquina, cierran los ojos ante los primeros ensayos que realizan sus hijos en la vida socializada adulta y de los que también depende generalmente todo el futuro de sus vidas. Padres siempre ocupados, que llegan a su casa fatigados e irritables hasta la neurastenia, respondiendo a las preguntas de sus hijos — antenas temblorosas que lanzan a la vida — siempre malhumorados con respuestas de esas que matan una conversación o que humillan al niño mostrándole la tontería que ha preguntado; padres que han sido siempre para los hijos eternos jefes dejando en sus espíritus esa falta de iniciativa y de seguridad en sí mismos, huellas indelebles de la fuerte presión a que han estado sometidos, y que nunca han sentido la cordial emoción de que el hijo pueda caminar a su lado como si fuera uno de sus camaradas; padres que creen haber cumplido con sus hijos porque a éstos no les ha faltado el “techo, ropa y comida” de que habla el Código Civil y han eludido la seria responsabilidad que crea la circunstancia de haber engendrado un hijo; padres, que lejos de ser la primera persona a la que el joven piensa ocurrir en instantes de duda, de dolor o de zozobra, son, por el contrario, el ser más alejado del hijo en esas situaciones críticas; tarde o temprano llega para ellos un día amargo en que advierten de golpe que ya no existe aquel niño cariñoso y crédulo, tan fácil de contentar, en este motalbete extraño, de pantalones largos, triste y débil para la vida, que lo está mirando de un modo hostil, como a un enemigo, con una mirada cargada de reproches y en la que se lee la acusación más amarga de un ser viviente, pues es el dolorido apóstrofe a quien lo ha defraudado para la vida irreparablemente.

Por el contrario, grandes e insustituibles satis-

facciones recoge el padre que es el camarada de su hijo y, entre ellas, la de vivir por segunda vez ricas emociones y toda una vasta vida afectiva que de otro modo habría quedado extinguida para siempre. Porque si es grande la influencia que los padres ejercen sobre los hijos es también grande y valiosa la acción de los hijos sobre el espíritu de los padres y aquí también el mejor procedimiento para aprender muchas cosas es cuando se trata de enseñarlas. Por ello, es rica en cálidos valores espirituales esa revivencia que los hijos realizan en el espíritu de los padres cuando éstos se identifican con ellos y son considerados como camaradas, en los juegos, en el estudio y en la parte del camino de la vida que todavía pueden hacer juntos.

ENSEÑANZA ESCOLAR ESPECIAL

La enseñanza común, general y uniforme, que se da a los niños en las escuelas no se adapta en especial a dos tipos de alumnos que están respectivamente, uno por debajo y el otro por encima, del nivel medio que es el que se ha tenido en cuenta en la realización de los programas y de los métodos. Ambos grupos, el de los retrasados pedagógicos y el de los superdotados, han sido motivo de una atención especial y su interés hace que le dediquemos este capítulo dirigido a los padres, puesto que, en ese género de educación especial que requieren esos alumnos de nivel extremo, los padres deben hacer tanto o más que lo que hace la escuela.

Los maestros conocen bien esos alumnos que a causa de insuficiencias psíquicas leves, tales como debilidad de la atención y de la memoria, comprensión lenta, inestabilidad, débil concentración, pereza volitiva, dispersión mental, no siguen el curso de las lecciones y deberes y quedan retrasados con relación a la mayoría de la clase. La dedicación especial que debe prodigar la maestra a tales alumnos para que comprendan las explicaciones, que para ellos deben hacerse detenida y repetidas veces, su vigilancia, puesto que derivan su actividad que no ponen en la clase en distracciones y en inestabilidad motora, retardan el progreso general de la clase que los lleva a remolque y que debe detener de continuo su avance para ser alcanzada por estos alumnos que siempre van detrás.

Con el objeto de poder destinar a estos alumnos la atención especial que necesitan y, al mismo tiempo,

liberar de su peso a las clases comunes, se han creado en muchos países cursos especializados. Llamados en Alemania "Förderklasen", y en Suiza y Francia clases "faibles", en nuestro país "cursos diferenciales", cumplen en este aspecto el ideal de Claparede referente a "l'ecole sur mesure", agrupando a dichos alumnos retrasados pedagógicos en clases especiales de nivelación, donde, con métodos y programas más lentos y mejor adaptados, con maestros especializados, y dando una intervención particular a la enseñanza objetiva mediante trabajos manuales, se trata de llevarlos lo más cerca posible del nivel de los alumnos comunes.

Debe advertirse que en este grupo de niños retrasados pedagógicos, o falsos débiles mentales, no se hallan los niños anormales, en los cuales los déficits intelectuales y del carácter son acentuados, debidos en general a graves trastornos orgánicos o hereditarios, y no corresponden a las clases diferenciales a que hacemos referencia, sino a clases especiales para anormales donde, por métodos médico - pedagógicos de verdadera ortopedia psíquica, podrán lograr cierto grado de educación, pero sin llegar desgraciadamente al nivel normal. Los retrasados pedagógicos a que nos referimos, y entre los cuales se hallan la mayor parte de los repetidores, llegan generalmente al nivel normal una vez corregidos por maestros y padres las deficiencias psíquicas de su atención, inestabilidad y concentración mental.



Situados en el otro extremo del nivel medio hallanse los alumnos que han sido denominados los superdotados, supernormales o bien dotados, esto es, aquellos que por sus excelentes aptitudes y cualidades intelectuales sobresalen sobre el término medio de la clase y cuyo mantenimiento y permanencia

en la clase común no estimula ni excita su trabajo intelectual, pues cumplen con facilidad y rápidamente los deberes y lecciones destinados al alumno medio y siguen sin esfuerzo el avance de la clase que se rige a veces por los más débiles.

Hemos expuesto ya nuestro criterio sobre el desarrollo por la actividad, que rige tanto para la vida corporal como para la intelectual; las fuerzas y aptitudes que no son empleadas disminuyen y desaparecen y la actividad mental sólo se conserva y desarrolla por las ocupaciones no fáciles ni uniformes que obliguen al individuo a trabajar cerca del límite máximo de su capacidad.

Los niños bien dotados hallan demasiado fácil el trabajo de la clase común que finalmente los aburre, puesto que de continuo deben detenerse para aguardar ser alcanzados por el resto de los alumnos. Como William Stern lo ha puesto de manifiesto en su obra "La Selección de los Alumnos", de tal situación resulta el hecho de que dichos niños no aprenden a trabajar, sobrándole sus cualidades intelectuales para el trabajo que la clase realiza y agrega que "es indudable que una gran parte de los llamados genios perdidos procede de que estos hombres lo han encontrado todo en la escuela demasiado fácil y que por ello no aprendieron a vencer obstáculos y a cumplir deberes desagradables con gran gasto de energía". En la escuela común los alumnos bien dotados, pudiendo marchar a la carrera, deben hacerlo al paso, tal como esos excelentes corredores de un conjunto que deben disminuir la velocidad de que son capaces para marchar en el pelotón. En algunas ocasiones estos alumnos se saltan una clase o hacen un año escolar en un semestre, pero esto no es siempre realizable ni graduado convenientemente, pues la maestra no puede poner su atención especial en esos casos ocupada totalmente por el conjunto de la clase.

En contra de la creación de cursos especiales para los superdotados se ha dicho que al sacarlos de las clases comunes pierden éstos los elementos estimuladores que incitan su progreso y son un incentivo para todos los alumnos. Como Stern lo ha dicho, el estímulo existe sólo cuando hay posibilidad de aproximación, y en esas clases donde las mejores notas y sobresalientes clasificaciones son siempre para esos mismos alumnos superdotados, éstos acaban por actuar por su superioridad como inhibidores o paralizadores de los restantes que nunca podrán llegar a su altura. Por otra parte, aun sin ellos, la clase común tendrá siempre suficientes diferencias para estimular la competencia puesto que no podrá existir nunca un nivel uniforme.

Se ha dicho también que se fomenta el orgullo excesivo al llevar a los bien dotados a clases especiales, pero no debe olvidarse que más oportunidades de orgullo tendrán permaneciendo en la clase común, donde descuellan netamente, que en un curso especial donde se hallarán entre alumnos de sus mismas fuerzas y aptitudes. Creemos sí, que lo que puede estimular la vanidad es la denominación de superdotados o biendotados que se dé a estas clases. En efecto, hállese dichos escolares en el período especial que va de los 8 hasta los 12 años de edad que se caracteriza por un fuerte sentimiento de satisfacción de sí mismo, superabundancia de fuerzas y el deseo de su exteriorización que ha hecho llamar a tal período "la edad del pavo". Teniendo en cuenta tal factor, conviene para esta clase una denominación modesta, que no anticipe nada sobre sus fines, tal como clases B, o especiales o también diferenciales B o un nombre tomado de la historia o de la geografía. Es obvio decir que del mismo modo debe procederse, aunque por razones opuestas, en la designación de las clases para deficientes y débiles mentales, cuya denomina-

ción no debe expresar un concepto que pueda ser deprimente.



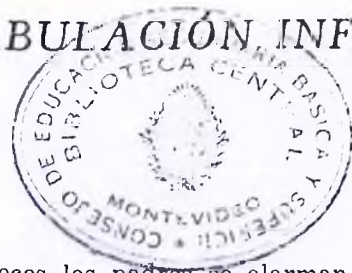
Comprendemos bien que la escuela primaria, que aún no ha podido abatir totalmente el porcentaje de analfabetos y se halla ocupada en la solución de problemas generales, no pueda poner todavía toda su atención en estas clases especializadas de la enseñanza escolar. Por estas razones, nos dirigimos en especial a los padres a quienes, por otra parte corresponde en buen grado, dispensar su dedicación a estos niños a que hacemos referencia.

Para el caso de los alumnos bien dotados consideramos que los familiares pueden contribuir en forma eficaz a que no se atrofien, por falta de aplicación, las cualidades relevantes que presenta el niño. Destacado el supernormal, ya por su inteligencia en el hogar o porque la maestra lo señale a sus padres, éstos deben, por actividades y enseñanzas suplementarias, además de las que reciben en la escuela, contribuir al pleno desenvolvimiento de sus capacidades. Ya hemos hablado de las conveniencias y beneficios de las actividades manuales y cómo a esa edad moldean el espíritu dándole el sentido práctico tan eficaz. Del mismo modo, el aprendizaje de un idioma, el estudio de la música, del dibujo y de otras enseñanzas que los padres hallarán de acuerdo con sus posibilidades y con las aptitudes particulares, contribuirán a completar la educación de estos niños que en la escuela trabajan fácilmente y sin esfuerzo.

Del intelecto de los niños superdotados se ha dicho que necesitan doble alimento y sólo se les da uno sencillo. Consideramos que en esa alimentación intelectual suplementaria los padres deben contribuir en mayor grado que los maestros, pues las posibilidades de lograr motivos de atención y de interés son mayores y más diversas en el hogar que en la escuela.

Los problemas de enseñanza escolar que dejamos anotados han merecido, en los últimos años, la atención de educadores que han preconizado la necesidad de que la escuela diversificada se adapte mejor a sus reales necesidades y a su función social. Debemos citar el nombre del distinguido educacionista señor Emilio Verdesio, propulsor tenaz en nuestro país de las clases diferenciales y de la enseñanza especial y de cuyos proyectos y realizaciones ha sido el autor. Ha contribuido también con su valiosa experiencia y su claro talento el profesor Sebastián Morey Otero, recientemente fallecido, cruelmente arrancado de la vida cuando en plena madurez intelectual daba magníficos frutos al desarrollo de la enseñanza en nuestro país.

LA FABULACIÓN INFANTIL



Muchas veces los padres se alarman por la tendencia de sus pequeños hijos a alterar la verdad, y se preguntan qué conducta deben adoptar para corregir esa tendencia, que ellos consideran como no normal y que suponen que será para el futuro del niño una fuente constante de sinsabores por su afán de salirse de la verdad real.

Para apreciar tales hechos debe saberse que, durante la infancia, la alteración de la verdad representa una actividad normal y resulta del ejercicio todavía incompleto de las funciones psíquicas en formación. Como bien lo afirma Ernest Dupré, la actividad cerebral, todavía en sus comienzos, carece, tanto en el dominio psíquico como en la esfera sensorial, de las lecciones de la experiencia y de esas correcciones que el contacto educador de la realidad aporta incesantemente a las primeras impresiones de los sentidos y a las primeras creaciones del espíritu. La infancia está desprovista de esos datos de comparación y de contralor que son las fuentes naturales del espíritu crítico y que representan, frente a las fantasías de la imaginación, elementos reductores, cuyo número y cuya influencia aumentan con la edad. Las mismas razones, falta de experiencia y de reflexión crítica, explican la extrema sugestibilidad infantil. El niño es, por esencia, un ser temeroso, curioso, imaginativo y crédulo. Bajo la influencia del miedo o de la curiosidad, la fantasía creadora de su imaginación se ejerce, libre de toda inhibición, e impone sus quimeras a la credulidad de un espíritu sin experiencia y sin crítica. De este modo explica

Dupré lo que él mismo ha denominado actividad mítica normal del niño.

El niño altera la verdad porque deforma la realidad en su inaptitud para percibirla y retenerla con justeza. Es por esa falta de experiencia que no percibe el mundo que lo rodea con la nitidez y precisión con que lo hace el adulto. Pero, a medida que el niño crece, se multiplican las conexiones entre sus centros nerviosos, aumentan las asociaciones de las ideas y de las imágenes, al mismo tiempo que los sentidos llegan a una mayor precisión sensorial. Las exageraciones de la imaginación y los vuelos irreales de la fantasía van sufriendo la restricción que les impone el contralor de la experiencia y el de una crítica que comienza a ejercerse.

Llega entonces así el niño gradualmente, por el ejercicio concertado de todas sus funciones intelectuales, y por la adaptación cada vez mayor a la realidad que le rodea, a un equilibrio armonioso de su psiquismo que lo capacita para percibir con exactitud la realidad, retenerla fielmente y poder reproducirla luego en un relato preciso. El niño se ha corregido de sus mentiras, dicen entonces los padres. Y es que los años vividos, que son su mejor educador, le han dado "la certeza de la realidad".



Esa actividad imaginativa fisiológica en el niño normal, que lo lleva a la alteración repetida de la realidad, puede manifestarse bajo diversas formas y es bien conocida por los padres y educadores. Se ha demostrado que el testimonio infantil enteramente exacto y fiel es excepcional, pues todo niño suple las lagunas de su memoria con tendencias a la dramatización imaginativa. Generalmente la alteración de la verdad se hace por ampliación de los

hechos reales y adición de elementos imaginativos. Hay, asimismo, una deformación del hecho observado, debida a errores de percepción o de interpretación, así como también a sugestiones ajenas, pues el niño le da el valor de hechos reales vividos o vistos a manifestaciones inexactas que escucha de labios de sus mayores.

Los maestros conocen bien estos hechos. Cuando ellos han puesto a los niños, como tema para una narración escrita, la descripción de un incendio o de un choque, que los escolares han presenciado, se han puesto bien de manifiesto las alteraciones de la verdad en que casi todos los niños incurrían, debido a los factores que dejamos indicados.

La sugestibilidad infantil, principalmente, es, a veces, tan grande que es fácil por afirmaciones sugeridas hacerle creer al niño en la realidad de lo que escucha. Desprovisto de fuerza personal para oponerse a la sugestión ajena, recibe el chico el relato de labios de quienes lo rodean, cobra en él vida propia, lo enriquece con la fertilidad de su imaginación y lo repite con toda sinceridad como si lo hubiera presenciado. Es así como toda una pequeña novela que refiere el niño puede tener sus orígenes en palabras escuchadas a personas mayores. Otras veces no necesita el niño escuchar afirmaciones para hacer su relato. Basta, a veces, un interrogatorio mal conducido para sugerirle al niño la afirmación de hechos no existentes. En efecto, muchas veces las preguntas de los mayores, hechas de una manera imperiosa y enérgica, van dictando al chico intimidado los elementos de una creación irreal. Los jueces saben que no debe acordárseles a los testimonios infantiles un valor que están lejos de poseer y los falsos testimonios infantiles demuestran la inexactitud del adagio popular que proclama que "la verdad sale de boca de los niños".

Se ha visto que a través de la alteración de la verdad que hace el niño se revelan sus temores, sus deseos, sus tendencias y sus complejos individuales. El temor a la reprensiones, la obtención de un placer, el orgullo infantil, la vanidad, la pequeña gloriola frente a sus camaradas, son los elementos que espollean habitualmente su imaginación y aparecen en la actividad mítica del niño.

Otras veces, toma esta actividad una forma más compleja y llega a la invención espontánea de aventuras, hechos y sucedidos puramente imaginativos que el pequeño narrador cuenta con tal firmeza que llega a provocar el convencimiento de quienes le escuchan. Y con qué calor habla el pequeño novelista y cómo se excita su inventiva cuando en el centro de la atención del auditorio expone esas fábulas e invenciones en las que se ejerce su fantasía que vuela libre sin el frío molde de la realidad. Es el niño que vuelve de la escuela afirmando haber visto en la calle un choque impresionante cuyos detalles describe. Es la niña de seis años que luego de faltar unos días a la escuela llega diciéndoles a todos que ha tenido una enfermedad gravísima, que ha estado por morir, repite lo que han dicho los médicos y dice los remedios que ha tomado, ante la atención de toda la clase admirada y la piedad afectuosa de la maestra que acaricia la cabecita pequeña y fantástica.



Las consideraciones que preceden se refieren a la actividad imaginativa del niño normal. Sus mentiras, desprovistas como se ha visto, de carácter maligno, no son sino ensayos frustos y preparatorios de la verdad, como ensaya sus músculos jugando a la pelota o corriendo. Hasta que llega el niño a la pubertad y tiene entonces una experiencia y una crítica

suficientes para controlar las creaciones de su fantasía. Y cesa entonces aquella deformación imaginativa de la realidad.

Hay niños anormales en quienes dicha alteración de la verdad no aparece pura y límpida, sino que se asocia con perturbaciones afectivas y morales; no es ella ya, como en el chico normal, un deporte imaginativo inocente e inofensivo, sino que en esos niños anormales tiene su fabulación patológica un carácter maligno, pues aparece asociada a trastornos de los sentimientos y puesta al servicio de tendencias mórbidas. Son los niños calumniadores, falsos acusadores, falsos niños mártires, pequeños malhechores, que van a conmover cada uno a su modo, con sus falsas acusaciones, el medio en que viven, y en los que la actividad imaginativa no es ya un juego inocente sino, como se ha dicho, un arma de guerra y es sólo en tales casos que cabe la alarma de los padres.

LA FABULACIÓN INFANTIL EN LA LITERATURA

Muchos escritores (León Tolstoy, Máximo Gorki, Anatole France, Charles Louis Philipe) han referido, en obras autobiográficas, los recuerdos de su infancia. Otros (Andreiev, Arvenchenko, Antón Chejov, Romain Rolland) han escrito narraciones infantiles, cuentos referentes a niños, novelas cuyos personajes son criaturas. Y así como se ha dicho con razón que la psiquiatría ha sido beneficiada en buena parte por los escritores que cultivan la novela psicológica, del mismo modo podría decirse que el estudio de la psicología infantil halla un valioso punto de referencia en esas obras autobiográficas referentes a la infancia y en esos cuentos cuyos personajes son criaturas, puesto que sus autores, hombres de claro talento y dotados de fino y certero espíritu de observación, han retenido hechos y sucedidos que confirman los datos que da la psicología infantil y contribuyen asimismo al estudio de ella con los valiosos documentos que aportan.

Veamos como ejemplos algunas de las obras de los autores citados.

MÁXIMO GORKI. "*Mi infancia*". — El niño de las clases pobres, de que nos habla Gorki en esta obra, nace y crece en un medio de hostilidad y de brutalidad. Vive bajo los azotes y los castigos y en un ambiente de miseria, de dolor y de esclavitud. Los mayores baten su espíritu como al hierro sobre el yunque: a golpes despiadados y repetidos. El niño es

azotado por todos. Por los abuelos, los padres, los tíos. Se toma a su vez la revancha a pedradas contra sus compañeros de barrio o torturando los perros, las gallinas, los gatos.

"*Mi infancia*", obra de belleza extraordinaria, rebosante de observaciones exactas y sutiles, es la autobiografía de Máximo Gorki. Narra su vida hasta los 12 años. Azotes, azotes, azotes. Hasta que los abuelos le dijeron al pequeño huérfano que ya no podría quedarse con ellos. Y Gorki se fué por lo caminos del mundo.

En el comienzo de la obra, tierna y temblorosa, hay una observación retenida finamente por el escritor y que es, en su esencia, la traducción de la gran sugestibilidad del niño.

Cuando el padre murió de cólera, la madre y el pequeño Gorki — que tenía 6 años — se embarcaron para Nijvi-Novgorod donde vivían los abuelos y los tíos. Una tarde en que el barco paró en Savatof, el pequeño muchacho de tercera clase, vestido pobremente, subió gateando por las escaleras hasta la primera clase. Los pasajeros que allí estaban viendo al niño aquel, de ropas destruidas, que llegaba hasta ellos, prorrumpieron en gritos:

—¿Quién eres tú? ¿De dónde sales?

Le empujaron, lo zarandearon, lo registraron, hasta que llegó pronto un marinero y levantándolo en brazos dijo:

—Es un niño de Astrakan, un pasajero de los camarotes.

Y lo llevó de nuevo a su sitio.

El barco siguió su marcha. Pasaron los días. Llegaron por fin a Nijvi-Novgorod. Y se encuentran allí con los parientes que los aguardaban. El abuelo saluda a la madre; no conoce al chico y le pregunta:

—¿Quién eres tú?

—Un niño de Astrakan, un pasajero de los camarotes. — responde el pequeño Gorki.

El muchacho no sabe lo que significan tales palabras. Ha oído que se las aplicaba, refiriéndose a él, el marinero aquel que se lo llevó de primera clase. Y ahora, a través de los días, es la respuesta que sube a sus labios cuando el abuelo le hace la pregunta:

—¿Quién eres tú?

El escritor, así, sin comentarios ni reflexiones al margen acerca de la psicología infantil, traduce, por el sólo efecto de esa respuesta que reaparece, la sugestibilidad del niño y la facilidad que éste tiene para repetir sinceramente y con toda verdad, una afirmación o un relato que ha escuchado, aún mismo sin comprenderlo.

ANATOLE FRANCE. "*Pedrin*". — Un ejemplo semejante de sugestibilidad infantil y también de fabulación originada por el miedo y la curiosidad, aparece en la obra de Anatole France titulada "*Pedrin*" (Le petit Pierre Nozière), obra también autobiográfica y referente a la infancia del agudo escritor francés.

Pedrin tenía 7 años. En la misma casa donde vivía con sus padres, ocupaba un apartamento el Sr. Menage, pintor, quien allí tenía su estudio. En el mismo pasillo y frente al estudio del pintor, tenía su pieza la criada Melania, doméstica de la familia Nozière y encargada de la vigilancia del pequeño Pedrin. Cuando el niño subía con la criada hasta el piso alto, se le prohibía severamente mirar al interior del estudio del pintor y mismo acercarse a la puerta. En opinión de los mayores el niño no hubiera podido soportar el espectáculo que allí se ofrecía. Había allí, se decía, un esqueleto colgado, y miembros humanos de una palidez mortal, esparcidos sobre las paredes. Tales noticias despertaron, al mismo tiempo, el miedo y la curiosidad del niño, que ardía en deseos de ver el estudio del Sr. Menage. Hasta que cierto

día, aprovechando un descuido de la criada, se aproximó a la puerta vedada y ya se disponía a mirar por el ojo de la cerradura, cuando asustado por el ruido que hacían las ratas sobre su cabeza, retrocedió y entró corriendo en el cuarto de la criada Melania. Y dice France:

"No tuve siquiera tiempo de mirar, pero no por esto dejé de referir todo lo que ví por el ojo de la cerradura. Y dije a Melania:

"He visto miembros humanos de una palidez mortal, los había a millones... ¡Un espanto! He visto siete mujeres muy hermosas que se hallaban colgadas en la pared, y su sangre corría a chorros por el pavimento de mármol blanco..."

Luego, ante las preguntas burlonas de los mayores, Pedrin accede a no haber visto o haber visto apenas las mujeres y los esqueletos, pero se obstina firmemente en haber contemplado el espectáculo de los miembros humanos de una palidez mortal. Es que lo creía así.

TOLSTOY. "*Mi infancia*". — Esta obra podría titularse también "*Ternura*", pues tal es el sentimiento dominante en estas páginas que narran la infancia del pequeño noble, hijo de un poderoso terrateniente de Kabarovka. Desde las primeras líneas el lector contempla cómo se construye una inocente y delicada mentira infantil.

Una mañana el preceptor alemán encargado de la educación de los niños, llega como de costumbre hasta las camas de sus discípulos a despertarlos. El pequeño Nicolás (L. Tolstoy) tiene apenas 10 años. Perezoso, hallándose muy bien entre las sábanas y juzgando muy temprana la hora para incorporarse, se resiste a las indicaciones del preceptor. Este insiste en hacerlo levantar y el niño, entonces, grita que lo dejen y esconde bajo la almohada la cabeza con los ojos

lentos de lágrimas. El preceptor, un ex soldado alemán, rígido y bondadoso, sorprendido ante las lágrimas del niño le pregunta con inquietud que es lo que le pasa, *si ha tenido algún mal sueño*. Tal pregunta, hecha con marcada solicitud, hizo correr las lágrimas aun con más abundancia, y dice Tolstoy: “le dije que lloraba porque, en efecto, había tenido un mal sueño: había soñado que mamá había muerto y que iban a enterrarla. Inventaba porque no me acordaba si había soñado aquella noche; pero cuando Karl Ivanovitch, el preceptor, conmovido por mi relato, se puso a consolarme y a tranquilizarme, me pareció que, efectivamente, había tenido aquel espantoso sueño y esto fué para mí un nuevo motivo de llanto”.

Poco más tarde el preceptor lleva a los niños a dar los buenos días a la madre. Y dice Tolstoy: “Después de dar los buenos días, mamá me tomó la cabeza con las dos manos, la echó hacia atrás y me miró atentamente. Me besó en los ojos y me preguntó:

—“¿Por qué has llorado?

Me acordé del sueño que había inventado, con todos sus detalles, y me estremecí involuntariamente.

—“He llorado, soñando, mamá”.

El preceptor confirmó mi dicho, pero, naturalmente guardó silencio acerca de mi sueño”.

Desde entonces, y cada vez más, ese sueño — que no ha existido en forma alguna — cobra existencia real, al extremo de que, cuando al finalizar el día el padre les dice a los niños que ellos deberán acompañarlo a Moscú, donde estudiarán, y se separarán en tanto de la madre, quien quedará en el campo, el pequeño Nicolás tiene un pensamiento que le conmueve:

—“¡He aquí lo que me anunciaba mi sueño! Quiera Dios que no suceda ninguna desgracia!”

El lector asiste en estas líneas a la elaboración de

una creación mítica que tiene su origen en un interrogatorio solícito, ha prosperado a expensas de la sugestibilidad del niño y de su deseo de ser consolado tiernamente, se afirma cada vez que es repetida y acaba, finalmente, por ser considerada como un hecho real.

ARVENCHENKO es de los escritores que más a fondo han penetrado la psicología infantil. Es que este narrador ruso sabía bien que para conocer “a ese pueblo confiado y pequeñín” son necesarias tres cosas fundamentales: 1º amar a los niños; 2º ser amado por ellos, y 3º no hacer notar nunca que se es más inteligente que el niño a quien se aborda; por el contrario, pasar ante él por un hombre inverosímilmente ignorante que necesita de sus explicaciones y de su protección.

“*Kostia*” es el título de uno de los más interesantes cuentos de su libro “Los niños”.

Todos los niños huían en la escuela de la compañía del pequeño *Kostia*. Y es que éste se hacía temible por la facilidad extraordinaria para decir mentiras. Sin motivo alguno que lo obligara a ello, este chico creaba de continuo fabulaciones unas tras otras y cada vez mayores.

“Se acercaba a un grupo de chicos y chicas, suspiraba y comenzaba de un modo suave:

—Nuestro portero estaba en el patio haciendo un hoyito para plantar un árbol y la pala chocó contra algo duro. Miraron y eran huesos, una calavera y un arca de hierro. La abrieron y en ella...

—¡Fuera de aquí! — gritaban todos los colegiales. ¡Largo de aquí! Ya vienes con tus mentiras...”

La mentira en labios de *Kostia* no es, como en los otros niños, una actividad mental fugaz y pasajera, sino que es toda una actividad continua y permanente de su espíritu. Y es tan grande ese afán exuberante de fabulaciones y de creaciones imaginativas, que,

descubierta la falta de consistencia de un embuste, crea otro y otro. Las mentiras van metidas así unas dentro de las otras como los barquillos de los vendedores callejeros.

Nada respeta en sus leyendas, llegando a extremos que son ya patológicos.

Trae convulsionada toda la casa. Sobresalta a la abuela a cada instante con sus malas noticias. No da reposo a la criada que corre de uno a otro lado víctima de sus mentiras. Tan pronto comenzaba a hablar había que interrumpirle:

—Kostia! Otra vez mintiendo!...

Una noche, luego de estar unos instantes con su padre en su escritorio, atraviesa la habitación y llega corriendo hasta el gabinete de su madre a decirle que al entrar en el despacho de su padre, le había visto tumbado en la alfombra, junto a la mesa, a su lado su revólver. En la frente una manchita, y clor a pólvora en la habitación...

Provoca con esto el espanto natural de la madre.

—“¿Qué hago yo con este niño? — decía la madre llorando y mirando casi con odio a Kostia, que asustado, tímido, como un pajarito en mal tiempo, se estrechaba contra el recio hombro de su padre. Con sus mentiras e invenciones, este chico hará que todos los de la casa nos volvamos locos. La doncella no puede ni verlo, los niños lo echan como a un perro sarnoso... Es un chico que da pena. ¡Figúrate lo que va a ser de él cuando sea mayor!

—Por desgracia me lo figuro — dijo a media voz el padre, estrechando contra su hombro la cabecita greduda de su defectuoso hijito. Crecerá y todo el mundo se alejará de su lado, como ahora; no lo comprenderán, y... se mofarán de él.

—¿Y, qué va a ser de él cuando sea mayor?

—Querida — dijo tristemente el padre, moviendo su cabeza, que ya había empezado a encanecer, — será poeta...”

Así termina Arvenchenko esta narración, que nos presenta un caso de mitomanía infantil que llega ya a los límites de lo anormal. Otros padres de chicos semejantes, que existen en la vida real, se consuelan pensando que, con tal inventiva, cuando grandes, sus hijos serán novelistas. Sin embargo, y desgraciadamente, tales mitómanos extremos, si no se corrigen con la edad, no suelen ser, cuando mayores, ni poetas ni novelistas. Resultan con frecuencia simples charlatanes, mentirosos desprestigiados en su afán sin medida de deslumbrar con sus relatos y embustes, faltos éstos, por otra parte, de la seriedad y de la consistencia que requiere toda obra artística, aun mismo puramente imaginativa.

ADOLESCENCIA

Si tiene importancia la normal educación de un ser durante su infancia, no es menor, ciertamente, el valor de los acontecimientos, factores familiares y ambientales durante la adolescencia, período de la vida de extraordinaria significación y sobre el cual poco han puesto su atención educadores y pedagogos.

La adolescencia es, en efecto, un período de inestabilidad y desconcierto, resultado de la intervención de nuevas hormonas que entran en acción, regidas por un sistema nervioso que se hace más sensible a los estímulos y excitaciones. Edad de tránsito accidentado y tumultuoso, colocada entre dos períodos de segura calma. Al final de su infancia el niño había logrado formarse un mundo seguro y venturoso en el que se movía con automatismos bien coordinados. Tan tranquilo equilibrio se desvanece en la adolescencia y experimenta el ser una evolución tal en sus disposiciones, aptitudes y sentimientos que se ha hablado entonces de un segundo nacimiento. Al final de este período llega el nuevo equilibrio, ya esta vez de su maduración. Aquel tumulto de sentimientos y de vacilaciones, que era al mismo tiempo un campo vasto de posibilidades, se concreta se limita y de la mutilación de la mayor parte de aquellas exuberantes e innumerables tendencias queda la afirmación de una personalidad, nuevamente estabilizada, madura, terminada, más segura pero con menos posibilidades, y limitada en lo sucesivo por contornos firmes pero fijos, que corresponden al adulto.

Se conocen bien los cambios que tienen lugar en el organismo durante la adolescencia y que consti-

tuyen la crisis corporal. No es menos profunda, ciertamente, la crisis psíquica que tiene lugar al mismo y es de ella que nos ocuparemos.



La pérdida de aquella seguridad venturosa que poseía el niño, la intervención en la vida mental del adolescente de lo mediato y lo futuro, el desvanecimiento de la creencia en lo infinito del tiempo y de la vida, que tanto contribuye a la tranquilidad dichosa del niño, la necesidad tan grande de comprensión de parte de los adultos que tiene el joven en ese período en medio de elementos vagos, fuerzas misteriosas, sentimientos extraños y, al mismo tiempo, el repliegue receloso y esquivo frente a los mayores, con un pudor reservado y mismo impenetrable, las oscilaciones contradictorias de sus deseos y tendencias, la inseguridad del sentimiento de la realidad que es difusa, vaga, incomprensible, las alternativas de líricos entusiasmos y triste pesimismo, la existencia de vacilaciones y crisis a veces dramáticas a las que le adjudica el carácter de definitivas, pues carece todavía esa edad de la noción de lo pasajero y transitorio, la necesidad de soledad y al mismo tiempo de confidencia y comprensión que se exterioriza pudorosamente en epístolas, diarios, poesías y composiciones, una perenne inquietud interfiriendo como a través de un prisma con proyectos desmesurados y ambiciones fantásticas, hacen de la adolescencia una edad de profunda y tumultuosa crisis evolutiva que nadie ha señalado nunca como época hermosa o feliz, hasta ahora mejor descripta por escritores biográficos que por los educadores y de cuya edad afirma, entre otros, Pío Baroja el deseo de no volver a vivirla.

¿Por qué, no obstante ser tan profundos los acontecimientos psíquicos que transcurren durante la

adolescencia, se recuerda generalmente tan poco de esa edad? Ya hemos dicho la escasa atención que en ella han puesto hasta ahora los pedagogos. El olvido que existe para los sentimientos y tendencias que se tuvieron en la adolescencia es tan grande y general que sólo así se explica la incomprensión de los adultos frente a los actos de quienes están pasando ese período tormentoso. Creemos que la explicación de dicho olvido ha de buscarse en la circunstancia de que nuestro inconsciente tiene tendencia a separar de nuestra memoria todos los recuerdos penosos que hieren al yo consciente y le perturbarían la firme paz que éste busca asegurarse y que en cierto modo es necesaria para seguir viviendo. Por un proceso semejante al de la cicatrización de las heridas y de las que queda tan débil huella no obstante lo profundo y doloroso de algunas de ellas, muy débil rastro queda en la memoria del hombre de ese período de inquietudes y problemas dolorosos que es la adolescencia. Así mismo, moviéndose esos acontecimientos especialmente en el mundo de los sentimientos, creemos que sirva más para su comprensión el amor afectuoso que el intelecto puro y por ello hay una visible tonalidad afectiva en la sententia del poeta: comprenderlo todo es perdonarlo todo.

Por otra parte, quizá mismo no baste el mejor propósito de comprensión de los adultos para llegar a conocer la psicología de los adolescentes, puesto que el ser adulto, adquiridos ya sus contornos fijos, maduro en su evolución, anclado ya y en puerto calmo después de la tormenta, es la antítesis, y por ende no está en la actitud de comprensión que exige similitud o afinidad, de la adolescencia, llena de perplejidades y de contradicciones, de vaguedades concretas, de irrerealidades tenues y rápidas que pasan como fantasmas, de afirmaciones sonoras que buscan

darse ánimo y convicción por el tono elevado y el grado categórico, como quien canta atravesando el bosque, de la gran susceptibilidad que exige el reconocimiento de sus méritos de un modo tanto más vehemente y absoluto cuanto que no está todavía seguro de ellos, y, por sobre todo, ese desconcierto y constante inquietud, esa incompreensión de los adultos absorbidos por las exigencias incesantes de la vida cotidiana, quedando el adolescente sólo con su intensa vida íntima, tan subjetiva e inexpressable que se le ha llamado la vivencia de la gran soledad.



Ya hemos dicho que más que los pedagogos, a quienes ahoga generalmente el pesado lastre de su educación escolástica intelectualista, son los escritores y poetas quienes con más acierto han escrito páginas de vivo valor sobre la adolescencia. Les ha servido, para captar esos mensajes de esta zona de nadie, su fina sensibilidad sintónica con lo inconcreto y tenue de esa edad, cuyo carácter, se ha podido decir, por lo tornadizo, variable, inestable e inconcreto, es carecer precisamente de sello propio.

Jules Supervielle, tan conocido en especial por su obra poética, es también autor de relatos en prosa, algunos de ellos extraordinarios mensajes del mundo subconsciente, cuyo valor psicológico no es menor que el alto valor artístico de estas sutiles obras del culto y dilecto autor. Esa vasta y misteriosa zona inconcreta, habitualmente impenetrable, media luz entre la noche y el día, entre el ensueño y la realidad, ha sido explorada por este fino argonauta que de regreso de ella ha traído en sus redes valiosos hallazgos, pececillos de plata como no existen en parte otra alguna, algas tan transparentes y tenues que no puedan verse a la luz del día, grandes flores coloreadas del ensueño que hay que cerrar los ojos para poder verlas.

En su reciente libro "L'Arche de Noé", tiene Supervielle un cuento que llama "L'Adolescente". En una modesta casa, con sus padres y su hermana mayor, vive la adolescente que tiene 16 años. Presa de un sentimiento de extrañeza inexpressable, se halla como a la espera de un acontecimiento desconocido que la amenaza y al que ella quisiera hacer frente de una vez. El misterio toca lo que ella hace como si el invisible índice de un fantasma la dirigiera y el elemento extraño que nos habita y que sólo busca salir al exterior, marca todos sus actos que no dejan de chocar al resto de la familia, personas sin complicaciones, no dispuestas a molestarse por tan menudas trivialidades. Un día se eclipsa un diario que iba a dar a sus padres. Otro día, es un plato que se rompe con un silencio singular. En los alimentos que ella prepara ocurren cosas misteriosas que acaban por enojar al padre, siempre atareado en la urgencia de sus ocupaciones prácticas y cuyas reprimendas duras acaban por humillarla. — "Dí, tú, es que haces verdaderamente esfuerzos por curarte o bien te dejas estar como si tuvieras rentas?" — Se va del hogar paterno, consume sus ahorros, se emplea. Pasa el tiempo. Ya hace correctamente manjares. Es que ha entrado en la zona tranquila de la maduración. El padre, cochero de profesión, la encuentra a raíz de un accidente. Es ella quien lo venda con tan exacta normalidad que le sorprende y le alegra. Vuelve a su hogar. Como dice el padre, ella es ya una muchacha crecida y sabe hacer las cosas como se debe. Ella hace una cena normal y en la atmósfera familiar esa apacible cena se parece a millares de otras cenas que hay por todo el mundo; el padre, la madre, dos hijas crecidas, sentadas a la mesa bajo la luz de la lámpara igualmente repartida entre cuatro cabezas humanas que hacía un poco graves la tranquila felicidad vuelta a encontrar.

EXPRESIONES DE LA ADOLESCENCIA

Lejos de la franqueza y de la confianza propias de la infancia, el adolescente, reservado y esquivo, no se ofrece al observador de un modo transparente y es difícil a menudo comprender la motivación de sus acciones. Pudoroso, no seguro aún de sí mismo, rehuye el contacto psíquico y afecta otras veces actitudes que conducirían a engaño a quien juzgara superficialmente.

Así, es frecuente observar, cuando se hallan reunidos grupos de adolescentes, cómo emplean expresiones fuertes, hablan a gritos, adoptan actitudes rudas y sorprende ver al jovencito, habitualmente recatado y tímido, cómo se cambia entonces en ese muchachón, en apariencia inculto, que no está más que tratando de presumir de adulto y buscando ocultar con la cortina de humo de la rusticidad y rudeza un interior tembloroso e inseguro.

Otras veces, el adolescente, después de una expansión romántica en la que ha dejado entrever la parte delicada, tenue y sensible de su alma, teme la burla de los mayores y encubre lo que ha mostrado con una expresión vulgar, una frase chistosa, una ironía sobre sí mismo. Contradicción, inseguridad, se diría, pero sobre todo pudor, timidez, ante la desnudez psíquica que acaba de mostrar.

Los factores que referimos y muchos otros hacen, pues, difícil el conocimiento del adolescente juzgando de un modo directo porque entonces se aprecia, no la esencia de su auténtica psicología, sino los medios

de defensa, las actitudes de compensación y de liberación, las envolturas de su estructura verdadera y profundamente oculta.

Los diarios autobiográficos que llevan muchos adolescentes, sus composiciones poéticas, el gusto de sus lecturas preferidas, sus inclinaciones artísticas y las creaciones de su fantasía que compone a solas consigo mismo, dan una documentación más fiel y valiosa, puesto que son testimonios personales en los que no se halla el propósito de llamar la atención de los adultos, son siempre íntimos, subjetivos y en ellos vierte el joven su desconcierto frente al misterio y su anhelo, tanto más angustioso cuando más inconcreto y desmesurado.



Después de los doce años pasa el niño sin detenerse ya junto a las maderitas que ha dejado en desorden y que tanto le atraían antes para los juegos de construcción y no le retienen tampoco largo rato ni los cuadernos de dibujo ni los lápices cuyo grafo antes gastaba con ansia y avidez. Y es que ya no es el adolescente el niño aquel cuya realidad concreta y firme podía expresarse de un modo objetivo con líneas y figuras. Su vida íntima, llena de vivencias subjetivas, halla inadecuados y fríos esos medios de expresión, y su espíritu perplejo y descorcertado y al mismo tiempo lírico y entusiasta, busca en otras formas menos concretas el medio de expresión más apropiado para su mundo interior, tan personal e inmaterial que a veces llega el adolescente a crear palabras nuevas para expresarlo, insuficiente el vocabulario corriente para designar un estado de alma que se supone insólito, desconocido, vivido por primera vez. Así, en el diario de su adolescencia, refiere Pierre Loti como a esa edad atravesando un bosque creó el neologismo *élmico*, único vocablo con

que podía expresar el anhelo cósmico de que iba henchido en ese instante.

La sed de lo heroico, el generoso desbordamiento romántico, el patetismo y el deslumbramiento frente a las aventuras y a lo misterioso hallan en la adolescencia su expresión más apropiada en las composiciones poéticas, pudiéndose afirmar que toda persona ha sido poeta a esa edad. No son, naturalmente, entonces sus creaciones verdaderas obras de arte, pero para el adolescente tienen siempre ese carácter. Sencillas composiciones líricas de construcción ingenua tienen entonces, para su joven autor o autora, un valor subjetivo mayor que los poemas de Homero o los versos del Dante, dado que significan más por la resonancia y proyección que ellas provocan en el espíritu del adolescente que por su valor mero e intrínseco. Y así es como, pasada aquella edad y llegada a la madurez adulta, la misma persona leyendo aquellas composiciones de su adolescencia se sorprende de que, entonces, tuvieran en ella misma tan profunda resonancia y queda tan defraudada como quien creyera encontrar por la sola lectura en frío del libreto escrito de una ópera el mismo efecto que le deslumbró en el teatro con la música, los grandes decorados y el canto y los gestos de los artistas. Y es que en el adulto, que entonces juzga con frío sentido crítico, no existe ya aquel amplificador entusiasta, anhelante, lírico, soñador, que es el alma de la adolescencia, que tanta belleza y profundidad halló en aquella poesía, compuesta cuando había al mismo tiempo una resonancia desmesurada para todos los sentimientos, mágico trampolín para el ensueño que se abandonó como un titirero su caja de malabarismo y trajes de colores cuando llegó a la madurez de la edad adulta y con ella su justo y sensato sentido de la realidad.

Lo mismo ocurre en lo referente a las lecturas pre-

feridas por los jóvenes. Porque nadie sabe lo que el adolescente agrega de su ensueño y de su espíritu al texto escrito, es que ningún adulto debe juzgar nunca, y menos con mordacidad, una composición literaria de la adolescencia. Es grande el dolor que puede provocar la incompreensión de quienes no conservan ya joven ninguna porción de su alma. Es entonces inclemente y cruel la frase de la madre al descubrir el diario íntimo que llevaba la hija: "Dime, ¿eres tú una persona tan interesante para anotar diariamente tus sentimientos y tus actos?"... El resentimiento hacia los mayores, que puede llegar a los límites del rencor y del odio, aparece entonces en el pecho de los jóvenes frente a la burla y la risa que ha provocado la vista de la desnudez de su alma. Por otra parte, como lo decía una niña refiriéndose a la música en la que buscaba su expresión personal: "Para los demás no será una obra de arte, pero para mí es bastante. Toco como lo siento y me expreso en el sentimiento."



La música es también uno de los medios de expresión del adolescente quien, salvo casos singulares, no la ejecuta todavía con acierto. Es sabido que Chopin es, por su fino y triste sentimiento, el preferido de los adolescentes. Generalmente el joven se da de la composición musical una versión personal en la que vuelca sus anhelos, sus inquietudes, sus ensueños y, como un director poco profundo, acentúa y exagera los efectos musicales puestos discretamente por el autor.

La danza, único arte en el que es el propio cuerpo el elemento plástico que sirve para su propia expresión, siendo así que quien danza es autor y materia expresiva a un tiempo mismo, es por tales motivos una de las manifestaciones de la adolescencia,

especialmente de la femenina, y es conocido el precoz y profundo instinto que para el placer de la danza tienen ya niñas de tres y cuatro años de edad. En ningún otro molde se vierte la gracia con tanta fluidez y facilidad como en la danza, cuyo rito por ello mismo era considerado como culto divino. Y es que contiene un lenguaje nuevo, la mímica, con las actitudes y los movimientos, que es más rico, más tenue e inmaterial y por ende más propio y expresivo para el espíritu, que el vocabulario habitual y corriente hecho a base de vocablos concretos de valor definido.

Quienes la han visto no han podido olvidar a la danzarina Clotilde Sakharoff en su interpretación plástica "Muchacha en el jardín". No siendo comprendida por el mundo adulto, de seres y de cosas concretas, llega la adolescente al jardín buscando un eco para su espíritu anhelante y desconcertado. Quizá las nubes, las flores, el aire, las aves, logren comprenderla. Les habla entonces con el lenguaje expresivo de su propia sustancia plástica. Levemente, tenuemente, con los párpados bajos como una Pitonisa en la revelación de su misterio, extiende y alza sus brazos, y su cuerpo púber anima y mueve las alas de su túnica alba. Mas, las nubes prosiguen sus vuelos, las flores no responden a su ansia de comprensión, las aves y el aire son también extraños a su candente inquietud. Y cuando la música leve de Vuillermoz muere en el piano, queda allí la adolescente acostada en el jardín en una actitud que es laxitud y fatiga por la búsqueda vana, decepción defraudada por el mundo concreto, reposo en espera de la ilusión renovada, ensueño en el anhelo de más bella existencia o quizá todo ello al mismo tiempo y otros sentimientos más, de los que son también las aves y las flores, las nubes y el aire mensajeros distintos de las mismas leyes eternas del mundo y de la vida.

EL ESPÍRITU DEL ADOLESCENTE

Si debiéramos elegir una palabra para expresar, entre su multiplicidad cambiante, el sentimiento que predomina en el espíritu del adolescente, dicha palabra no podría ser otra que anhelo, pues esta edad más que las otras está teñida e impregnada en forma singular de un anhelo tan inconcreto, subjetivo e impersonal, puesto más allá de las cosas tangibles, que un joven para significar la extensión universal, y la no ubicación particular de tal sentimiento, nos decía que era un anhelo cósmico, tan extensa e inmaterialmente lo sentía.

El niño en el venturoso equilibrio de su mundo limitado no siente anhelo. En la edad adulta, el sentido de la realidad pone un límite a las creaciones del espíritu y el anhelo existe sólo de un modo concreto puesto en fines y objetivos determinados y conocidos. El anciano en su tranquila resignación, perdido ya el espíritu de lucha, no conocerá más ese sentimiento. En cambio, no hay un sólo adolescente que no esté animado por el anhelo, que no puede generalmente fijar en una cosa ni determinar su objeto, pero que lo siente vivo y ardiente, tan vago e inconcreto como el sentimiento amoroso del joven que afirmaba estar perdidamente enamorado, pero que aun no sabía de quién.

Detrás de este anhelo, tan extenso y permanente y que es como el tiempo sostenido de una sinfonía, aparece como tema el deseo del triunfo del yo, la voluntad de poderío, el deseo de autoafirmación. Anhelo de sentirse más aventurero y audaz que Sandokan, el pirata de la Malasia, más valiente y noble que D'Artagnan que rescató las joyas de la Reina,

más osado aún y más ágil que Douglas Fairbanks en los "Tres Mosqueteros", más fuerte y admirado que Joe Louis, y que el recordman y que el footballer más... Delectación pura del espíritu en que no siempre es el tema el vencedor triunfante, sino a veces con melancólica tristeza la bella heroína olvidada en la prisión o el apuesto príncipe desterrado o el pirata náufrago y triste en la isla solitaria.

Tanta fuerza tienen estas creaciones de la fantasía que crean para el adolescente varios planos de vida que interfieren, y se cruzan con la realidad cotidiana. En ellos está viviendo cuando de mañana prolonga, se dice por pereza, su estada entre las sábanas cordiales y todavía en la penumbra del sueño vuela su espíritu con todas sus velas desplegadas. En uno de estos planos fantasmagóricos se halla el joven que se ha quedado inmóvil, ensimismado, en medio de los suyos en la mesa y a quien saca de su delectación la voz grave del padre: ¿Es que estás en la Luna? Delectación psíquica tan desprendida a veces del mundo real como la de aquel personaje de "Pippa baila" que empezó a ver su mundo cuando perdió la vista. Variaciones melódicas que sólo toma del exterior el motivo que, rico en crescendos y brillantes, ha de servir de tema a su espíritu. Y es por ello que en edad alguna como en la adolescencia se pronuncia o se escribe más veces la palabra ensueño, que está siempre en labios de los jóvenes, en sus escritos y en sus poesías.



Este desborde generoso y dilatado de su espíritu, cuyo anhelo candente no tiene vallas ni fijeza, hace del adolescente una placa de resonancia sensibilísima en que su fantasía siempre espoleada y su emoción sin fatiga la hacen eco seguro y amplificado de

lo que toque sus sentimientos o deslumbre su imaginación. La avidez, en esta edad, de libros y de películas de aventuras y sentimentales no es sino realmente una avidez de vida.

El mismo espectáculo no emociona del mismo modo y en igual grado a todos los espectadores. Estos al sentarse en su butaca llevan ya consigo su facultad emotiva que la escena despertará o no y en distintos grados. Nada puede hacer aparecer en nuestro espíritu lo que en él no existe. El teatro, el cine, las lecturas, descargan la emoción que ya está en nosotros, en el grado en que somos sensibles y de que son capaces esos espectáculos. Frente a la misma obra teatral, cuánta distancia entre la emoción rebotante del adolescente que sentado en el borde de su butaca bebe con avidez las escenas y las réplicas y la escasa reacción del señor serio que concurre semanalmente al teatro o al cine para tener su pequeña efusión emotiva.

No puede todavía, naturalmente, el adolescente, apreciar los elementos propios de una verdadera obra de arte. Su gusto por las obras sentimentales y patéticas, por el desborde excesivo y apasionado, por lo romántico e impresionante, se explica fácilmente porque no es más que la reproducción de las características de esa edad. La obra de arte, más equilibrada en sus elementos, con mesura intelectual en su elaboración y con un objetivismo que es necesario mismo en las creaciones subjetivas si quieren ser comprendidas, están distantes todavía de la sensibilidad del adolescente. Estadísticas referentes a lecturas de esa edad hechas en nuestra ciudad, han señalado una preferencia por las obras sentimentales en las jóvenes y de aventuras en los varones, sobre las obras intelectuales. Niñas adolescentes de 14 años han preferido María de Jorge Isaac, Corazón de D'Amici, Stella de César Doyen, Magali de Dely

a obras intelectuales como *Motivos de Proteo*. En cuanto a los varones sabido es que en sus bibliotecas *Los Tres Mosqueteros* y los libros de capa y espada de Paul Feval y Michel Zevaco son los más solicitados.

Menos fácil es hacer encuestas referentes al cine, pues las películas universalizadas dejan poca variedad a la elección. Los varones deliran frente a las proezas de Robin Hood y a la aventuras de Tom Swayer. Una encuesta realizada hace años entre niñas de 14 años sobre el actor predilecto arrojó mayoría naturalmente por Novarro y Valentino. Los homenajes de los admiradores tan vehementes y tumultuosos que llegan a hacer víctimas a los astros predilectos, realizados por adolescentes o por adultos que mantienen en pubertad una porción de su espíritu, muestran cuán grande es la emoción que se pone en esta clase de espectáculos, los que pueden ser empleados, en consecuencia, como eficaces factores de educación.



La influencia del cine es cada vez más extensa. Mediante sus películas en serie Hollywood no sólo ha universalizado un tipo de mujer y otro de hombre "standards", sino que ha influido sobre usos y costumbres. La pérdida de lo pintoresco de que se queja el viajero actual, débese en parte a la uniformidad que ha creado el cine. Si su influencia es tan grande es porque está de acuerdo con el ritmo y el carácter modernos. El elemento maleable y suges-
tible que es la adolescencia, es particularmente influenciado por el cine, razón por la cual la escuela contemporánea debe emplearlo, no sólo para la enseñanza y la instrucción, sino también para la cultura espiritual.

El teatro es un factor que debe tenerse presente

como elemento despertador de sugerencias. Su acción actualmente es mayor en los primeros años de la adolescencia que en los siguientes, pues el joven, conformado ya su ritmo por el cine y la velocidad, vive en un tiempo más rápido y halla lentas, monótonas y sin atractivos particulares las escenas del clásico teatro en tres actos.

El valor de las lecturas es tal que muchas vocaciones en investigadores y artistas se han revelado cuando el azar llevó a sus manos el libro que los conmovió profundamente. Cuando por primera vez lee Malebranche el "Tratado del Hombre" de Descartes, experimenta una emoción tal que debe detener varias veces la lectura ahogado por las palpitaciones del corazón. Y Anatole France refiere el ardiente entusiasmo que en su adolescencia prodújole el conocimiento de las obras de Taine. Vida de héroes, de personajes históricos, de sabios, de grandes músicos, artistas, exploradores, deben existir en la biblioteca del joven y no deben faltar en ella aquellos libros llamados fermentales por nuestro Vaz Ferreira, por su acción educativa, su valor instructivo y en especial por lo que pueden despertar por reacción. En su *Moral para Intelectuales* hállase la enumeración de un conjunto de obras que aconseja el Maestro. Y en dicha lista está el Ariel de Rodó, obras de Renán, Guyau, Saint Victor y "Vida de Pasteur" de Valery Radot, que debe ser llevada por todo joven que se lance a la investigación científica como aquel ejemplar de "La Iliada" de que no se separó nunca Alejandro durante sus largas y gloriosas conquistas.

Se recuerdan las palabras de Gorgias en la parábola de Rodó sobre los dogmas inmutables, la fijeza en una convicción y el absolutismo de las doctrinas. "Oye, Lucio, una anécdota de mi niñez"... Y el viejo filósofo, hermoso y sereno como un dios, relata a sus discípulos que, cuando niño, su madre se complacía tanto en su encanto infantil y su bondad candorosa que, no resignándose a que la obra del tiempo cambiara tan graciosa y delicada forma, soñó que mediante cierta fórmula mágica lograba oponerse a la edad infantil. Pero, llegado al término de su vida, el hijo le reprochaba dolorosamente haber hecho juguete de su alma, desvirtuando su vida privándole de la acción que ennoblece, del pensamiento que ilumina, del amor que fecunda.

Sin llegar naturalmente a los términos dramáticos de la parábola, muchas veces el recuerdo de esta página de Rodó ha venido a nuestra mente en presencia de adultos en cierto grado infantilizados por una educación errónea de los padres, quienes queriendo prolongar el encanto y dulzura de la edad infantil, han seguido rodeando a sus hijos, no obstante el cambio de la edad y la acción del tiempo que nada detiene, del mismo ambiente fácil y halagador que mecía su infancia, lo que ha tenido por consecuencia detener, por falta de los estimulantes naturales habituales, el desarrollo de cualidades propias de la edad adulta y que se desarrollan como reacción frente a las dificultades ambientales.

Los plantadores de árboles saben que si bien el tutor es necesario en los primeros años de plantado el árbol, pasado ese plazo su mantenimiento puede

perjudicarlo, pues le priva de emplear sus medios propios de defensa para lograr firmeza y reciedumbre frente al viento. Es conocida la fragilidad hipersensible de las plantas de invernadero. Una educación del niño "en vaso cerrado", so pretexto de librarlo de riesgos y de mantener en él los encantos de la infancia, corre el peligro de impedir el desarrollo de esa firmeza y de mantenerle en un estado de fragilidad permanente.

No se trata en lo que vamos diciendo, de una debilidad en el desarrollo intelectual, pues a veces ocurre mismo que el hijo así educado está singularmente dotado en su inteligencia, sino en una falta de desarrollo en la evolución afectiva, esto es, en la maduración de los sentimientos. En efecto, las reacciones sentimentales de un adulto son distintas de las de un niño, pero en algunos casos, por un ambiente que ha detenido su evolución natural, queda el individuo con mecanismos infantiles en sus reacciones y está así desprovisto de las cualidades de firmeza que permiten habitualmente al adulto llevar sin mayores dificultades ni conflictos las innumerables y constantes acciones de su vida en la colectividad donde no hallará siempre vientos favorables, corrientes propicias, voces amistosas, manos amigas.

El temor a las responsabilidades propias del adulto, la rehusación de la lucha, el retraimiento y la retirada frente a las dificultades, la inadecuada magnificación de una herida o de una contrariedad, el desánimo y el desconsuelo frente a un fracaso y, por otra parte, la inapropiada valorización de elementos sentimentales, que son sino la persistencia en el individuo adulto de mecanismos de reacción infantiles, resultado de una metamorfosis incompleta y de una maduración imperfecta, obra de un ambiente que ha enlentecido esa natural evolución.

El deseo de los padres de prolongar en sus hijos el feliz periodo de la niñez los lleva a mantener con complacencia y a veces mismo a estimular cualidades que si son legítimas en la infancia, se tornan inútiles y aun perjudiciales pasado ese período. El lenguaje aninado y pueril, la dificultad de encontrar alimentos que los satisfagan, las crisis de cólera cuando se les contraría, que traducen la exigencia tiránica de dominación del niño equivalente a su rabietta frente a una oposición, el miedo de dormir solos, son las manifestaciones más habituales de estas personas cuyo psiquismo no ha madurado completamente y a veces el mantenimiento para designarlos de diminutivos infantiles, tales como Muñeca, Nene y otros semejantes aplicados a quienes han pasado ya los veinte años de edad, subrayan y traducen esa complacencia de los padres, a veces sólo materna, para mantener y estimular esos aspectos infantiles.

El niño en la primera infancia se expresa con su graciosa medialengua con la que, sin embargo, se hace entender. A causa de su falta de desarrollo no puede aún articular las palabras con corrección. En esa época, algunos adultos queriendo hacerse comprender por el niño de esa edad le hablan en su misma medialengua, sin advertir que ello es innecesario, pues el chico comprende bien el modo correcto de esas palabras y sólo es imperfecta en él la vocalización fonética de su expresión. Esta infantilización del lenguaje en que incurrían algunos adultos cuando hablan al niño, es, pues, innecesaria y no está desprovista de inconvenientes, puesto que suprime los estimulantes de palabras nuevas y más complejas. Esos sistemas de educación que con el deseo de acercarse al niño y suprimirle dificultades aninan los métodos y procedimientos, incurrían en una infantilización semejante, igualmente innecesaria

ria de la enseñanza infantil y parecen hechos para niños tontos y no para chicos normales.

Son bien conocidos los caprichos alimenticios de los niños y las dificultades que ponen muchos de ellos a alimentarse a sus horas y a gusto de los mayores. Se ha explicado la negativa de los niños en su primera infancia a alimentarse o a prolongar indefinidamente la comida que le da la madre, al deseo de prolongar la compañía de ella y mantenerla a su lado, puesto que esos mismos niños en una clínica se reeducan fácilmente. Como una persistencia de esa actitud infantil quedan en personas ya en plena juventud esas anorexias que hacen la desesperación de los padres, alarmados frente a esa falta de apetito y dispuestos a realizar todos los sacrificios para satisfacer los caprichos y nimiedades de esos jóvenes que mantienen todavía un juego de niños. Puede verse entonces que tales anorexias van unidas en la misma persona con un lenguaje "bebé", un tono de afectación y gustos pueriles, una exagerada impresionabilidad frente al dolor y a los malestares y hasta no falta en su nombre el diminutivo infantil.



La necesidad de los estimulantes para el desarrollo de las funciones adecuadas está demostrada en la naturaleza por ejemplos que se hallan sin dificultad. Biológicamente se ha definido diciendo que la función hace al órgano y vemos cómo aun los seres animales frente a una necesidad repetida se crean el mecanismo que la realiza con eficiencia. Existe mismo en el desarrollo del sistema nervioso un hecho de alta importancia que demuestra la relación de dependencia entre la actividad funcional y el desarrollo de las vías y centros nerviosos. Si se mantiene en la oscuridad un gatito recién nacido, la

mielinización de las vías ópticas se retrasa considerablemente en comparación con la de otro animal testigo sometido a la luz.

Tales hechos que pueden ser demostrados experimentalmente, ponen de relieve la necesidad y la importancia, para el desarrollo del niño y su perfeccionamiento funcional, del ejercicio de su actividad sensorial, muscular e intelectual en todos los órdenes. Y ello es también verdad para la parte afectiva del psiquismo, puesto que en su instancia superior todas las facultades físicas e intelectuales están dirigidas por los sentimientos, y ricos capitales intelectuales han quedado sin empleo o han sido malversados por no estar regidos por una afectividad igualmente dotada. Es entre los hijos mantenidos en esa infancia perenne que se encuentran aquellas personas que, no obstante ser inteligentes, carecen del equilibrio necesario para su eficacia social y su felicidad personal. Y es que nunca se repetirá demasiado a los padres — y en especial a las madres — que su gran deber consiste en hacer capaz al hijo de bastarse a sí mismo y poder sin dificultades separarse de los padres.

La nostalgia es uno de los motivos más frecuentes de la angustia en los adolescentes y en el fondo de ella no hay más que el secreto deseo de retornar a la feliz y venturosa edad infantil. Al final de la infancia el niño había logrado formarse un mundo seguro y dichoso en el que se movía con automatismos bien coordinados. Tan venturoso equilibrio se desvanece a su entrada en la adolescencia y es entonces el mundo que le rodea inseguro e impreciso, lleno de incógnitas y de problemas para los cuales no tiene aún formados los automatismos seguros y bien coordinados que había logrado para la infancia. De allí que suspire en la añoranza de aquella segura edad pasada como de un paraíso perdido.

Cuando Luis Pasteur cumplió 16 años fué enviado por sus padres a París para ingresar a la Escuela Normal y dejó así por primera vez su hogar del pequeño y tranquilo pueblo de Arbois, donde su padre tenía su curtiduría. No obstante ir acompañado de un amigo fraternal, fué tomado al poco tiempo por profunda tristeza y la nostalgia hizo nido en su espíritu. Tan intensa era su pena que no alcanzaban para distraerlo sus estudios en el Liceo San Luis. Decía entonces: “¡Oh, si tan sólo pudiera sentir el olor de la curtiduría, creo que me curaría!” Como lejos de disminuír, era la nostalgia cada vez más honda y aguda, el preceptor escribió al padre. Este llegó una mañana al pensionado. “Vengo a buscarte”, le dijo simplemente. Ambos se comprendieron, pues compartían la misma pena. Y recién seis años más tarde vuelve el joven Luis a París, esta vez para conquistarlo gloriosamente.

En la vida del adolescente existen numerosos factores de importancia que para nosotros, adultos, han dejado de existir o hemos reducido a su exacto valor. No operada aún la sedimentación de sus estratos psíquicos, carece el joven todavía de un padrón que evalúe con justeza los acontecimientos que vive. Así, no tiene aún la noción de lo transitorio y evolutivo de los estados de alma por los que atraviesa y de las crisis e inquietudes de que es objeto y a las que le adjudica el carácter de definitivo y permanente que le da a todo lo vivido en el instante de vivirlo.

Esa falta de limitación precisa en el tiempo, unida a la amplificación patética y sentimental de su espíritu, le hacen caer en oscuro pesimismo, en instantes de desánimo y de profunda melancolía frente a contrastes y dolores y explican las reacciones extremas y radicales, tales como la fuga frente a la autoridad inapelable de los padres y, mismo a veces, la fuga de la existencia que cumple de un modo impulsivo y arrebatado, estrechado su campo mental y obnubilado por una crisis que cobra para él en ese instante los contornos de catastrófico e irreparable, sin sospechar aquel carácter de pasajero y evolutivo que tiene todo lo vivido. Y es así que tiene poca eficacia, como lenitivo para el dolor de un joven, la reflexión de que "todo pasa", que pronuncia siempre en tales casos una persona de experiencia buscando reducir la pena por su limitación en el tiempo.



De esa falta de madurez y de la no existencia de una realidad firme y estable, resulta en el adolescente esa oscilación contradictoria de sentimientos y estados de alma, tan variables y desordenados que se ha hablado de una anarquía de las tendencias a esa edad. Los embates briosos de una alegría des-

bordante alternando con un pesimismo melancólico igualmente inmotivado, la osadía temeraria dejando a veces su turno a un apocamiento tímido y tembloroso, el entusiasmo y el desánimo, la generosidad amplia y el egoísmo, el deseo de compañía y la búsqueda de soledad, viven simultáneamente y se alternan en el espíritu del adolescente, quien no se ha encontrado aún a sí mismo y cuyo contorno definitivo ha de resultar, al final de ese tumultuoso flujo y reflujo de tendencias, en una sucesión que es atormentadora para quien está atravesando esta turbulenta zona.

Y esta sucesión antagónica y contradictoria de sentimientos explica bien cómo la misma pubertad, que siente hasta la nostalgia el tranquilo refugio del hogar, con todo su mecanismo adecuado y seguro, experimenta, en otras ocasiones, sus fugas con las que busca no sólo cambiar de medio sino separarse del nuevo yo. Un ambiente limitado, la vida cotidiana prosaica, donde vive oprimido por la autoridad de los mayores que no le dejan sitio, aquel carácter de definitivo para los contrastes, el radicalismo extremo y no atemperado de sus reacciones, son algunos de los elementos que llenan su alforja y le hacen una noche saltar por la ventana.

La atracción de los caminos, de los barcos, de los ferrocarriles, la admiración por los viajeros y los exploradores, son la expresión de ese instinto aventurero, despierto en todo joven y que le hacen quedar ensimismado y soñador al terminar un relato, frente a un mapa abierto o después de una lectura, con el mentón en la mano, la mirada perdida en el vacío.

Rara vez el joven se va solo. Le espera en un portal un amigo y otro a la salida del camino. Constituyen así una pequeña banda y en estas agrupaciones los adolescentes se consideran entre ellos como hombres adultos, se creen y son creídos mutuamente

en el relato de sus proezas y de sus méritos y hallan, pues, en ellas una consideración y un trato de hombres tan distintos de los del hogar donde eran siempre unos niños y nada más que unos niños cada vez que iniciaban un acto o abrían la boca para decir algo. De este modo buscan ser tomados en serio, ser considerados como adultos con tanta más necesidad cuanto que se saben, íntimamente, aun niños en muchos aspectos.

Y como tormentas de primavera tales fugas son de duración efímera y no obstante sus vastos proyectos preliminares de recorrer el mundo, no parar hasta otro continente y de los "nunca más" y "para siempre", pronunciados en su iniciación, se hallan los pequeños vagabundos, a los pocos días, en su hogar con esa venturosa facultad de olvidar que tiene la pubertad. Fuga y nostalgia, son dos reacciones tan distantes en sus resultados, pero no en su origen psicológico, que no es otro que la huida del joven frente a su nuevo yo. Alegrías tumultuosas y honda melancolía, súbitos arrebatos de entusiasmo y de desánimos inmotivados, tan variadas son y tan contradictorias las oscilaciones del adolescente y cuyo carácter ha de quedar al final como queda concluida la forma de una costa después de los embates tumultuosos de una tempestad.

EL ADOLESCENTE NERVIOSO

Hemos visto ya las consideraciones que a nuestro juicio conviene que tengan presentes los padres y maestros en la educación del niño nervioso en la primera y en la segunda infancia; veamos ahora las indicaciones útiles para el caso de los adolescentes nerviosos.

Se sabe la extraordinaria importancia de la adolescencia, período que comienza a los doce o trece años y durante el cual todo el ser experimenta un fuerte cambio, una evolución de disposiciones, tendencias y sentimientos, saliendo del psiquismo infantil que abandonará como una crisálida su envoltura, para emprender, por la intervención de factores hormonales nuevos, las modificaciones que harán de él un ser adulto.

La adolescencia, llamada también edad ingrata, edad crítica, es un período de inestabilidad, confuso, inseguro, impreciso. El niño, que a los diez años había llegado ya a poseer un conocimiento limitado pero dichoso, estrecho pero seguro, del mundo que le rodeaba, ve en la adolescencia desvanecerse esa seguridad y, por la intervención de elementos nuevos que lo conmueven y modifican misteriosamente, ve transformarse límites y contornos y entra en una zona que no es ya mar tranquilo y apacible sino golfo donde pueden esconderse tormentas y accidentes y por el cual avanza el barquichuelo inseguro, inquieto, desconcertado, infladas sus velas por vientos que todavía no comprende, empujado su casco por corrientes invisibles y misteriosas que lo desorientan.

Buena parte de la seguridad del niño se debe a que, falto todavía de una visión panorámica extensa, se apoya nada más que sobre lo actual y lo inmediato y no es presa, en consecuencia, de la inquietud y el misterio que sólo aparecen cuando se sale de esos límites estrechos del tiempo y del espacio. La visión mental más amplia, la preocupación comenzante por el futuro, quitan al adolescente aquella venturosa seguridad, pero a cambio de ello le hacen sensible al estímulo de elementos morales y espirituales cuya influencia no era posible en la infancia.

Porque el niño sólo percibe lo inmediato es que se le recompensa con regalos a cambio de los renunciamentos y limitaciones que debe hacer de continuo a sus tendencias instintivas y a sus deseos egocéntricos. Quizá alguien explique un día el hábito tradicional de los regalos que a los niños se hacen en determinadas fechas del año, como compensaciones y recompensas por las inhibiciones y los límites que durante todo el año el mundo socializado de los adultos ha impuesto a los deseos, sueños y propósitos infantiles.

El adolescente, susceptible al estímulo de factores alejados, es por ello sensible a los sentimientos espirituales superiores. Es la edad por excelencia del desarrollo de la personalidad moral. Se sabe ya que la energía psíquica que no puede exteriorizarse en un sentido por exigirle así la educación, la ética o las costumbres, es pasible de ser canalizada en otra dirección, convertible en otro sentido. Padres y educadores han de buscar los motivos superiores, justos y saludables hacia donde dirigir, sublimándola, esa energía dispersa, vaga e inconcreta de la adolescencia. A cambio del candor ingenuo de la infancia, tiene el adolescente su reflexión personal, su razonamiento que ya se ejerce y por ello y sin necesidad de aquellas recompensas y obsequios, es receptivo

a estímulos superiores y nobles por la sola razón de su elevación espiritual. Haciendo un constante llamado a esta vida afectiva elevada es el mejor medio para que ella exista y se desarrolle. Como lo observa Claparede para esta edad, y también ello es verdad para los adultos, muchas veces para lograr que un ser sea mejor es preciso darle la impresión de que se le considera mejor de lo que es realmente. La adolescencia, edad plástica, maleable, con ricas fuerzas psíquicas movilizables y conversibles, abundante de energías libres sin fijación, de valencias no saturadas, es la edad por excelencia para crear los elementos de la personalidad ética, cultural y social del futuro adulto.



Si antes de entrar en el tema, que es el adolescente nervioso, nos hemos extendido hablando de la adolescencia en general, ello es porque es raro el adolescente enteramente equilibrado, firme, fuerte, tranquilo, a quien no sean útiles las indicaciones que formulamos. Al hablar de la segunda infancia hemos visto la benéfica influencia que sobre la educación del niño nervioso tiene el aprendizaje de ocupaciones manuales que llevan su atención y su interés, móviles y difusos, sobre elementos objetivos y concretos. Expusimos también las conveniencias de los ejercicios físicos, no sólo porque ellos dan salida a energías nerviosas en exceso, sino por la acción de disciplina que sobre el psiquismo tiene la práctica ordenada de todo deporte. Tales consideraciones son enteramente aplicables por identidad al adolescente nervioso que tiene él también necesidad de que se le retenga sobre elementos materiales y se discipline su psiquismo impreciso mediante la práctica de ocupaciones y de ejercicios físicos que desarrollen en él elementos que le faltan.

La curiosidad insaciable del adolescente lo lleva a lecturas que realiza con voracidad. Los buenos libros, la organización de bibliotecas para niños, la lectura de obras que destacan las cualidades superiores de héroes históricos, los libros de hazañas que satisfagan elevadamente la sed de misterio, de lo fantástico y extraordinario, son factores importantes en la educación, como lo son naturalmente los buenos films y los excelentes espectáculos teatrales.

La práctica de un arte, la música, la pintura, la poesía, tiene en muchos casos beneficios innegables sobre la educación del adolescente especialmente nervioso, cuya sensibilidad delicada halla un motivo donde satisfacerse plenamente y sin limitaciones. En el arte se evade felizmente aquella parte del espíritu que es herida cotidianamente por las dificultades y asperezas de la vida real y que se salva así de caer en perturbaciones imaginativas compensatorias.

Una importancia capital cobra, para el caso del adolescente nervioso, la elección de una profesión o carrera. Si tal elección es en todos los casos de gran importancia, ésta aumenta para el adolescente nervioso, quien no ha de triunfar sin duda en una profesión que le sea impuesta sin tener en cuenta su caso especial, en el que, por su naturaleza particular y las modalidades de su temperamento, le está necesariamente indicada la profesión que contemple dichos factores especiales. Si toda persona hace mejor lo que le interesa, piénsese cuántas ventajas existen en lograr saber qué es lo que interesa a tales adolescentes. Al tratar más adelante el tema de la orientación profesional volveremos sobre este punto y señalaremos los beneficios que realizan en algunos países institutos especializados. Digamos ahora los trastornos que pueden ocasionarse si es un niño nervioso el elegido por aquellos padres, que no

habiendo podido satisfacer ellos su ambición de una profesión en su propia vida, desean, en una identificación con su hijo, que éste llegue a toda costa al ideal que ellos no pudieron alcanzar, sin tratar primero de saber si el hijo está dotado intelectualmente y psíquicamente para intentar esta revancha. Adolescentes nerviosos, de inteligencia limitada o escasa, han fracasado en esta empresa y han tenido que sumar al dolor de la derrota las consecuencias del rencor que provoca en los padres la nueva, y esta vez irremediable, decepción.



Tan desbordante es la adolescencia de sensibilidad, imaginación y exaltación de los sentimientos, que se ha llegado a afirmar que en los artistas persisten algunos núcleos de su pubertad y es a ellos que deben las cualidades singulares de que están dotados. No creemos en la exactitud de esta afirmación. Quizá ella sea cierta en la poesía lírica, cuya exaltación entusiástica se asemeja al desborde del espíritu de la adolescencia, pero en los otros géneros de arte son necesarios una fuerza creadora objetiva, que el adolescente no tiene aún y un maduro equilibrio intelectual tal que hacía decir a Leonardo de Vinci que la ejecución de toda obra pictórica ha de estudiarse como un teorema de matemáticas.

No es raro el caso de inspirados poetas dotados de elevada exaltación lírica que no han llegado a esa madurez, permaneciendo perennemente adolescentes. El poeta alemán Holderlin (1770-1843) es de estos artistas púberes, verdaderos efebos del espíritu, que se quedó definitivamente en esa zona de tránsito por la que pasaron a su tiempo Goethe, Schiller, Novalis, Klopstock, entre los poetas alemanes de la época.

Ya hemos visto cómo es propio de la adolescencia la nostalgia de la segura edad infantil, que se recuerda como un paraíso perdido. El adolescente permanece que había en el espíritu de Holderlin le hacía suspirar constantemente por aquella feliz edad pasada y buen número de sus poesías son variaciones repetidas sobre el tema de la oposición entre la in-

fancia venturosa y creyente y la vida adulta, hostil y sin ilusiones, volviendo constantemente su vista hacia el pasado, "hacia la nube encantada en la que me envolvía el dulce espíritu de mi infancia, para que yo no viera demasiado pronto lo que tiene de mezquino y de brutal el mundo que me rodeaba."

Cada edad del hombre tiene su forma de vida adecuada. Si es propio del joven la exaltación alcyoniana por un ideal lejano, paulatinamente la existencia vivida va realizando una superposición del conocimiento del mundo en las vastas zonas que eran de la fantasía al modo y al mismo tiempo que las partes cartilaginosas del esqueleto se transforman en huesos, en forma tal que podría caracterizarse la edad adulta como una conciliación de aquellos ideales con la realidad, elemento este último que no es tenido en cuenta o considerado despectivamente por la adolescencia en su alejada exaltación ideal.

Rehuyendo el encuentro con la vida que se realiza en la edad adulta, Holderlin se refugia en el mundo de su infancia, cuya imagen exalta himnicamente en sus cantos, y durante toda su vida suspira por el recuerdo de aquella época de la que dice: "guardo de mis años de infancia, de mi corazón de entonces, una disposición que es todavía lo que tengo de más preciado; me refiero a una ternura análoga a la cera blanda, pero es precisamente esta parte de mi corazón la que ha sido más dolorosamente maltratada".

Fatigado de hallarse en esa turbulenta zona de la adolescencia, atormentado su espíritu por el incesante flujo y reflujo de sentimientos y tendencias oscilantes y contradictorias, y viendo alejarse aquella zona tranquila de la infancia, llega a desear con impaciencia el término de su juventud como una liberación de aquellos insatisfechos anhelos y eternas inquietudes: "Ven dulce sueño, harto anhela el corazón. Mas, al fin, juventud cesa de florecer, tú,

inquieta y soñadora y entonces será la vida pacífica y feliz". — No de otro modo quien nada ya fatigado en medio de un río en lucha con la corriente tumultuosa, no siendo posible su vuelta a la orilla que dejó, anhela llegar pronto a la seguridad de la orilla opuesta.



Sin estabilidad ni fijeza como un barco sin brújula ni ancla, Holderlin vivió tocado constantemente de una melancolía inconsciente que alternaba con exaltados períodos de inspiración lírica, extraño al mundo en que vivía como un ser de otra edad o de otro planeta. La realidad le era hostil y fría por el solo hecho de ser realidad y de allí que frente a esa inaptitud para la vida presente, se refugiara, como lo han hecho otros espíritus gemelos, en la invocación de una antigua Grecia imaginaria, aceptada porque lejana e irreal.

Holderlin no aprendió nada en las lecciones de la vida, constantemente extraviado en el mundo como caído de una nube y brutalmente precipitado en la dura tierra enemiga por la que no sabía andar como aquel albatros de Baudelaire tan magnífico en su vuelo como inadecuado en su marcha por la tierra. Vivió así constantemente ajeno a la realidad, cuya cotidianidad terrestre le hería. Si no fuera este carácter un sino de la edad de la que nunca salió Holderlin, podría hablarse de un refugio en el arte frente a las exigencias de la realidad cotidiana. Se resiste con orgullo a tender un puente entre la sublimidad de su arte y el prosaísmo diario y busca un mundo donde el espíritu, libre de compromisos y de transacciones, pueda mantener su pureza antigua. Y es su exigencia de servir sólo a su vocación interior tan fuerte e inconciliable que lo lleva a la renuncia de situaciones estables en una inaptitud tal

a la vida que poco a poco en un estado de no percepción de las cosas reales, que es un verdadero ensueño absoluto, va cortando los vínculos con el mundo que le rodea y llega así hasta la celda de Tubingen donde vivió demente los 40 años últimos de su vida.



Tan inmaterial y de otro mundo era el espíritu de Holderlin que sus exaltados cantos órficos están desprovistos mismo de motivo y objeto, exaltándose sólo la pura exaltación. Holderlin supera en este aspecto al propio Shelley, otro adolescente, y que es el espíritu lírico más próximo a Holderlin, pero en el joven poeta inglés su entusiasmo se refiere a cosas de esta tierra, se identifica con los ideales sociales y la libertad del género humano, ideales que, aunque vastos, faltan por completo en las composiciones holderlinianas.

Un contemporáneo que conoció a Holderlin le llamó Faetón. Para los griegos, Faetón era un bello adolescente que en su carro de fuego quiso llegar hasta los dioses. Atraviesa el cielo como un meteoro de luz, pero los dioses enojados y admirados a un tiempo mismo por tan orgullosa audacia juvenil lo precipitan a la tierra de la que había partido. Quizá el espíritu de Faetón revive en cada nuevo adolescente y la vida como los dioses antiguos destruye sin piedad sus intrépidas empresas. Sin embargo, son los adolescentes como las flores en cada primavera sobre la tierra, los portadores del ideal, de la poesía, del ensueño y como lo canta el propio Holderlin en uno de sus poemas: "La noche y el frío reinarian sobre la tierra y el alma se consumiría en la derrota, si los Dioses buenos no enviaran tales adolescentes para elevar la vida de los hombres e impedir que éstos se marchiten y se sequen".

Porque se sabe niño aún en muchos sectores de su espíritu, el joven adolescente no quiere que le traten ni le consideren como a un niño. Llena su cabeza de proyectos extraordinarios que no logra concretar, animado de un sentimiento heroico de la vida, aguardando por instantes el acontecimiento inusitado que vendrá a destacarlo a la admiración de todos, nada le humilla más que el trato de niño que sigue recibiendo de sus mayores. Sus sueños de triunfo y poderío y su deseo de consideración y de querer valer no hallan en el medio familiar el eco resonante que cree merecer y, por un mecanismo simple de explicación, atribuye a culpa del ambiente lo que obedece sólo a la gran desproporción entre sus aspiraciones desmesuradas y el temor que él mismo tiene de no poseer las fuerzas necesarias para realizarlas.

Una niña de catorce años, a quien vimos con motivo de una tentativa de suicidio, nos decía que sus lecturas eran, entre otras semejantes, "Genoveva de Brabante" y "Blanca de Navarra" y cuando maravillada por la vida de estas heroínas y anhelando semejarlas, expresaba a su madre los sueños de su espíritu, ésta, ocupada en los quehaceres de la casa, le decía que la vida no es nunca como aparece en las novelas. La misma situación ha sido expresada bellamente por Panait Istrati en este pasaje de "Migall" que tomamos de Ponce: "En vano Adrián trató durante mucho tiempo de explicar a su madre el modo que tenía de entender la vida; amor a las letras y a las artes; gusto por la hermosura terres-

tre; no alistarse en las filas de los que atropellan a los hombres; contentarse por lo pronto con lo estrictamente necesario; vivir en la justicia y en la fraternidad; hacer en derredor todo el bien posible... La buena madre, aunque humana y rica de afectos, sabía por experiencia que la vida lo dispone de otro modo, ella que trabajaba quince horas diarias por dos francos y la comida... Tristemente miraba a su hijo sin decir palabra. Y, a veces, pensando: soy como la gallina que empolló patitos; no puedo seguir a mi hijo allí donde hay que nadar".

Se recordará que en la obra de Máximo Gorki "La Madre" se halla una situación semejante: el joven hijo, pleno su corazón de propósitos nobles, ardiente su cabeza por los ideales de justicia y de igualdad social, y la madre, que no obstante no alcanzar a comprender tales proyectos, lo secunda en sus planes, lleva ocultas proclamas a la fábrica y le sigue mismo "allí donde hay que nadar". En Sacha Yegulef, la tierna y dolorosa obra de Andreieff, aparece el mismo dolor del joven héroe, llamado tempranamente para tristes y nobles destinos, por los que llega al sacrificio y que lo alejan del hogar donde queda la madre, que no obstante su inmensa ternura, no puede comprender los planes vastos que han arrancado a su hijo de su lado para inmolar su vida en el altar de misteriosos sacrificios.

Actualmente en escenarios de París se representa la pieza teatral de Karel Capek titulada también "La Madre" y a la que Luc Dustain, su adaptador al francés, ha puesto por título "La época en que vivimos". Cinco hijos y una viuda, cuya angustia consiste en ver con terror como el vértigo del más exaltado heroísmo, que arrebató ya la vida de su marido, se apodera de cada uno de sus hijos y, cuando si un dios voraz tuviera fijos los ojos en ellos, lo lleva uno tras otro a la muerte. La madre estre-

echando en sus brazos al último hijo que le queda se yergue finalmente rebelde, justiciera, gritando su protesta en nombre de la vida humilde, de la pequeña pero feliz vida cotidiana.



Sin llegar naturalmente a estos extremos patéticos, existe entre el espíritu de los hijos y el de los padres una separación que va aumentando a medida que aquéllos avanzan en su edad. A un chico de tres años, que hallamos mirando las evoluciones de un aeroplano en el cielo, le preguntamos si no tendría miedo de subir tan alto. Y sin dudar un segundo nos respondió: "No, si voy de la mano de papá". Tan grande es para la niñez la confianza en el poder del padre que sólo es comparable con la omnipotencia de Dios para los creyentes. Qué evolución ha de ocurrir con la edad en el espíritu del hijo y qué cambios tan profundos para que en la adolescencia no crea ya en el poder de "la mano del padre" y de aquella admiración y confianza sin límites llegue hasta sentir un día la necesidad de apartarse de su lado para vivir su vida, como llega a decir, ahogado y limitado por la incompreensión del medio y de los mayores.

Existe entre ambas generaciones una separación por lo menos de 20 años de distancia y más que esto un factor que explica que no pueda nunca salvarse por entero el abismo que las separa: la edad adulta tiene en cuenta la realidad y trata de conciliar con ella sus propósitos; la adolescencia, ardiente y apasionada, no tiene en cuenta a la realidad y su lucha es por ideales absolutos, lejanos, inmaculados. Ello explica por qué en el espíritu del joven, más que las razones y consejos del padre, pesen las indicaciones y opiniones de otros amigos jóvenes que por su edad están más cerca de él.

Refiere Tolstoy en las memorias de su adolescencia, cómo iba bajando de su alto pedestal su concepto del padre. "De cuando en cuando — dice — mi padre iba a clase y me escuchaba con gesto severo explicar la lección; me daba cuenta entonces, por algunas palabras sueltas que decía para corregirme, que sabía menos que yo". "En general va descendiendo poco a poco de las inaccesibles alturas en que lo había colocado mi imaginación. Verdad es que sigo besando aun su larga y blanca mano con el mismo respeto y el mismo afecto; pero me permito pensar en él, juzgar sus actos, y me asusto de las ideas que a veces me asaltan".

Por otra parte, el adolescente está en la edad en que hace un descubrimiento que lo desconcierta y es comprobar la distancia que existe entre lo que los adultos exigen en el terreno moral y en sus prédicas y lo que hacen en la realidad práctica y tanto más lo desorienta y desilusiona al joven esta dualidad cuanto que comprueba que también incurren en ella seres próximos y queridos a cuya imagen él había hecho su mundo.



La vida cotidiana, gris y prosaica, desilusiona al adolescente cuyo espíritu, sediento de aventuras y de lo extraordinario, vive la época heroica y sentimental, y a quien chocan las cosas y personas que le rodean porque se hallan próximas y son reales, por esa acción reductora del ensueño que la realidad y lo inmediato tienen sobre las mentes imaginativas. A la poesía exaltada que anima su espíritu le hiere la prosa diaria que le rodea. De allí que entonces "Genoveva de Brabante" pueda superar al espectáculo de la madre haciendo la comida. El psicólogo suizo Haeblerlin llamó "la gran desilusión" al fuerte cambio que experimenta el espíritu de los adolescente

separados por un abismo del espíritu de los padres.

Dicha separación se hace aún más profunda si buscando reafirmar su autoridad quieren los padres imponerse. Pensando lo que llevamos dicho, creemos que el abismo que separa a ambas generaciones disminuirá, ya que su desaparición es imposible, si llegado el hijo a la cumbre de su adolescencia, renuncia el padre a su actitud de tal para convertirse en un amigo, en el mejor amigo, y es por esta amistad que puede llegar más cerca de los hijos que paternalmente.

I N G R A T I T U D

Max Scheller ha designado con el nombre de resentimiento la reacción emocional de hostilidad y rencor retenidos que revive sorda y repetidamente y que intoxica psíquicamente las relaciones entre las clases, los pueblos y también entre las generaciones; y afirma así que los jóvenes se hallan separados por ese resentimiento de la generación adulta que la ha precedido en la vida y a la que viene a sustituir en sus puestos y funciones. Por su parte, refiriéndose a la impermeabilidad entre los espíritus de las generaciones sucesivas, Maurois en el estudio sobre Shelley afirma que "un razonamiento nunca ha podido convencer a nadie, pero creer que un razonamiento de padre puede cambiar las ideas de un hijo es el colmo de la locura razonante".

Y fué así que de la acalorada entrevista entre el joven Shelley y su padre, el severo y rígido Lord Stockdale, y en la que éste creía poder imponer su modo de pensar, sus maneras de vida y mismo sus normas en las relaciones amorosas de su hijo, cada uno de ellos salió animado de cólera y fuerte enojo hacia el otro y más convencido que nunca de la razón de sus propias opiniones. No distinto resultado tienen habitualmente todas las entrevistas semejantes, en las que las dos generaciones se contemplan animadas de sentimientos que las hacen impermeables: la joven, impaciente, osada, con un sentimiento excesivo y precoz de suficiencia porque precede al conocimiento y a la experiencia; la adulta, herida por tal irrespetuosidad que juzga insolente, interpretando como un desconocimiento de su autoridad y jerarquía, que deben imponer "a quienes son todavía unos niños y no saben nada de nada".

No siempre la separación entre ambas generaciones estalla de un modo tan agudo y visible. Existen casos de perfecto entendimiento y esto parece ser el ideal de muchos padres. Sin embargo, no es éste un síntoma favorable, pues no debe olvidarse que tan ajustado entendimiento traduce, muchas veces, de parte de los hijos reducida personalidad, excesiva plasticidad, perjudicial blandura, que mantendrán luego igualmente frente a circunstancias vitales de importancia. Del mismo modo, en aquellos casos en que el padre ha impuesto autoritariamente sus poderes, queda en los hijos la marca de la presión a que han estado sometidos que se traduce por una inseguridad, falta de firmeza y escasa iniciativa en la ocasión de su autonomía.

Por lo expuesto vemos cuántas ventajas para su acción en la sociedad y en la profesión tienen los miembros de aquellas familias cuya vida es por su organización como los de una sociedad en miniatura.



La oposición y conflictos entre padres e hijos obedecen a razones biológicas profundamente arraigadas en el espíritu de cada generación. Es fácil comprender que, sin ese espíritu de oposición y contradicción y sin ese querer ver las cosas con ojos nuevos como por primera vez en los jóvenes, la humanidad no se habría apartado mucho de las conquistas y descubrimientos hechos por su primera generación. Más adelante, cuando estudiemos especialmente el espíritu de la juventud, veremos que todo parece como si lo no realizado, lo no logrado, se valiera cada vez del entusiasmo de los jóvenes para exigir su turno en la realidad. Siendo esto así, no debe sorprender la existencia de ese deseo de emancipación de los jóvenes y que aparece ya en la primera infancia en los impulsos de terquedad, de opo-

sición, de contradicción, se traduce luego por el deseo de consideración y en la adolescencia anima los sentimientos de rebeldía, de negación y de imposición.

Y si el joven rebelde se opone a la autoridad del padre no es, ciertamente, por los motivos que supone la escuela psicoanalítica, sino porque el padre tiene en sus manos todos los poderes y es frente al joven el representante más cercano de toda la generación adulta, de la sociedad ya creada. No es, pues, electivamente y de un modo específico, al padre a quien se opone con rebeldía el hijo, sino que lo es a las formas de vida ya realizadas, a la realidad social que encuentra y de la que el padre es el arquetipo más próximo al hijo. Tan es así que cuando la evolución de la existencia quita ese blanco de la vista, vemos que sigue existiendo y no se borró nunca el inextinguible amor filial que ahora se ve libre de aquella interferencia.

Emilio Frugoni, en cuya personalidad de tenaz luchador no se ha embotado la fina sensibilidad sutil para las más tenues vivencias psíquicas, tiene en su obra "La Canción Humana" una poesía que es uno de los más tiernos y hermosos documentos que conocemos sobre el conflicto entre los padres e hijos. Se titula "Elegía filial". Llegado el poeta a la madurez de su vida, se enciende fuertemente en su espíritu el recuerdo vivo de su padre, de su frente que se cubrió de surcos de tanto pensar en los hijos y por los hijos, de aquella tristeza que el padre trajo para todo el resto de su vida de su despedida del otro lado de los mares donde quedaron tendidos dos brazos de madre, de sus luchas calladas y sin alardes contra la adversidad, hasta levantar con sus manos fértiles la casa familiar. Y el recuerdo del padre lleva ahora al hijo a decirle en su elegía: "Hoy que los años me doblegan sobre el misterio de la vida, te comprendo y te amo como nunca te amé. Y me quemo hasta con-

sumirme en el remordimiento". "Déjame pedirte perdón por todo el mal que sólo supe darte en cambio de tanto bien".

El poeta es el expresivo intérprete del sentimiento semejante que aparece en los hijos llegados a la madurez y cuando esta edad les da, recién entonces, la comprensión para juzgarlos y con grande dolor, pues ya el padre no está sobre la tierra. Entonces, como el poeta, miles de hijos se acercan al recuerdo del padre y le dicen: "Aquí estoy, castígame".



Una reciente y hermosa película, de excelentes actores, titulada "Ingratitud", lleva a la pantalla el conflicto y la separación entre padre e hijo de que hablamos. No es nada más que la transcripción de la callada vida de un hogar de un Pastor en un humilde pueblecito montañoso. Un padre, el hijo y la madre, que animan y viven el repetido drama tan antiguo como la especie humana y, no obstante, tan doloroso como si se planteara por primera vez. La contradicción, la oposición, la lucha y finalmente la ida del hijo, que en distante ciudad se abre su camino y con esa atención sólo puesta en sí mismo del joven absorbido en sus propios asuntos llega a olvidar a los dos ancianos para quienes el correo se ha convertido en el eje y centro de su vida.

En la oscuridad del cine, escucho que mi hijo, que acaba de cumplir diez años y está sentado junto a mí, calladamente solloza. Apreto su mano en la mía y entonces él me dice: "yo nunca me iré de tu lado". Yo nada le digo, pero pienso: "sí, hijo mío, tú te irás de mi lado, será necesario. Yo mismo te impulsaré a que lo hagas. Pero por lejos que vayas en el mundo y por fuerte que seas, quedaré repitiendo la frase del Apóstol: "Aquí estaré siempre para tí si algún día me buscas".

LOS DEPORTES EN LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

Cuando hablamos de la educación psíquica del niño y del adolescente nerviosos vimos la participación eficaz que los deportes y juegos pueden tener en la formación del carácter. Y es que los deportes, además de los beneficios físicos que se les reconocen, tienen también una acción innegable sobre el psiquismo, regulando los instintos, desarrollando las facultades de coordinación, el dominio sobre sí mismo, la disciplina, la confianza en sí y, en especial, el sentimiento de solidaridad en los juegos colectivos, aparte de la sensación de equilibrio, armonía y bienestar orgánico que ellos producen. De este modo, pues, la educación física es también, y no en escaso grado, un procedimiento de educación psíquica cuyos beneficios deben tenerse en cuenta.

La influencia que ejercen los deportes en la conformación del carácter es tal que es de corriente observación ver cómo ciertas cualidades que ellos desarrollan, tales como la iniciativa rápida, el dominio de sí mismo, la presencia de espíritu, se transforman en rasgos del carácter de quienes los practican. Y así ha podido afirmarse que en los ingleses es el espíritu de sportman, desarrollado y mantenido por una larga tradición deportiva, que los ha dotado de esa entereza fuerte y calma en los contrastes, frente a los cuales la idea sportiva del match revancha aleja del espíritu la acción depresora de una derrota y actúa como una liberación salvando de la contrarie-

dad, el descorazonamiento y la ofuscación que no son sentimientos del sport.



Puede realizarse el estudio psicológico de cada uno de los deportes y determinar para cada uno de ellos las facultades psíquicas que en especial desarrolla y las aplicaciones que pueden hacerse cuando se trata de estimular determinadas cualidades del espíritu o, por el contrario, neutralizar otras perjudiciales o excesivamente desarrolladas.

Así, han podido dividirse en deportes de automatismo, de ejecución dirigida y de iniciativa, según predominen en especial dichas cualidades entre las que intervienen en su realización. En los ejercicios de automatismo, remo, natación, ciclismo, equitación, carreras a pie, es el movimiento que se repite con un minimum de iniciativa individual. En los ejercicios de ejecución dirigida predomina el movimiento ordenado y ejecutado de acuerdo con la orden recibida y en ellos están comprendidos desde luego la gimnasia sueca, los ejercicios con aparatos, la gimnasia rítmica, los saltos, los lanzamientos, las carreras de vallas. La iniciativa individual supone la intervención permanente del raciocinio y la vigilancia constante del discernimiento y existe en general en los deportes de combate, como la esgrima, el box, el fútbol, el basket-ball y en los cuales la táctica de juego no es rígida y debe adaptarse, modificándose constantemente, a las fases de la lucha y a los obstáculos y resistencias encontrados, para no caer en el juego favorable al rival o para explotar con éxito sus puntos débiles o aprovechar sus instantes de desconcierto. Repetimos que no hay un deporte en que intervenga sola una de las cualidades referidas, todos ellos tienen una dosis de cada una de ellas, pero es de acuerdo a la cualidad predominante que así se les

puede agrupar. Es por ello, por otra parte, que la práctica de un ejercicio de una clase descansa de la práctica de los de las otras clases, tal como en el estudio del piano, los ejercicios de técnica y los de interpretación se reposan recíprocamente.



La confianza en las propias fuerzas y otros sentimientos igualmente beneficiosos son desarrollados por la práctica precoz de los deportes, y esto lo saben bien y lo aplican los estadounidenses cuyos rasgos psicológicos principales, el alegre y firme optimismo, su saludable seguridad tónica y el sentimiento de confianza, no son ajenos ciertamente a la extensa difusión de la práctica de los deportes en todas las edades.

Los ejercicios tales como la natación, el patinaje, el ciclismo, desarrollan en especial las facultades de coordinación, el dominio sereno de sí mismo y la tenacidad. Los deportes que exigen una atención permanente, como la esgrima, la pelota vasca, el tenis, el fútbol, realizan el desarrollo de la iniciativa, el rápido discernimiento así como ejercitan vivamente los reflejos motores y las reacciones sensoriales. El automovilismo, el ciclismo, aparte de la resistencia que exigen y cierta despreocupación por el riesgo, estimulan las decisiones rápidas, la atención sostenida y ese estado especial del espíritu, capaz de pasar de la aparente calma a su intervención rápida y segura frente a la aparición súbita de lo inesperado. La caza requiere una sostenida atención voluntaria al seguir paso a paso al perro cuando ya husmea la pieza y estar pronto a tomar puntería y disparar de inmediato levante vuelo.

La esgrima desarrolla en especial la atención siempre despierta, la concentración, la iniciativa perso-

nal y tiene además una característica especial que no aparece en los otros deportes. En efecto, el esgrimista no se da entero en ninguna acción, A diferencia del remero, del pelotaris o del boxeador, que pueden poner todas sus fuerzas y energías en sus acciones, el esgrimista, mismo en la acción más decisiva, que es el paso adelante y a fondo, no descarga enteramente su acción, sino que actúa contenido, retenido, pronto siempre para el retroceso si halla resistencia en su ofensiva. El esgrimista que desplegara toda su fuerza comprometería grandemente su éxito, de allí esa actitud de retención y de permanente freno a que debe hallarse sometido. Asimismo el estudio del adversario que debe hacer mediante su modo de reacción frente a las fintas y a los ataques, exige en este deporte una mayor participación del intelecto. La espera paciente de la oportunidad y del blanco del adversario desarrolla en especial la facultad de saber esperar y de ahí que la práctica de este deporte sea beneficiosa para las personas impacientes.

Aparte de los beneficios enumerados de cada deporte, ellos tienen el inestimable valor de desarrollar en el individuo el espíritu de equipo, la camaradería y la colaboración. En la vida actual, colectiva y de cooperación, el individuo aislado cada vez tiene menos valor y eficacia. Los deportes estimulan el espíritu de asociación y en ellos las personas individuales y egoístas aprenderán a saber ceder el juego o la ball a un compañero mejor colocado para lograr el triunfo del equipo. Se sabe, por otra parte, los grátos vínculos que a través del tiempo siguen uniendo a los integrantes de un "team" como resultado de los éxitos y riesgos pasados juntos, del triunfo de la entereyuda deportiva cuyo recuerdo mismo alcanza para revivir esa sana alegría que acompaña al ejercicio de los deportes.

Y, ¿cuál es el origen y la causa de esta sana alegría? La fisiología ha demostrado que los ejercicios físicos producen, por la actividad muscular y las modificaciones de la circulación arterial, una mejor distribución de la masa sanguínea, ampliación de los movimientos diafragmáticos y por ello regulación de la circulación hepática; activación de los movimientos cardíacos y pulmonares y también regulación de las funciones de la piel, así como la abundante oxigenación del cerebro y, de allí, una sensación de bienestar y equilibrio cenestésico que conocen bien los deportistas.

Y recientemente, en el estudio del equilibrio ácido-básico de la sangre, se ha comprobado que mediante los ejercicios físicos se produce una beneficiosa acidificación humoral destinada a neutralizar la alcalosis, con lo que resulta que esa falta de bienestar que sienten los deportistas cuando no han podido hacer sus ejercicios habituales, y que puede llegar a la irritabilidad, la impaciencia y el malhumor, no obedece más que a dicha alcalinidad no neutralizada como de costumbre por la acidificación provocada por los deportes. Estas investigaciones han hecho incorporar los medicamentos acidificantes para el tratamiento de estados de depresión, pero ninguno de ellos tiene el valor de los ejercicios físicos cuya práctica realiza el tratamiento racional y muy a menudo radical de esos estados psíquicos.

Hemos visto que la educación física es también un método de educación psíquica puesto que los deportes, además de las ventajas físicas que se le reconocen, tienen una acción benéfica sobre el psiquismo, regulando los instintos, desarrollando las facultades de coordinación, el dominio sobre sí mismo, los sentimientos de solidaridad y cooperación en los juegos colectivos o de asociación.

En el hombre de las primeras edades de la especie, que vivía en la entera libertad de la tierra, sin conocer las limitaciones de la vida en sociedad, el deporte no tendría las mismas necesidades que tiene actualmente. Sus luchas en las que daba libre salida a sus instintos y tendencias, luchas contra hombre, contra los elementos de la naturaleza y contra las otras especies para su subsistencia, como la caza y la pesca, tenían en buena dosis las características de los actuales deportes y en ellas satisfacía enteramente sus impulsos motores y sus sentimientos instintivos. La vida en comunidades sociales, que buscó luego el hombre para mejor protección y seguridad de su existencia, lo alejó cada vez más de aquella vida natural primitiva e hizo su existencia más compleja y en algunos aspectos más difícil. Cultura y civilización significan apartamiento de la naturaleza y exigen del individuo la represión y el dominio de aquellas tendencias e instintos naturales cuya satisfacción realizaba antes de un modo inmediato. A tal punto en su adaptación social el hombre actual debe poner límites a sus tendencias naturales, y la sociedad se funda precisamente sobre esa limitación

de las tendencias personales, que un hombre sobre el cual la educación no hubiera ejercido ninguna influencia y diera libre curso a sus sentimientos naturales, sería un ser antisocial, se le llamaría justamente un primitivo y tendría que pasar sus días en el asilo o en la prisión, en tal grado sería un permanente peligro para el orden y los intereses de la comunidad social.

Pero la contención permanente de sus tendencias individuales y la necesidad motora del organismo del hombre en la vida social tienen su válvula de seguridad y ella son los deportes, algunos de los cuales, como la pesca y la caza, reproducen y reviven actitudes pasadas, mientras otros, los deportes de combate, satisfacen sus instintos de agresión y remedan aquellas luchas que debió empeñar permanentemente el hombre de las primeras edades y dan al mismo tiempo libre curso a la necesidad de movimiento muscular. Esto explica la necesidad que experimenta el hombre de las ciudades de su salida al campo, sus "week end" y la vida en las excursiones y en los campamentos. Y la necesidad de los deportes y de estas expansiones aparece más manifiesta si se considera que en su vida en la sociedad el hombre actual se halla liberado de la preocupación de su defensa y de su seguridad, que la sociedad por organismos especializados toma a su cargo y, en consecuencia, quedan libres en el individuo aquellas energías y fuerzas anímicas que antes empleaba con tales fines.



Vimos en qué alto grado pueden contribuir los deportes en la conformación del carácter desarrollando en algunos casos facultades beneficiosas, tales como la tenacidad, el dominio de sí mismo, la iniciativa, y neutralizando en otros casos cualidades perjudiciales,

como la impaciencia, el temor excesivo del peligro, el egoísmo y el individualismo exagerado. De allí, las aplicaciones y la utilidad que el ejercicio de los deportes puede tener, no sólo en los casos de personas normales, a quienes no obstante traban en su acción social defectos de su carácter, sino también para las perturbaciones psíquicas más serias y en las cuales los deportes constituyen, por el interés que generalmente despiertan, una de las vías de acceso más abordables para el tratamiento.

Y es así que modernamente la gimnasia, los deportes y los juegos se han incorporado a la terapéutica de los trastornos mentales, después que lo han hecho el trabajo y las ocupaciones. Se sabe, en efecto, que mediante la ocupación del enfermo mental en trabajos diversos, de dificultades variadas, se impide que su psiquismo se sumerja cada vez más en la enfermedad, al mismo tiempo que por su aplicación al trabajo adquiere el enfermo hábitos de orden y de disciplina, recupera la maleabilidad mental perdida y canaliza facultades dispersas o disminuidas. Se dosifica para cada caso la calidad, la intensidad y la duración de las diversas ocupaciones, buscando realizar mediante esta ortopedia psíquica la recuperación funcional y la reinserción social del enfermo.

Pero no es el trabajo el único activante terapéutico que puede emplearse como medio de reeducación pedagógica del enfermo en sus hábitos sociales perdidos; lo son también los deportes y mediante ellos pueden activarse la atención y el interés, disciplinarse la voluntad, aumentar la capacidad inhibitoria, estimularse la iniciativa y despertar los sentimientos de cooperación y de solidaridad que son habitualmente los más afectados en estos casos.

En este tratamiento activante de los enfermos psíquicos, los deportes tienen más fácil aplicación que el trabajo, no sólo por la razón fácil de com-

prender de que el juego es más agradable y no exige tanto como el trabajo una participación de la voluntad, sino por una razón de orden evolutivo de la que la anterior es sólo una consecuencia. Se admite hoy que la alienación es en la mayor parte de los casos el retroceso del individuo adulto a una etapa anterior de su evolución psíquica, llegando en los trastornos más grandes a retrotraer al enfermo a su etapa infantil.

En consecuencia, la terapéutica que busque reconstruir la personalidad enferma tendrá que recorrer igualmente el camino que más se acerque a la evolución natural. Y es así que, como en la infancia el niño no es capaz aún de comprender la motivación del trabajo y todo para él es juego, del mismo modo ciertos enfermos psíquicos no pueden poner su interés en el trabajo y sólo llegan a él cuando una preparación previa por medio de los deportes fortalece sus facultades debilitadas y despierta sentimientos y móviles adormecidos. Y luego de este período preparatorio, llegados así a una etapa más evolucionada, son susceptibles de la acción del trabajo y de las ocupaciones terapéuticas. Tal es el procedimiento que se sigue en la Colonia de Alienados de nuestro país, en cuyos servicios médicos se emplea desde hace ya varios años este tratamiento activante del espíritu con los excelentes resultados que pueden ver quienes visiten ese establecimiento de asistencia.



Las reflexiones que llevamos expuestas no son ajenas al interés del hombre normal puesto que si, como es bien sabido, la alienación no crea en el espíritu nada nuevo sino que sólo exagera, disminuye o desvía mecanismos y facultades habituales, de esto se deduce que aquello que ha hecho la prueba de su

eficacia en los enfermos psíquicos tiene una buena parte aprovechable para la salud mental y, desde luego, para su profilaxis.

Y es justamente desde el punto de vista de la higiene mental que los deportes pueden cumplir una función importante como medio de liberación de energías reprimidas y no satisfechas. En la adolescencia, y en especial en la edad del despertar sexual, los deportes tienen una función de inestimable utilidad en la canalización y sublimación de energías exuberantes y tumultuosas. Para el adulto, dadas las restricciones que la sociedad, la moral vigente y las convenciones imponen de continuo al libre curso de las manifestaciones afectivas, esto es, sentimentales e instintivas, puede decirse que el hombre actual vive en un estado de tensión permanente. En los casos en que esta tensión nerviosa es muy fuerte y el individuo no halla los medios de darle salida o de sublimarla, transformándola en actividades supletorias o compensadoras, ella puede mismo manifestarse en forma de neurosis.

El alcoholismo y otras toxicomanías reclutan sus adeptos, precisamente entre los individuos cuyas tensiones psíquicas no están equilibradas y en los que es fácil comprobar esa insatisfacción por falta de una apropiada sublimación. Si se recuerda que el 25 por ciento de los ingresos de enfermos a nuestros hospitales de psicópatas, débense al alcoholismo, se comprende el alto grado de importancia de este problema cuya solución no está fuera de nuestro alcance. A cambio del alcohol que se busca suprimir es necesario dar al individuo un sustitutivo: estímulo de sentimientos elevados, satisfacción de su espíritu mediante ideales y propósitos superiores y también los deportes, excelente derivativo para cumplir el sabio axioma de higiene mental que los suizos, maestros en este aspecto, condensan en el adagio: "Sólo es destruido lo que se reemplaza".

EL CAMINO DE LA VOCACIÓN

Ya en 1575, Juan Huerta de San Juan publicó en Baeza, Andalucía, un libro de Psicología Aplicada que titulaba "Examen de los Ingenios para las ciencias, en el cual el lector hallará la manera de su ingenio para escoger la ciencia que más ha de aprovechar, las diferencias de habilidades que hay en los hombres y el género de letras y artes que a cada uno corresponde en particular". Este libro que dió a su autor singular celebridad y que se difundió por toda Europa traducido a diversos idiomas, es como se ve, precursor de la orientación vocacional que persigue la moderna Psicotecnia, pues dice con claro acierto en su texto: "Para que las obras de los artifices tuviesen la perfección que conviene y el carpintero no hiciese obra tocante al oficio de labrador, ni el tejedor al del arquitecto, ni el jurisperito curase, ni el médico abogase, sino que cada uno ejercitara sólo aquel arte para el que tenía talento natural, había de haber hombres de gran prudencia y saber que en la tierna edad descubriesen a cada uno su ingenio, haciéndole examinar la ciencia que le convenía y no dejarla a su elección".

Como lo observa Munsterberg, habitualmente se confía que en la sociedad cada persona irá a parar al sitio donde por sus disposiciones y capacidades particulares lo lleven sus deseos naturales, hecho que la realidad se encarga de desmentir con frecuencia, siendo el principal obstáculo para ello el desconocimiento que de sí mismo posee el joven, pues ya es tarde cuando llega a descubrir cuáles son realmente sus aptitudes. Y el interés por determinada orien-

tación que puede aparecer en la edad escolar hállese con frecuencia influido por circunstancias especiales como ser la personalidad del maestro, los métodos de instrucción o la influencia del ambiente y de factores familiares. Todo esto conduce a que, hechas las cosas de este modo, el azar generalmente influya en fuerte grado sobre el destino profesional.

Actualmente, comprendiendo la importancia de que la orientación profesional de cada persona se realice de acuerdo con sus aptitudes y capacidades especiales y la trascendencia que ello tiene en una nación para el mejor desarrollo y eficacia de las industrias y de las profesiones, en la mayor parte de los países existen organismos denominados Institutos de Orientación Profesional, de Psicotecnia o de Biotipología, y que tienen a su cargo el estudio psicofísico de los aspirantes al ejercicio de actividades industriales y sociales y, en especial, la determinación de las aptitudes vocacionales de los jóvenes en el momento que, terminada la enseñanza escolar, deben tomar su camino de entre todos los caminos que en ese instante se hallan a su frente. Comprendiendo la importancia universal que este asunto tiene, se realizan cada dos años Congresos Internacionales de Psicotecnia que han tenido lugar ya en Utrech, Barcelona, Moscú y recientemente en Roma, con la participación de psicólogos, médicos, pedagogos, tales como Claparede, Lahy, V. Dhees, Wyatt, Pieron, Colucci, R. Lafora, Mira, Fessard, autoridades de renombre que en sus respectivos países dirigen los Institutos de Orientación Profesional o de Psicología Experimental.

En nuestro país, donde en otros aspectos la enseñanza ha llegado a un nivel satisfactorio, salvo algunos proyectos o informes que han quedado detenidos, nada se ha hecho en este importante problema cuya importancia destacó ya hace cerca de

cuatro siglos, con profético acierto, en Baeza, el autor del "Examen de los Ingenios". Por eso creemos que el conocimiento de este tema es de utilidad para los padres, los educadores y, en especial, para las autoridades a cuyo alcance se hallan las realizaciones que pueden hacerse.



Las principales aplicaciones sociales de la Psicotecnia son en especial las dos siguientes: el estudio vocacional de los jóvenes con el objeto de determinar sus aptitudes y capacidades particulares desde el punto de vista de la elección de un oficio o una profesión universitaria o industrial, y el estudio de las profesiones y actividades en sus aspectos de rendimiento, condiciones de fatiga, accidentes etc. Hoy nos ocuparemos sólo del primero de estos puntos.

En los comienzos de las aplicaciones de la psicología experimental se supuso que para el estudio de un individuo era suficiente examinar algunas facultades sensoriales, en especial la visión, la audición, el tacto, y los procesos intelectuales (atención, memoria, asociaciones) mediante pruebas o tests para poder determinar las capacidades y aptitudes individuales. Hoy se sabe bien cuán unilateral e incompleto es el estudio que así puede hacerse y la psicotecnia actual, más amplia, tiene en cuenta la personalidad total del examinado y en especial las manifestaciones caracterológicas y los complejos y vivencias psicológicas.

Se ha visto que el hombre "es más que la suma aritmética de sus cualidades particulares" y que ciertas cualidades del carácter, como la voluntad, la tenacidad y la ambición, pueden suplir el déficit de algunas facultades particulares. Así es que individuos ricamente dotados desde el punto de vista in-

telectual, pero carentes de cualidades caracterológicas como la constancia y la voluntad, progresan mucho menos que personas animadas de cualidades de carácter, tales como el deseo vehemente de triunfo, fuerte ambición, poderoso élan vital, aunque con aptitudes nativas escasas o deficientes (comprensión lenta, percepciones limitadas, débil retención, escasa capacidad para el dibujo o para el cálculo), las cuales en un examen psicofísico hecho al modo unilateral de la clásica psicología intelectualista habrían obtenido bajas clasificaciones.

Por falta de cualidades de carácter, apetencia o impulso vital, decisión, iniciativa, interés, espíritu de lucha, las mejores aptitudes naturales pueden llegar a inutilizarse y no rendir fruto alguno. Lafora recuerda a este respecto el caso de los psicópatas inteligentes y cultos, en los que, a causa de su tendencia a aislarse de la vida social, se anula la aplicación de sus dones intelectuales. Y Bolt concluye que el optimum personal de rendimiento profesional, o, como dirían los yanquis, el máximo de eficacia profesional o social, es la resultante de la colaboración de las facultades intelectuales con las excelentes cualidades del carácter.



En apoyo de lo que llevamos dicho puede evocar cada lector el recuerdo de las aptitudes que presentaban sus compañeros de los años escolares y podrá ver que algunos de los mejores dotados intelectualmente se apagaron luego inesperadamente, a cambio del triunfo de otros que entonces no se destacaban por su singular inteligencia. Por otra parte, es de corriente observación el caso de personas que no obstante sus medios naturales precarios, se hallan dotados de un deseo de superación tan fuerte y de una apetencia tan seria de progreso y de triunfo que

pueden llegar a modificar favorablemente aquellas condiciones naturales escasas y mismo a corregir o suplir anomalías deficitarias físicas y psíquicas.

Puede observarse así, cuando se estudian los tests o pruebas de la fatiga, que los resultados no son semejantes para todos los individuos aun de las mismas fuerzas físicas y capacidades intelectuales, y que factores personales tales como la avidez, el amor propio, la ambición, actúan como reservas de energías y hacen realizar sin fatiga tareas y trabajos que cansarían a personas desprovistas de esos factores psíquicos, a tal punto que en las determinaciones vocacionales se ha propuesto el estudio del índice de la fatiga para contribuir a determinar las preferencias e inclinaciones del individuo. Y así como nuestras fuerzas físicas están por encima de las que empleamos de continuo en nuestras actividades diarias, del mismo modo las capacidades y energías psicológicas están por encima del nivel que ponemos en juego en la actividad habitual. Todas estas razones hacen que el psicotécnico deba tener en cuenta el estudio completo de la personalidad, entendiéndose por tal la manera individual de exteriorizar la vida de los impulsos y de los sentimientos, de vivir situaciones, de reaccionar frente a los contrastes y a las dificultades, de manifestar inclinaciones y gustos, intereses, el ideal y las disposiciones del espíritu de cada persona.

Este estudio completo debe comprender, pues, el análisis psicológico del núcleo o estructura primaria de la personalidad, que corresponde a las aptitudes y facultades hereditario-constitucionales, y las superestructuras secundarias superpuestas que corresponden a las capacidades adquiridas. Y entre estas últimas, Alfredo Adler ha destacado los mecanismos compensadores engendrados por los sentimientos de inferioridad. La inferioridad innata de un órgano o

de una función lleva sobre ellos, si el sujeto está animado de voluntad de poderío, una concentración de la energía vital que puede lograr una compensación física y psíquica y aun mismo una super compensación que lo conduzca al éxito y al triunfo y en la historia se repiten los ejemplos de la poderosa influencia de estos mecanismos compensadores de la superestructura o corteza de la personalidad.

La importancia y complejidad del problema de las determinaciones vocacionales y la trascendencia y responsabilidad de sus resultados ha hecho prudentes a los psicotécnicos y psicólogos que en él trabajan y de allí que hasta el presente más que conclusiones afirmativas sobre determinaciones exactas se haya llegado a la determinación de las cualidades negativas que harían fracasar a un individuo en el ejercicio de una profesión. La psicotecnia de las profesiones superiores están aún en una etapa de formación y el día que técnicos "de gran prudencia y saber" lleguen a realizaciones efectivas, su trascendencia social será considerable, confiándose entonces a los mejor dotados las tareas directrices y la responsabilidad de las profesiones académicas. Y acaso, ¿no está puesta de relieve la importancia y trascendencia de tal tarea por el propio significado etimológico de la palabra vocación, del latín "vocatío", acción de llamar, explicado por la creencia en el llamamiento divino, con el que Dios inclinara a las almas a elegir algún estado y en especial el religioso?

P S I C O T E C N I A

Hemos visto que no basta el conocimiento de las aptitudes sensoriales y del nivel de la inteligencia para orientar a una persona hacia determinada profesión y que es necesario para ello, además, el estudio de los otros elementos de la personalidad total, su carácter, su manera de accionar y reaccionar, sus hábitos, propósitos, deseos, ambición y demás vivencias psíquicas. Asimismo, se ha comprobado que todos los elementos integrantes de la personalidad no tienen igual valor y se ha podido distinguir en ella su núcleo elemental primario, integrado por las disposiciones y aptitudes hereditarias y constitucionales, y la parte secundaria o corteza de la personalidad, constituida por las facultades y capacidades adquiridas. La personalidad, pues, sería la resultante de aquellas disposiciones constitucionales, que formarían el esqueleto primario elemental, moldeadas por las influencias exteriores o ambientales que varían de un modo constante durante toda la vida. Así, se ha visto que las modificaciones que producen sobre la personalidad las enfermedades mentales tienen lugar especialmente sobre sus características secundarias superpuestas y afectan poco al núcleo primario.

En la integración del psiquismo habría, pues, varias capas o estructuras, y el psicotécnico que cumpliera con rigor su delicada función debería llegar hasta las más profundas que son precisamente las de mayor importancia por constituir el núcleo, el esqueleto y los caracteres formales de la personalidad, y que se traducen, en la vida social y profesional

del sujeto por sus tendencias, preferencias, hábitos e inclinaciones.

Las consideraciones que preceden demuestran cuán incompleto y artificial es el examen de un individuo realizado por medio de tests, o pruebas de experimentación, que sólo estudien las facultades sensoriales o los procesos intelectuales parciales y en frío. Un sujeto puede revelar en tales exámenes disposiciones naturales excelentes y, sin embargo, estar desprovisto del desco de utilización de tales aptitudes y de su capacidad eficaz de aplicación en la vida social o profesional. Inversamente, un examinado en el laboratorio de psicología experimental puede realizar sin interés e insuficientemente los tests correspondientes a una profesión y, sin embargo, en el taller, revelar mayores aptitudes, porque entonces el trabajo ha puesto en juego su interés y ha tocado su atención mediante la exposición de sus fines y resultados. Por estos motivos, se ha llegado a proponer que la ejecución de los tests destinados a las profesiones no se realice en los laboratorios sino en los mismos centros de trabajo.

Se ha debido distinguir igualmente, en el estudio de una persona, sus cualidades para la vida, que dependen de su carácter, y sus cualidades para el trabajo, que dependen de sus aptitudes, puesto que se sabe que se puede adolecer de un carácter insuficiente desde el punto de vista moral y realizar un trabajo utilizable y se puede, por otra parte, ser un mal profesional, con todos los elementos de buen carácter, leal, enérgico, sincero.



Lo expuesto demuestra cuan compleja y delicada es la tarea de los técnicos que tomen a su cargo la selección psicotécnica de los estudios y profesiones.

Entendiéndolo así, cuando en 1937 el ilustrado Director de Enseñanza Industrial, doctor José F. Arias, nos solicitó que hiciéramos un plan de organización en la Sección Psicotecnia de los estudios industriales, tuvimos en cuenta, para la realización de nuestro cometido, todas las razones que preceden. Consideramos que, como elemento fundamental de todo examen psicotécnico, es necesario conocer los datos sobre el carácter, las reacciones, la sociabilidad, la adaptabilidad, el estado de espíritu habitual, elementos imprescindibles para juzgar luego los resultados obtenidos mediante las pruebas de psicología experimental.

Proponíamos que en el comienzo de cada año y antes de la iniciación de los cursos se realizara un examen médico psicológico de las aptitudes, capacidad mental, disposiciones naturales, diversas vivencias psíquicas, cualidades físicas, etc., de cada alumno para comprobar si éste se halla dotado física y mentalmente para el aprendizaje y ejercicio de la profesión que ha elegido y con el fin de indicar qué profesión o grupo de profesiones convienen a los medios naturales del alumno.

Dicho estudio del alumno se compondría de los siguientes elementos que se complementan :

a) Datos de los padres o encargados. Los datos familiares y sociales serán suministrados por los padres o encargados del alumno y ellos informarán sobre el carácter, inclinaciones, preferencias, deficiencias, impulsos y sentimientos, antecedentes físicos, etc. A objeto de orientar a quienes deben suministrar estos datos y dada la importancia de esta información social, es conveniente entregar a los padres o encargados del alumno un buen cuestionario, claro y completo desde el punto de vista del carácter y la personalidad.

b) Datos escolares. Son igualmente de gran utilidad los datos suministrados sobre el alumno por los maestros que ha tenido y relativos a su capacidad de comprensión, de reflexión, de asimilación, espíritu de iniciativa, hábitos de orden, asignaturas que prefiere, cualidades o déficits especiales. Conviene también aquí facilitar la obtención de tan importantes datos y obtener de esta información escolar toda su utilidad mediante el empleo de hojas anamnésicas destinadas a los educadores.

c) Examen físico. Deberá realizarse el examen físico más completo posible de cada alumno. Medidas antropológicas, examen de la motricidad y del sistema nervioso, aparato pulmonar, sistema circulatorio. Muy importante será el examen de los órganos de los sentidos, en especial la visión y el oído, cuyo correcto funcionamiento es requerido por la mayor parte de las profesiones industriales. Asimismo, teniendo en cuenta la edad de los alumnos que se examinan y la frecuencia a esa edad de desequilibrios endócrinos, la Sección estará en condiciones de hacer estudios tales como metabolismo basal, reacciones farmacológicas, etc.

d) Examen psicológico. Para ser eficaz deberá ser hecho por un psiquiatra dotado de experiencia en el estudio y en la observación de caracteres. Múltiples métodos podrán emplearse, siendo uno de los mejores el método de Jurowkaja; pero poco han de servir dichos métodos sin la experiencia del psiquiatra encargado de su aplicación y de explorar en el alumno su interés vital, su tenacidad, su emotividad, dominio de sí mismo, iniciativa, método, orden, impaciencia, impulsos y sentimientos, esto es, todos los elementos cuyo conjunto constituye la personalidad integral del alumno. Deberá realizarse igualmente

el estudio de su constitución mental: emotiva, ciclotímica, esquizotímica, epileptoide, imaginativa.

e) Estudio psicométrico. Este examen se referirá especialmente a las facultades intelectuales, atención espontánea y voluntaria, percepciones, memoria de fijación y de evocación, juicio y raciocinio, etc., y puede ser realizado de una manera indirecta, observando cómo actúa el examinado durante el desarrollo de las pruebas psicológicas de la inteligencia, o de un modo directo, esto es, por experiencias hechas con aparatos destinados a la exploración objetiva de las cualidades intelectuales. Podrán emplearse los tests de Decroly, Vermeyley, Baumgarten o Henning. No debe olvidarse que estos exámenes psicométricos sólo aportan datos de algunas cualidades intelectuales y de ahí la necesidad de que ellos deban completarse con los datos de información familiar, escolar y social y por el examen de las vivencias psicogénicas individuales (mecanismos compensadores, ambiciones, propósitos de superación, etc.).

Con el resultado de los exámenes que dejamos dicho y en conocimiento de las disposiciones y aptitudes del alumno, se estará en condiciones de hacer indicaciones de orientación profesional. A tal efecto, los médicos y pedagogos de la Sección Psicotécnica habrán realizado un estudio de las profesiones que se enseñan en la Enseñanza Industrial, con el objeto de determinar, de acuerdo con las asignaturas que se cursan y las condiciones físicas y psíquicas que requieren su aprendizaje y su ejercicio, la ficha psico-física de cada profesión. Con un carácter general y aproximado y dejando el margen necesario para los casos especiales, se establecerán las cualidades físicas y psíquicas que requiere cada una de las profesiones, así como las deficiencias y anomalías más comunes que dificultarían o imposibilitarían su ejercicio.

Consideramos que existe conveniencia en reunir los diversos estudios industriales por grupos que tengan una similitud o analogía en las cualidades necesarias para su ejercicio de tal modo que, más que una profesión en particular, se indique al alumno un grupo de profesiones, en tal forma que pueda orientarse hacia aquella que sus tendencias, sus deseos o su situación social lo inclinen.



Las consideraciones que preceden corresponden al plan de organización que, a nuestro juicio, debe tener la Sección de Orientación Profesional de Enseñanza Industrial y se refiere en especial a la etapa inicial de su organización. Esa Sección deberá estar vertebralizada con los estudios de preorientación de los alumnos de las clases superiores de la Enseñanza Primaria y con la orientación y selección vocacional de los estudiantes de la Enseñanza Secundaria Liceal. Igualmente, una vez que se halle en perfecto funcionamiento, la referida Sección de Psicotecnia podrá hacer la extensión de sus servicios y exámenes para la selección del personal de grandes empresas industriales y de locomoción, ascaramiento al Banco de Seguros y a organismos municipales, así como informes sobre orientación profesional de jóvenes a pedido de los padres que lo deseen.

En nuestra permanencia en Barcelona en 1932 tuvimos la oportunidad de estudiar la organización y el funcionamiento de la excelente y ejemplar Sección de Orientación Profesional de la Escuela del Trabajo de dicha ciudad, que realizaba con eficacia los diversos aspectos que hemos señalado, no limitándose a los estudios vocacionales y de orientación, sino participando también en las actividades industriales en lo referente al personal, modos de trabajo,

mejor rendimiento, disminución de accidentes, etc. Sus dirigentes los doctores Emilio Mira López, Trias de Bes, Soler Dopff, Granada Pich, Xiran, Palomar y sus colaboradores, por sus cualidades técnicas de preparación, su dilatada experiencia, su excelente información y su dedicación tenaz y al mismo tiempo la extrema prudencia de sus conclusiones, eran el ejemplo de las cualidades de carácter que deben reunir los psicotécnicos que en cualquier otra parte se dediquen a tan importantes estudios.

EL PROBLEMA SEXUAL EN LA ADOLESCENCIA

El adolescente, tocado por sentimientos que lo turban y desconciertan, se halla en una edad de tránsito accidentado y tumultuoso, que atraviesa desorientado y pleno de oscilaciones. Los diversos estratos sin sedimentación que forman su espíritu, aun no diferenciado, le envuelven en un torbellino de sentimientos y vacilaciones, como si en ese instante estuviera presente una multitud exuberante de tendencias y posibilidades de las que finalmente han de quedar sólo las más firmes. Oscilando entre la exaltación de líricos entusiasmos y de inexplicables pesimismo, con una necesidad grande de comprensión y, al mismo tiempo, replegándose pudoroso e impenetrable, frente a los mayores; rodeado de una realidad que no le es firme y estable, como para el adulto, sino vaga, misteriosa, contradictoria como un laberinto de espejos, se halla el adolescente a solas con su intensa vida íntima, tan subjetiva e inexpresable que se la ha llamado la vivencia de la gran soledad.

Pero, no obstante ser abundante de problemas la crisis psíquica que está viviendo el adolescente, no está aún colmada la copa de sus enigmas e inquietudes. Le falta todavía — y ahora surge con todo su impulso — el problema magno. Como resultado de nuevas hormonas que entran recién entonces en acción sobre un sistema nervioso más evolucionado y sensible a los estímulos y excitaciones, surge el problema sexual, que es al principio vago, inconcreto como un misterio, pero que no ha de tardar en precisarse rudamente. Spranger, siempre sutil, dice refi-

riéndose a este instante: "Se abre para el adolescente no sólo un trozo del orden del universo, oculto hasta aquí, sino un aspecto completamente nuevo en él mismo. Imaginad el efecto que produciría sobre nosotros que al cabo de años de inocente convivencia con nosotros mismos, encontrásemos un día en nosotros algo que nos mirase con un rostro totalmente extraño. Así se comprende la revolución que la pubertad produce en las almas juveniles. Esta conmoción no puede destacarse nunca bastante. Todo lo hecho y alcanzado hasta aquí entra en crisis y, tanto más, cuanto más sin obstáculos rompe la nueva ola en la antigua tierra. En realidad, ha de causar horror el sentirse de súbito cambiado; ha de introducir la desconfianza en las relaciones con todas las personas y la extrañeza en la conducta con todas las cosas. Como después de una gran decepción, se siente uno solo consigo mismo".



Con el propósito de ayudar al joven en este instante, buen número de higienistas, médicos y educadores han sostenido la necesidad de la ilustración sexual del niño. En ese período — se ha dicho — le aguardan al joven enigmas que han de torturarlo y peligros que le acechan y es justo que se vaya en su auxilio y, mediante la explicación de la verdad, se haga la luz aclarando esos enigmas y evitando esos peligros. Y cumpliendo tan plausibles propósitos, existe una abundante serie de folletos referentes al problema sexual en la niñez y procurando su ilustración hecha de una manera graduada pero sin apartarse de la verdad y sirviéndose de los ejemplos que la naturaleza ofrece en las plantas, en las aves, en los animales domésticos. Y se piensa que procediendo de este modo y por esta obra de ilustración,

queda el espíritu del joven libre de las inquietudes del despertar sexual.

No es sin sentimiento que comprobamos que este problema no es tan sencillo y lamentamos que nuestras observaciones nos hayan mostrado cuán lejos están de ser eficaces esos plausibles propósitos de ilustración sexual.

El problema sexual comienza en el adolescente por la puesta en juego de aquellas hormonas y por la aparición entonces de esa intensa vivencia psíquica sexual. Querer resolver el problema antes de esa edad es prematuro y vano. La curiosidad que el niño tiene por este asunto no es distinta a la viva curiosidad habitual que tiene por todo lo que le rodea. El mismo Spranger refiere el caso de una madre cuidadosa, que había dicho en bella forma a sus hijos, antes de los diez años, de donde vienen los niños. Y hubo de comprobar más tarde, con sorpresa grande, que habían olvidado completamente la gran revelación.

La niñez, cándida e irreflexiva, no se ha planteado aún el problema. Por otra parte, su imaginación está pronta para prestar alas a toda explicación maravillosa y extraordinaria. De allí que, a esa edad, su espíritu rechace la versión procax que le llega de la calle y se deje encantar por el viaje de la cigüeña. Y así, para contestarse a sí mismo a la pregunta ¿de dónde vienen los niños?, cierra los ojos a la explicación realista, cuyos elementos de comparación están sin embargo a su alcance y a su vista, y se complace en dar crédito a las explicaciones fantásticas y agradables. Las hipótesis que entonces se imagina se parecen extrañablemente a los mitos de los pueblos primitivos. Y puede comprobarse precisamente que aun mismo entre los pueblos primitivos y los salvajes de las islas del Pacífico, que viven tan cerca de la naturaleza, se rehuye, no obstante, la

explicación real y se deja a la infancia creer en el poder fecundante del beso o la intervención de espíritus marinos.

Dejad soñar a los niños. Ya la dura vida enemiga los llamará en la edad adulta rudamente a la realidad y no tendrán entonces para salvarse de la adversidad o calmar sus heridas el bálsamo del ensueño o la fuga en la fantasía. Es prematura y no está exenta de peligros la ilustración sexual del niño. Realizada por manos suaves, ya hemos visto que pasa sin huellas. En cambio, nadie sabe hasta dónde llega la sensibilidad frágil de la infancia y todos los psiquiatras hemos observado casos de traumatismos psíquicos producidos por impresiones tempranas que han conmovido rudamente la sensible naturaleza del niño. Y cuando son los padres quienes con fines educativos han provocado esa conmoción psíquica, los resultados son catastróficos para el espíritu del niño, sacudido así, a la vez, por la revelación inusitada y el concepto paterno que se desmorona. Y es que la explicación de la calle, que oye de labios de muchachos mayores, con ser grosera y ruda, no es creída totalmente y es puesta en duda por el niño al escucharla, es neutralizada por la versión oficial que escucha en el hogar y, por tales razones, constituye corrientemente el modo atenuado y gradual de llegar al conocimiento final. En cambio, la explicación inoportuna, porque es prematura, hecha por el padre en la edad infantil, no obstante ser sus términos más atenuados, es inapelable, no deja lugar a la fantasía y puede ser de efectos más traumatizantes y violentos.



Y llega el adolescente al período de eclosión de sus vivencias psíquicas sexuales y entonces se halla ya en pleno problema. El enigma sexual le preocupa

como una candente obsesión. Atormentado y acuciado vivamente, vive bajo el imperio de la angustia sexual que se le presenta misteriosa y enigmática como las preguntas de la Esfinge. Los partidarios de la ilustración sexual suponen que con la explicación de este problema desaparecería dicha inquietud del espíritu del joven. Se olvida al pensar así que la angustia es el elemento que tiñe e impregna en la adolescencia todos los problemas, no sólo el sexual, sino los referentes a su futuro, a sus examenes, la profesión, su sitio en la sociedad, el problema religioso y el moral. Dicha crisis sexual tiene lugar, pues, en una época de crisis general del espíritu y se exagera el valor de aquella ilustración cuando se la supone capaz de solucionar esa situación de desconcierto y vacilación que es propia de dicha edad y sólo pasa con la evolución de ella. Ocurre en esa edad algo semejante a lo que pasa con los enfermos psíquicos dominados por fuerte ansiedad y en quienes no alcanza la explicación intelectual de la sinrazón de sus temores exagerados para hacerlos disipar y desaparecer.

¿Significan, pues, nuestras palabras una actitud negativa de total pasividad? De ninguna manera, y aparte de que creemos que ya es algo no hacer las cosas perjudiciales, consideramos que se pueden formular algunas indicaciones positivas. Hemos dicho, en efecto, que a esa edad hay en el espíritu del adolescente un tumulto de tendencias y sentimientos que interfieren y oscilan y tan abundantes y contradictorios que parecería que todas las posibilidades, buenas y malas, se hubieran dado cita en ese instante en su espíritu. Existen en éste sentimientos nobles y otros que no lo son. Platón ya hablaba del corcel noble y del corcel innoble que forman uncidos el tiro del alma, concepto que confirma la actual Psicología al determinar en cada ser

las diversas estructuras y superestructuras que pueden contribuir a la realización de actos variables y en apariencia inexplicables.

Siendo esto así, ¿qué puede salvar al joven que carece a esta edad del apoyo que dan en tales circunstancias los trabajos absorbentes, el amor elevado o una firme voluntad? Han de ser, sin duda, fuertes soportes morales, ideales superiores, propósitos nobles, que ya han de haberse puesto en su espíritu antes de la crisis de la pubertad y no después, cuando la desorientación y el desconcierto hagan más difícil la obra. Los deportes tienen también una eficaz acción en la canalización de energías exuberantes y en la liberación de sentimientos y tendencias sin satisfacción.

Nadie podrá discutir la necesidad de una seria ilustración en los años en que ya está despierta y activa la cuestión sexual. A esa edad ya el padre es el amigo del joven y sus indicaciones sobre prevención de las enfermedades no serán distintas a las que formule sobre el tifus o la difteria. Se habrá salido ya del golfo de las tormentas, que es donde corresponde el máximo de atención, pues es el espíritu el que está en juego y hay que defenderlo animándole de fuertes soportes morales.

La fe en los destinos del hombre, el idealismo y los deberes de las generaciones, firmes propósitos de superación moral e intelectual y el ejemplo vivo y dignificante de los padres empeñados en esta obra, más difícil pero más eficaz que la simple ilustración sexual, de presentar ante los hijos el ejemplo diario y repetido de la dignidad, de la capacidad moral, la nobleza de actitudes. Es nuestro deber de padres poblar el mundo de la adolescencia de fuertes y firmes ideales antes que sea ocupado por fantasmas, pues, aquí como en medio de la oscuridad del bosque, sólo el fuego que podamos encender ahuyentará las sombras alucinantes y tenebrosas.

La psicopatología ha mostrado que numerosas alteraciones psíquicas y sentimentales anormales no son más que la supervivencia de reliquias de fases de evolución ya vividas, y cuya anormalidad está determinada por lo inadecuado de su mantenimiento en la edad que se vive realmente. El mejor modo de comprender estos estados es retroceder, entonces, en la vida del individuo hasta el período en que aquellos sentimientos eran normales y luego en lugar de desaparecer por la evolución se fijaron permanentemente, al modo como si un órgano destinado a existir sólo en la infancia, el timo por ejemplo, persistiera más allá del término fisiológico que le corresponde.

Y así es que algunas manifestaciones de la infancia y de la pubertad, propias de excesivo egoísmo, de sentimientos de crueldad o de brutal instintividad, y cuyo recuerdo entristece a veces durante largos años a quienes las han tenido, pierden el carácter de anormales y de particularidades monstruosas que se les suponen, al reconocerse en ellas sólo estadios de pasaje, formas transitorias del desenvolvimiento normal del psiquismo por el que han pasado todos en su evolución individual.

Sútiles descripciones autobiográficas de escritores como Rousseau, Strimberg, Amiel, han dejado sobre estas épocas de evolución valiosos documentos y penetrantes observaciones que demuestran cómo esa edad es abundante en sentimientos y tendencias tumultuosas y contradictorias, animadas de las raíces de todas las posibilidades. El espíritu es, entonces, indeciso en la determinación de fines y objetivos y,

al modo de una cera blanda, es posible de todas las formas como si en él se hubieran dado cita en este instante todos los sentimientos, buenos y malos. Se le ha considerado mismo como un período de amorabilidad. Con la evolución de la edad se desarrollan fuerzas psíquicas de inhibición, a cuya formación contribuyen la educación, los acontecimientos vividos, las representaciones morales y sociales y los factores constitucionales, verdaderos diques de contención que, mediante su acción represiva, canalizarán y orientarán a aquellas fuerzas y tendencias anímicas, poniendo orden y jerarquizando los diversos estratos y superestructuras de la personalidad. Cuando por circunstancias especiales se produce la ruptura de uno de esos diques de contención, reaparecen, entonces, en la escena psíquica aquellos sentimientos regresivos y tendencias arcaicas ya vividos por el sujeto diferenciado.

La escuela psicoanalista ha podido iluminar así esas profundidades hasta entonces oscuras del psiquismo, mostrando su genética evolutiva y apoyándose para ello en el desarrollo de la actividad psíquica del niño, en las formas de verdadero retraso afectivo motivadas por la fijación en un estadio que debió ser una escala de tránsito, y finalmente, en las psicopatías del hombre adulto que muestran en tales casos su regresión psíquica a etapas anteriores de su evolución, siendo sus síntomas la exteriorización, una veces clara y otras simbólica, de aquellos mecanismos y sentimientos arcaicos por los que atravesó en su desenvolvimiento.

Para nuestros fines de profilaxis por el conocimiento no tendrían interés ni serían adecuadas las referencias a las formas extremas y acentuadas. Sólo nos ocuparemos aquí de dos formas muy atenuadas, y por ello mismo frecuentes, de esa fijación en que pueden quedar sectores parciales del espíritu y de-

terminar entonces el narcisismo y la adolescencia perenne.



Hay una etapa fisiológica y normal en el desenvolvimiento psíquico del niño en que éste siente por su propia persona una admiración tan grande que podría decirse que, como Narciso, está enamorado de sí mismo. La feliz falta de madurez que hay entonces en su espíritu le hace ser complaciente con sus errores e imperfecciones, que no ve, y magnifica, en cambio, con entusiasmo sus cualidades y capacidades. Si es varón, se le escucha alardear reciamente en el relato de sus proezas, supervalorar con optimismo sus fuerzas y posibilidades. Si es niña, se le ve hacerse interesante, hablar enfáticamente o caminar de un modo extravagante. Uno y otra buscan hacer impresión, provocar en su torno la admiración singular que creen merecer, y de la satisfacción de que están pagados da fe el largo tiempo que entonces permanecen ante el espejo, que aquí como en el mito, les refleja su imagen hermosada, perfecta, inigualada.

Tiene esa edad un desconocimiento de la realidad; no separa bien el mundo exterior del mundo de sus deseos y de sus sueños y existe en ella a la vez un desarrollo imaginativo y una escasa crítica, circunstancias que van siempre juntas en los casos de tan exaltado egocentrismo.

Cuando avanza la edad, desaparece esta etapa de narcisismo fisiológico. La experiencia le enseña a diferenciar lo posible de lo imposible, los deseos de la realidad y la vida que va viviendo y que es un severo maestro, le enseña, en forma de limitaciones, contrastes y prohibiciones, cuán distante está el mundo real de aquel mundo de sus imágenes. Por otra parte, la atención, hasta entonces puesta en

su propio yo, es desplazada hacia elementos ambientales exteriores y desde entonces le ocupan la acción y el trabajo, elementos propios de la madurez diferenciada.

Si por efecto de una educación artificial e imperfecta, tal como pasa con los niños mimados en exceso, o a causa de un ambiente fácil y halagador, faltar de elementos reductores que actúe con sus limitaciones y formado, en cambio, por personas que siguen cultivando al niño prodigio aun llegado éste a la adolescencia, la realidad exterior no ejerce su acción de maduración y puede prolongarse en el joven aquel estado de narcisismo que debió desaparecer en el término de su infancia.

Unas veces, sólo hay un retardo en la desaparición de este narcisismo que abandona finalmente el individuo a una edad mayor que la habitual. Otras veces, queda permanentemente y, entonces, da sus características a toda la vida del ser así no diferenciado. La hipertrofia exaltada de su yo, su auto-concepto elevado, su exigencia de admiración, impregnan todos sus actos y lo denuncian ya en el gesto, el porte o la marcha. Su incapacidad para la acción social, signo de la madurez, lo hacen a veces refugiar en actividades literarias o artísticas donde pueda seguir aplicando aquellos sentimientos exaltados que no hallan campo en la vida real. Y a menudo es un diario autobiográfico el espejo en que se sigue admirando, siempre enamorado de sí mismo. Pero la vida que no aguarda y que exige a cada edad sus deberes y atributos, no se detiene a esperarlo y sigue su marcha. Y allí queda, ineficaz para la acción, en la orilla de la corriente, mirando como Narciso su bella imagen en el agua, que también prosigue su curso.

En la evolución que va experimentando, el individuo puede detenerse aún en otra etapa un grado más avanzado y ella es el pasaje de la adolescencia a la edad de la madurez. Se sabe como entonces, y gradualmente, en el espíritu del adolescente disminuye aquel subjetivismo excesivo que le caracterizaba y le reemplaza una atemperada vida objetiva como resultado de la influencia y acción de la realidad ambiental sobre el mundo ideal propio de la pubertad psíquica.

En virtud de factores de una educación incompleta, puede el ser quedar detenido en esa forma de evolución no totalmente diferenciada y correspondiente, pues, a una adolescencia excesivamente prolongada y hasta perenne en ciertos casos, conservando entonces aun en la edad adulta los caracteres que ya hemos visto propios de aquella edad anterior.

Inestables, animados de la fluctuación permanente de la pubertad fisiológica, poco constantes en los fines y objetos de sus esfuerzos y propósitos, su espíritu anhelante, constantemente inquieto, se mueve en un continuo mariposeo improductivo. Dotados en ocasiones de brillantes cualidades y fina sensibilidad, tocan a veces con gracia pero siempre sin profundidad los más variables temas. Si son investigadores, sus planes y objetivos, que surgen con entusiasmo súbitamente, cesan también de golpe y cambian de continuo. Muchas veces, la obtención real de lo que han reclamado con juvenil anhelo es para ellos la prueba de toque donde fracasan porque son incompletos en las facultades de atemperada medida, de tenacidad reflexiva y de equilibrado discernimiento, que son las cualidades propias de una madura diferenciación intelectual.

No tienen constancia — dicen de ellos las gentes —; y la Psicología precisa más: algunos sectores de su personalidad han quedado inmaduros. Y son esas

partes de su espíritu que no han madurado y se mantienen aún en la fase de la adolescencia las que le dan ese carácter oscilante, alternando entre los sentimientos más extremos, a veces mismo opuestos, y siempre con esa incompleta reflexión y excesiva fantasía propias de su inmadura diferenciación, al modo como si en su esqueleto algunas partes no se osificaran y permanecieran cartilaginosas.

Indecisos, oscilantes, llegados a la bifurcación de los caminos no osan tomar por uno de ellos. Recuerdan a su favor el proverbio francés: "Choisir c'est renoncer au reste". Pero llegado a la edad adulta, el varón debe elegir y le obliga a ello el deber de su edad. Es propio de la falta de madurez el temor de terminar con el venturoso estado de las posibilidades ilimitadas y su ejemplo recuerda a aquel personaje de "Los Maias", que retrata con mordacidad Eça de Queiroz, prolongando hasta avanzada edad su largo noviazgo por el temor de decidirse.

Aquí también este retardo en la evolución puede ser transitorio y el individuo finalmente madura, aunque en un plazo más prolongado que el habitual, o puede quedar como definitivo, concluido ya, en esta fase, su proceso evolutivo. Detenidos entonces, en esa etapa, no podrían repetir la frase de Alejandro cuando en su marcha sobre Atenas, exclama: "Cuando yo estaba en Iliria, Demóstenes me calificaba de niño; cuando llegué a Tesalia, de adolescente; quiero mostrarle al pie de las murallas de Atenas, que soy un hombre".

PLANES DE VIDA JUVENILES

Es frecuente que el joven, en el período de su adolescencia, se formule un sistema de normas para la futura orientación de su vida. En dicho sistema de principios severos regula todos los actos de su existencia desde el aprovechamiento de todos los minutos del día hasta su conducta en los grandes problemas del mundo y de la vida: su relación con los semejantes, su posición en materia filosófica, sus ideas referentes al amor, al dinero, la caridad, el bien colectivo. — Tales programas de acción, que componen mentalmente el joven entre los 16 y 18 años, brotan de las partes más puras y mejores de su espíritu y se inspiran en la belleza, la verdad y el bien. El joven cree en la justicia, en la bondad y en la pureza, que extiende a toda la humanidad, cuya felicidad desea y está seguro que logrará su objeto. La dicha humana, la regeneración de la humanidad, la extinción de los vicios y de las erróneas creencias, le parecen tarea extraordinariamente fácil, posible y en tal acción, que piensa comenzar de inmediato, le corresponde un papel de alta significación a causa y en premio de su fe, su valor y su magnitud.

Lo utópico e irrealizable de tales programas juveniles salta fácilmente a la vista, no obstante la convicción categórica con que son expuestos y que llega a veces a un comienzo de realización. Y es que esos planes, tan amplios como vagos, carecen naturalmente de una adecuación a la vida real; sus autores no conocen aún el mundo, en el cual todavía no han actuado, y dichos sistemas de reforma, por la ingenua creencia en su fácil realización, por la vastedad

de los asuntos a que se refieren y las soluciones felices a que suponen llegar, se acercan más a la categoría de los ensueños lúcidos de la edad juvenil que a verdaderos planes para la acción y la vida reales.



¿Qué razones llevan al joven a la formulación de tan amplios y bellos programas? La necesidad de una seguridad que al joven le falta, no obstante la arrogancia aparente de sus propósitos. En efecto, el mundo juvenil está hecho de valores cambiantes e inconcretos; la multiplicidad de posibilidades y actitudes hacen insegura y oscilante la realidad en que se mueve y ya hemos dicho del período de desconcierto e inestabilidad que es esa edad en la que el joven se halla como en una galería de espejos entre realidades e ilusiones que interfieren, se reflejan, se refractan y se confunden. No seguro el joven de sí mismo y falto todavía del conocimiento del mundo que le rodea, se traza ese sistema de normas rectilíneas que le dan esa firmeza que le falta y le salvan de caer en la angustia, la incertidumbre y el desaliento. Esto explica incluso que el joven, como método de defensa contra los excesos de su espíritu rebosante de impulsos y de fantasía, llegue a adoptar normas estoicas, siendo así que nada está tan lejos como el estoicismo del desbordamiento romántico y apasionado del joven. — De este modo, pues, el espíritu juvenil halla la seguridad que busca y que necesita, y de paso satisface mentalmente sus anhelos de triunfo, dado que dichos planes de reforma del mundo son siempre personales y en su realización el joven se reserva un puesto de primera categoría.

Es indudable que toda acción, máxime si sus impulsos son desbordantes y su objetivo mal definido, se ve facilitada por la formulación de un plan previo

que pone orden en los términos del problema, proporciona un método para su realización y sistematiza los esfuerzos tendientes a su solución. No es éste, sin embargo, el caso de los planes de vida juveniles; en primer término, porque su realización es impracticable dado su carácter enteramente teórico y su total ausencia de realismo, y también, y especialmente, porque no tardan dichos sistemas de vida en ser dejados por el mismo ser que con tanta arrogancia y aparente seguridad los formulaba con fuerte voz. Y es que los elementos de la vida, en la que está entrando el joven, desbordan los límites y contenidos de aquellos planes, que resultan artificiales e inadecuados, del mismo modo como la materia y las posibilidades de la vida desbordan a esas sentencias filosóficas con las que el joven a cierta edad termina todas sus frases y con cuya afirmación y sonoridad se procura, sin saberlo, una seguridad que realmente le falta.



León Tolstoy ha buceado en la zona de la adolescencia con certera y extraordinaria visión. En sus "Memorias" que son un valioso documento rico en agudas y penetrantes observaciones psicológicas, hace referencia a esos planes magníficos que se proyectan en la edad juvenil y del capítulo que titula "Fantasmagorías", tomamos los párrafos que van a continuación y en los que expone sus propósitos al cumplir 16 años de edad, propósitos que decidió aplicar a la vida en seguida, sin perder un segundo, con la intención firmísima de no modificar nunca ninguno de ellos.

"Pensaba: Hoy me confieso y me purifico de todos mis pecados. No los volveré a cometer — y pasaba revista a los pecados que más me apenaban —; iré regularmente todos los domingos a misa, y a la

vuelta me pasaré una hora leyendo el Evangelio; luego, del dinero que me den cuando yo haya ingresado en la Universidad, distribuiré dos rublos y medio a los pobres; pero no lo sabrá nadie. No repararé mis limosnas entre los mendigos, descubriré a los pobres que nadie socorre: un huérfano, una vieja... Tendré una habitación exclusivamente mía, que cuidaré yo mismo y donde reinará una limpieza extraordinaria. No exigiré nada a mi criado, puesto que es un hombre como yo; iré siempre a pie a la Universidad, — si me regalan un carruaje, lo venderé y el dinero será para los pobres —, y trataré de hacer todo cuanto sea necesario — me hubiera visto muy comprometido al tener que explicar lo que significaba aquel *todo*; pero sentía vivamente que en aquel *todo* se hallaba comprendido un método de vida activo, virtuoso e irreprochable. — Compilaré mis lecciones y me prepararé mucho más de lo necesario, de manera que resultaré el primero, y presentaré una tesis. Al llegar al segundo año habré agotado ya todo el programa; me pasarán al tercero, y a los diez y ocho años seré el primer candidato con dos medallas de oro. Después haré la Licenciatura, el Doctorado y llegaré a ser el mayor sabio de Rusia... y ¿por qué no de Europa?"

"Y ¿después? — Entonces me di cuenta de que volvía a caer en el pecado del orgullo, precisamente del que tenía que confesarme aquella misma tarde, y proseguí con mi primer tema:"

"Para prepararme iré a estudiar a la colina de los Pájaros, elegiré un buen sitio bajo un árbol, me sentaré; llevaré también algunos comestibles: queso, dulce u otra cosa cualquiera. Descansaré un poco y me pondré a leer un buen libro, o a dibujar algunos paisajes copiándolos de la realidad, o a tocar cualquier instrumento—tendré que aprender la flauta—. También *ella* irá a pasear a los Pájaros, se acercará

y me preguntará quien soy. Yo la miraré con tristeza — así, — y le diré que soy hijo de un sacerdote y que no me siento dichoso más que bajo aquel árbol, solo, absolutamente solo. Ella entonces me dará la mano, dirá algo y se sentará a mi lado. Nos habituaremos a vernos siempre en el mismo sitio; nos haremos amigos y la besaré... Pero no, no; eso no está bien; por el contrario, a contar desde hoy no volveré a mirar a mujer alguna; dentro de tres años estaré ya emancipado y me casaré. Haré mucha gimnasia y a los veinticinco años seré más fuerte que Rappo. El primer día sostendré con el brazo tendido un peso de quince libras; al día siguiente, diez y seis; al otro, diez y siete, y así hasta que llegue a sostener sesenta libras en cada mano."

"Cuando alguien se permita ofenderme o quitarme el tratamiento con poco respeto, lo cogeré como si nada fuese — así — por el chaleco y lo levantaré con una sola mano dos o tres pies del suelo, lo sostendré — de esta manera — un rato para demostrarle mi fuerza y luego no le haré nada... Pero no, tampoco está bien esto...; sí, lo está, puesto que no le haré daño alguno y sólo le demostraré mi fuerza..."

"En esa época que yo considero como el límite entre mi adolescencia y mi juventud, sólo tres sentimientos formaban la base de todos mis ensueños."

"En primer lugar, el amor por *ella*, la mujer de mi fantasía, que aguardaba encontrar a cada instante y para quien mis sueños adquirirían siempre la misma forma. *Ella* era unas veces Sonia, y otras Mascia, la mujer de Vasili, y también una dama que llevaba en torno al blanco cuello un collar de perlas y que solía ver en el teatro en un palco próximo al nuestro."

"El segundo sentimiento era el gran anhelo de verme amado; hubiera querido que me conociese y

me quisiera todo el mundo; me hubiera gustado poder gritar: "Soy Nicolás Irteneff", y ver a la gente, sorprendida por esta noticia, arremolinarse a mi alrededor, rodeándome, dándome gracias sabe Dios de qué..."

"El tercer sentimiento era la esperanza de alcanzar una dicha inaudita, una de esas dichas que enloquecen, y me hallaba tan cierto de que en breve, por virtud de un hada madrina, me convertiría en el hombre más rico y más célebre del Universo, que vivía en la inquieta espera del golpe de varita mágica. Creía que "aquello iba a ocurrir" de un momento a otro, y que poseería todo cuanto ser humano puede anhelar, y me hallaba siempre apresurado e inquieto ante el temor de que "aquello ocurriera" cuando yo no estuviese presente".

"Me parecía tan fácil, tan natural, tan sencillo, destruir el pasado, borrarlo todo y comenzar una vida nueva que ese mismo pasado no constituía para mí ni un peso ni un entorpecimiento. Hallaba cierto placer en detestarlo y me esforzaba en verlo más triste de lo que en realidad era."

"Cuanto más sombrío era el círculo de mis recuerdos, tanto más claro me resultaba el presente en aquel fondo negro y el porvenir se me aparecía luminoso."



Dispuesto a poner en práctica de inmediato las normas proyectadas, se propone dividir sus deberes en tres categorías: los deberes hacia sí mismo los deberes para el prójimo y los deberes para con Dios, y agruparlos bajo el título de "las reglas de la vida". En una hoja en la que desea escribir su plan de vida para el año próximo, pone dicho título con grandes caracteres, pero cuando a continuación debe expresar claramente el contenido y la forma de cada uno

de aquellos deberes ya no acierta a concretarlos y acaba por exclamar con tristeza: "¿Por qué todo será bello y ordenado en mi imaginación, mientras que en el papel se reproduce tan mal, como en general ocurre en mi vida, en cuanto quiero aplicar una idea cualquiera?...

El recuerdo de aquel vasto programa enunciado a su entrada en la juventud vuelve de tiempo en tiempo — como el aire vago de una melodía hace largo tiempo escuchada — a la memoria de León Tolstoy. Vivió larga vida y ni aun a su avanzada edad se vió privado del gran consuelo de su fantasía. Podría decirse que, no obstante sus largas barbas de abuelo, en su pecho siguió anidando al adolescente con la mayor parte de sus anhelos y ensueños. Por ello, cuando en su ancianidad recuerda aquellos planes magníficos de regenerar la humanidad, destruir los vicios y hacer dichosos a todos los hombres, todo lo cual parecía en aquella época fácil y realizable, se pregunta finalmente: "Esos nobles ensueños de la juventud, ¿eran realmente infantiles? ¿Quién es culpable de que no se hayan realizado? Sólo Dios lo sabe"...

J U V E N T U D

EL ESPÍRITU DE LA JUVENTUD

Observa Keyserling que los países jóvenes de las dos Américas no pueden comprender en absoluto los problemas europeos, puesto que éstos son resultados de un pasado que no existe para el Nuevo Mundo. Las dos Américas han unido sus voces al coro de la Historia en otro instante que Europa; tienen otro punto de inserción en el devenir universal y de ello resulta una melodía fundamentalmente distinta y un ritmo diferente, pues el peso específico de los mismos acontecimientos es distinto para el Nuevo Mundo que para el Antiguo.

Del mismo modo, toda vida joven tiene una melodía distinta y un ritmo diferente a la vida adulta. La natividad significa un hecho nuevo y singular. El solo hecho de que una vida comience más tarde, la coloca ya en condiciones distintas. Los padres, cuando intentan hacer seguir sus indicaciones a los hijos, olvidan que su punto de partida fué distinto y, sobre todo, que ellos mismos han cambiado profundamente desde sus años juveniles. Por mucho que duela a los padres, son los hijos quienes fisiológica y biológicamente, tienen razón cuando se resisten a seguir el camino que los mayores le marcan a nombre de su experiencia. Falta de este factor renovador propio de la juventud de hacer las cosas por sus propias manos y como por vez primera — que es en síntesis afán de verificación, experimentación y progreso — la humanidad no habría avanzado mucho más de lo logrado por su primera generación.

Las fuerzas nuevas de que está lleno el espíritu del joven, todo él tendido hacia el futuro, cargado como una levadura de elementos renovadores del medio, su firme deseo de ser tenido en cuenta y de ocupar pronto un sitio en el mundo, hacen que la juventud no tome en consideración el pasado y, en consecuencia, la historia, a la que no se siente ligado profundamente ni mucho menos subordinada a ella como una vida o un pueblo adultos.

Las coordenadas y abscisas que señalan la situación del joven en la vida son distintas a las del adulto. El mundo de éste se halla integrado por recuerdos, elementos y experiencias, que carecen muchos de ellos de significación para el joven. Recuerdo mi sorpresa cuando mi hijo, que tenía 9 años, me preguntó qué era una lámpara, pues no había visto ninguna. Piénsese cuán distintos significados y proyecciones que para nosotros tendrán los mismos hechos para los jóvenes de la época actual, cuyo mundo está libre de elementos que integran todavía el nuestro y formado en un instante en que la técnica, las conquistas científicas y los conceptos modernos integran con valores nuevos una realidad diferente a la que a nuestro turno conocimos.

En cuantos aspectos que no advertimos nos pareceremos a aquellos arquitectos que siguen construyendo duomos, columnas y cúpulas, no advirtiendo todas las posibilidades nuevas obtenidas con la intervención del cemento, y para quienes, sin duda serán revolucionarios aquéllos que sin tomar en cuenta los antiguos métodos correspondientes a otros materiales ya superados, emplean sólo los actuales sacando de éstos todo su partido.

Si se piensa que toda ciencia, aplicación e industria están llenas de elementos del pasado que se siguen empleando por inercia y porque la mente conservadora del hombre no ha advertido en qué

grado puede prescindir de ellos, compréndese cuán necesario y útil es el espíritu de los jóvenes en su oposición y crítica de lo existente. Y a tal punto se cumple de este modo una función renovadora de inapreciable importancia que no se advierte bien si aquel desligamiento de la historia que caracteriza a los jóvenes es una consecuencia de su vida nueva que tiene su estilo propio o es un factor biológico que como una fuerza natural está llamada a cumplir su función valiosa e irremplazable.

Vimos ya que las vivencias afectivas que llenan el pecho del joven son tan fuertes y plenas que hicieron decir a uno de ellos que estaba enamorado pero no sabía de quien. Del mismo modo, esa función renovadora y de oposición de la juventud es tan sincera y legítima que esta edad, en muchos casos, es revolucionaria sin saber contra qué ejercer su espíritu de rebeldía. Si se ha afirmado que es realmente la vida la que pasa a través de nosotros — y no nosotros por la vida, como habitualmente creemos — el espíritu de la juventud que pasa a través del hombre y lo ocupa durante un número determinado de años, cumpliría, además de otras funciones de considerable valor, una función de renovación de la cultura, imprescindible para el progreso humano y de la que serían sólo efectos secundarios aquellas características de oposición y de contradicción que hemos visto.



Es tan vasta esta función de renovación que se realiza a través y por medio del espíritu de la juventud, que parecería como que también aquello que no ha tenido lugar ni oportunidad de realización se valiera del entusiasmo cálido y nuevo de los jóvenes para exigir su turno en la realidad. Planes e ideas que han permanecido en esbozo, proyectos y concep-

ciones que no han tenido ejecución y que han quedado como en el taller de un escultor las formas inconclusas, intentan a través del fuerte anhelo de acción de los jóvenes su oportunidad de realización y reclaman su derecho a la existencia. Se realiza así como una revisión de valores, creados y no creados. El espíritu de rebeldía de la juventud y la apasionada fuerza de oposición al mundo que halla creado son favorables a su inclinación y entusiasmo por lo no existente y a que levante la bandera de lo no creado. Por esto, todos los nuevos movimientos, tanto sociales como artísticos, universitarios como literarios han reclutado entre los jóvenes sus más apasionados adeptos. Esta chance que la vida le da a lo no creado a través del espíritu juvenil es necesaria y útil, pues no siendo así no habrían salido a la luz, triunfantes y renovadores, numerosos conceptos, planes, tendencias, doctrinas, que la humanidad adulta habría olvidado o mismo que no habría tenido en cuenta.

Muy a menudo, las padres y también los consejos y autoridades, sin comprender la riqueza anímica que hay en esa apasionada fuerza de rebeldía de los jóvenes, la consideran como irreverentes desconsideraciones, hasta merecedoras de sanciones, no advirtiendo que en la evolución de las ideas tal espíritu de oposición desempeña una valiosa función, sin la cual la realidad existente quedaría fija y cristalizada de un modo definitivo. Para quien ha edificado en la orilla quizá le parezca rebeldía del mar el ascenso de la alta marea, que no obstante, a menudo, levanta barcos que, sin ella, quedarían definitivamente encallados. Y no de otro modo, y cumpliendo funciones de inapreciable valor, actúan el viento, las lluvias, que tanto molestan al habitante de las ciudades que protesta contra tales insustituibles factores de la vida animada, a los que llega hasta a llamar "inle-

mencias del tiempo". También, cuando no se le ha comprendido, se ha llamado espíritu revolucionario, insolencia, capricho, mala voluntad, ingratitud, "inclemencias de la edad", a la oposición y rebeldía de los jóvenes, que cumplen su valiosa función renovadora y que, por tanto, no deben ser coartados, pues son como esas varillas que en los laboratorios de química se llaman "agitadores" y que impiden, por el movimiento con que animan a una solución, que ésta, por el reposo y la quietud, se deposite en formas cristalizadas, fijas, inmodificables.



Por otra parte, tan fuerte y cargado de profundas vivencias es tal espíritu, que escasa eficacia tienen para apagarlo las restricciones y diques que a él puedan oponer padres y rectores. La ley biológica formulada por Hans Much y referente a que todo lo *menos* es compensado, no por la cantidad exactamente justa, sino por un múltiplo de dicha cantidad, de tal modo que generalmente las dificultades pueden ser propulsoras de desarrollo, se cumple también en la vida del hombre, a tal punto que en esa ley biológica general está comprendida toda la doctrina de Alfredo Adler referente a que la inferioridad innata de una función engendra, mediante una concentración en ella de la energía vital, no sólo una compensación sino, aun mismo, una supercompensación de la función menoscabada, en razón de "la voluntad de poder" contenida en la superestructura psíquica.

Mostrando la exactitud de esta ley puede verse cuan a menudo son factores de exuberantes reacciones, como las podas en arboricultura, las coerciones que intentaban impedir el surgimiento del espíritu juvenil. En nuestra América tocó iniciar el movimiento de reforma universitaria, ¡y con qué fuerte

brío y tan alta eficacia!, justamente a la juventud apretada dentro de los moldes rígidos de la Universidad más conservadora y reaccionaria del continente. Por ello, mantenemos nuestra esperanza sobre el futuro de esas juventudes que seducidas por la ilusión del rol histórico que se les dice que están desempeñando y embriagados sus sentidos con palabras, músicas marciales y proclamas, son deformadas por astutos e interesados jefes que las mantienen en engaño y defraudan sus verdaderos destinos.

No obstante la brutal y prolongada deformación, no puede estar muerta en esas juventudes su verdadero espíritu, fermento de nobles reacciones y de más altos futuros. Por aquel principio de la acción y la reacción, que es tan verdad que se cumple también en el mundo físico, aparecerá triunfante, una vez más, del tiempo, de los métodos hábiles y de los hombres astutos, el espíritu de la juventud, demostrando la sabiduría del viejo pensador hindú que comparaba los intentos de deformación de la vida animada a quien quisiera contener dentro de un cesto las raíces de un baobab: el poderoso árbol, en cuya savia late la vida y reclama sus derechos, que no se olvidan y desconocen en vano, acaba triunfante por hacer estallar las varillas del cesto, secas ataduras sin vida.

ASPECTOS DE LA JUVENTUD

Meditando el tema de estos capítulos hemos vuelto a leer nuestras páginas de la época estudiantil, escritas cuando estábamos próximos a los 20 años, y hallamos que las ideas y conceptos en ellas contenidas no son tan nuevos ni singulares como entonces creímos, dado que se les pueden señalar características comunes con las páginas de todos los jóvenes de esa edad en todas partes del mundo.

Existe en ellas una evidente tendencia a la generalización, el tono es habitualmente afirmativo y categórico, es excepcional hallar el empleo del modo condicional y son tan raras las dudas como frecuentes las afirmaciones. Radicales en los juicios, no agotábamos, no obstante, el análisis que debe precederlos. Anotamos como con prodigalidad, no siempre justificada, empleamos calificativos exagerados. Nuestra generación dispensó por lo menos a tres personas el título de maestros de la juventud y, después de quince años, creemos que uno sólo lo merece realmente. Creímos con firme convicción que el movimiento de reforma universitaria a que se adhirió nuestra generación estudiantil contenía todo lo mejor, lo nuevo y verdadero, y que su realización era imposterizable, creencia renovada que cada generación repite a su turno en la misma edad de la vida.

La disconformidad contra la vida que hallamos creada nos llevó a quebrar lanzas contra los hombres a los que supusimos los autores y única causa de las imperfecciones del mundo que encontrábamos. Nuestra admiración por ciertos filósofos y escritores —

Nietzsche y Schopenhauer, por ejemplo —, se debía más, ahora lo vemos, a las abundantes negaciones rotundas que a sus menos numerosas afirmaciones positivas. Al modo como entre los seres descontentos de la propia existencia vivida se hallan con frecuencia adversarios enconados del régimen social en que viven, y al cual por derivación atribuyen la causa de sus pesares, análogamente suponíamos que los adultos eran los verdaderos y únicos culpables de la vida organizada, no advirtiéndolo entonces todo lo que la vida, por ella misma, es de injusta, dura y enemiga, aun mismo del hombre con mejores intenciones.

Por otra parte, no sabíamos todavía cuán distante de la realidad se halla aquella noción del deber, simple y rígida, de que se habla en los libros escolares. Tocados por el encendido idealismo que es uno de los rasgos propios de la juventud, suponíamos que todo dolor era injusto, que existían siempre soluciones perfectas, que el bien es perceptible con facilidad, y que para el hombre era tarea fácil distinguir tanto lo bueno de lo malo, como lo justo de lo injusto. No sabíamos de la existencia de zonas intermedias y quizá sea la característica más general de las producciones juveniles esa exclusión de lo intermedio, que es precisamente lo más general. Radicales, extremos, exagerados, no atemperados por un juicio crítico que sería prematuro exigir antes de la madurez, se observa en los escritos de los jóvenes que contienen verdad, pero no toda la verdad, y su lectura hiere un poco al discernimiento justo, al modo como también hiere a los órganos perceptivos del gusto el sabor no sazonado de las frutas verdes, en las cuales, no obstante, están acumuladas en potencia tan altas virtudes y un promisor futuro que no tardará en triunfar, lozano y maravillosamente, en la plenitud de su mágica madurez.

El radicalismo extremo, que es uno de los caracteres del pensamiento de los jóvenes, tiene varias causas, unas visibles, otras más profundas. La natural ausencia a esa edad de un juicio crítico, sereno, exacto, que sería irreal exigir entonces, deja libre el camino a la expansión desbordante de los sentimientos, a la exaltación de la imaginación, y entonces, como lógica consecuencia de un análisis crítico que no se ejerce certeramente, aparecen esas características juveniles: la simplificación extremada del problema, por no tomar en cuenta todos sus términos, la seguridad excesiva en las afirmaciones, por no conocer aún la frecuencia de los casos intermedios o de excepción, el plano de lo absoluto en que se mueve siempre su pensamiento, carente todavía de los elementos de juicio y de experiencia que le irán dando una mayor comprensión y una adaptación cada vez más justa a las circunstancias particulares. Su tendencia a abarcar los más grandes problemas con conceptos afirmativos, absolutos y generalmente utópicos, la coloca habitualmente fuera del problema y su actitud es generalmente teórica como lo sería quien llegara a la expresión de la conclusión del silogismo sin tomar en cuenta todas sus premisas.

Tan abundante es su edad en incógnitas y problemas, que se mueve el joven sin fijeza y sin terreno firme donde apoyarse, en un mundo cambiante y sin formas que es su grandeza y su dolor a un tiempo mismo. Qué extraño es, pues, que entonces para no perder el equilibrio se tome con apretado brío de puntos fijos, teorías, doctrinas, maestros. De este modo, no es raro que en los actos del joven intervenga el deseo no consciente de seguir a un modelo o un ídolo, que es generalmente una personalidad que se admira, un profesor o un compañero más adelantado.

Del mismo modo, todos recordaremos cómo en las clases de filosofía, literatura, instrucción cívica, hicimos nuestra, por las mismas razones, la causa de un autor, escritor o economista, que generalmente no estaba entre los que el texto o los críticos indicaban como el superior, y, quitando significación a los restantes, exagerábamos su valor con cálido entusiasmo. Tales exageraciones y exclusiones son a menudo conscientes y se es llevado a ellas por cierto grado de venturosa irresponsabilidad que no exige fundamentos profundos para tales elecciones y que no excluye, por otra parte, la posibilidad de cambios y oscilaciones, por las que a nadie se le ha ocurrido nunca hacer reproches a esa feliz edad.

Viviendo en un mundo de planos no fijos, tiene el joven necesidad de afirmaciones y su dogmatismo exaltado no es, podría creerse a primera vista, la exteriorización de una seguridad firme sino, por el contrario, su mecanismo psicológico es del mismo orden que ese exagerado aspecto de firmeza con que algunas personas ocultan la falta de seguridad en ellas mismas. Por otra parte, aquellos cálidos apasionamientos por un modelo, un autor o una teoría, pasan pronto como si en la intensidad se hubiera agotado toda su energía y es la existencia de estos cambios y modificaciones lo que distingue este dogmatismo juvenil del dogmatismo correspondiente a la cristalización adulta del cual no se cambia más.

Tumultuoso mar de tendencias, impulsos y oscilaciones es el mundo del joven, que es llevado y movido por las olas en su flujo y reflujo constante sin alcanzar la orilla. ¿Qué extraño es, entonces, que en ese caos que lo levanta y lo deja caer, deba tomarse con vigor y para su seguridad de esos puntos de apoyo que va cambiando uno por otro a medida que se aproxima a tierra firme?

Si referente al espíritu del joven a seguir lo nuevo y quebrar lanzas siempre por las innovaciones y reformas ha podido decirse que no siempre es nuevo lo que la juventud toma como tal — lo que no cambia los términos de la afirmación anterior porque en todos los casos existe la misma creencia en lo nuevo, — en cambio nunca nadie ha podido negar el desinterés y la nobleza que existe en las actitudes juveniles. Además de elevados y generosos móviles, aquella misma falta de inserción justa en la realidad, contribuye a que se halle ausente del espíritu juvenil todo cálculo utilitario y el interés de fines personales, y, a tal punto ello se cumple, que podría afirmarse que cuando una vida joven se caracterizó por un hábil y precoz aprovechamiento de sus posibilidades ha sido porque pasó rápidamente por aquella etapa y maduró prematuramente.

Esta ausencia de fines personales y su permanente inclinación por las causas nobles es tan propia de la juventud que en ninguna otra edad el hombre actúa con mayor desinterés y más total olvido de su utilidad personal. Tal virtud hace de las agrupaciones juveniles resonadores sensibles para las causas más ideales y elevadas. No sabemos de ningún caso en que la juventud haya callado por interés su valiente grito, haya enmudecido por prudencia, haya enajenado su presente lírico y rebelde a las conveniencias de un futuro más ventajoso, ni haya dejado de tener frente a la injusticia, al desborde de la autoridad y al dolor, a las persecuciones y a las explotaciones de individuos, de razas o de naciones, esas nobles actitudes tan espontáneas y rápidas que son a su psicología lo que un acto reflejo es a la fisiología humana.

Es tan sensible la perceptibilidad de los jóvenes por las causas desinteresadas, que consideramos que un adulto puede orientarse por ella para discernir

frente a varias soluciones cual es la más noble y generosa. Aun en los casos en que es exaltado y extremadamente exagerado, el espíritu de la juventud cumple su función, pues no es menos exagerado el conservadorismo de las generaciones adultas ya fijas y cristalizadas.

Imprevisor e imprudente, sin cálculos ni fines utilitarios, bohemio, generoso derrochador de sus energías como de su bolso, para cuya administración no existe el día siguiente, sin experiencia ni habilidad para obtener de su propia riqueza un amplio rendimiento, el hijo pródigo fué, sin duda, el único verdaderamente joven entre todos los hijos y es el digno representante de este ejemplar lírico de la juventud que hemos bosquejado.

L A S D O S E D A D E S

Rebosante su espíritu de energías exuberantes, llega el joven a su entrada a la vida colectiva pensando hallar una función digna para la importancia de sus propósitos y para la aplicación de esa superabundancia de fuerzas que siente bullir en sí mismo, y encuentra que la sociedad, ya hecha y organizada, no lo tiene en cuenta ni considera necesaria su cooperación. No han de caer los brazos del obrero desocupado al hallar las palabras: no hay trabajo, en la entrada de la fábrica, con mayor decepción y protesta que los que hallan eco en el espíritu del joven frente a esa indiferencia, que llega hasta lo despectivo, de la sociedad adulta ante la jubilosa oferta de su concurso, que no es solicitado ni atendido.

Soñar con un rol histórico en el que se pone toda su alma y encontrar que en el reparto de funciones no se es tenido en cuenta, creer que el mundo le estaba esperando para cumplir su obra a su hora y hallar que nadie le aguarda en parte alguna, llegar con las alforjas y la mente rebosantes de propósitos vastos, de planes extraordinarios, de proyectos magnos, y encontrar que la sociedad utilitaria no le da sitio en sus filas y tiene ya todos sus puestos ocupados por personas comunes, sensatas, sin fantasía, a las que no considera superiores: tales son algunos de los aspectos de la tragedia del joven que con menos fortuna que el navegante histórico no halla en corte alguna quien venda sus joyas para procurarle las embarcaciones que necesita en su empresa de revelar el nuevo mundo de cuya existencia no duda.

La sociedad adulta, que el joven acaba por con-

siderar sin alma, apaga su entusiasmo, enfría sus aspiraciones y por todas partes lo organizado ya consolidado opone la inercia de sus formas fijas a los propósitos e intenciones del recién llegado. ¿Dónde están aquellas comunidades, de cuya existencia no se dudaba, prontas para el triunfo del bien y donde hallarían auditorio y prosélitos aquellos vastos planes de progreso y de justicia social? ¿Dónde están los hombres prestos a la inmediata acción, y sensibles a la resonancia del verbo nuevo? A cambio de ello, encuentra el joven una generación adulta, prudente, llena de retaceos, que dosifica su entusiasmo condicionado, que sólo se agrupa en asociaciones con fines limitados y generalmente utilitarios, tan distantes de aquellos propósitos siempre tan vastos que el propio joven no llega a precisar sus límites. Y es así que sólo con jóvenes de su edad puede asociarse para iniciar campañas tan justas — y que le sorprende que no hallen más adeptos — como la defensa del indio en el continente, la agrupación de todos los idealistas o de los jóvenes de todos los países, la fundación de una verdadera entidad de lucha, como aun no ha existido otra y la aparición de una revista literaria o de combate — Renovación, Vida Nueva, Germinal, Ariete — enteramente libre y no sujeta, como todas las ya existentes, a un directorio de adultos o a una administración con fines comerciales.



¿Halla, acaso, mayor resonancia el joven que persigue tales propósitos cuando, buscando eco para sus aspiraciones tan idealistas, se dirige a intelectuales ilustres que han triunfado después de sus luchas, a su hora, y cuyas obras de juventud son precisamente el verbo que sigue excitando a los espíritus jóvenes?

Cuando el joven Holderlin, cuyo espíritu lírico se quemaba en la llama de su propio fuego alcyoniano, llega hasta la corte de Weimar para tener su ansiada entrevista con Goethe, éste era ya consejero de la corte y tendría, sin duda, ese aspecto de olímpica frialdad con que lo representa su estatua que se halla en Viena, junto a los palacios monumentales del Imperio Austríaco. Su firme perfil de águila de poderoso vuelo; bajo la alta frente, su mirada serena con que parece observar al universo, y aquel su aire distante de orgullo, indiferencia y esa glacial superioridad que lo ponen a tono con los palacios aristocráticos que rodean al monumento.

En una crisis de vacilación espiritual, buscando la exaltación de sus entusiasmos y la confirmación de su credo artístico, quiere ir Holderlin a beber en las propias fuentes creadoras y recitando aquellos versos de la juventud goethiana, que son para él ejemplos de lírica grandeza, llega, tumultuoso y candente, hasta el magno poeta. Goethe es entonces consejero de la corte y ha perdido gran parte del fuego de su fuerte inspiración artística; ésta ya no constituye su preocupación central y se halla ocupado ahora en frías teorías científicas sobre la formación de los huesos del cráneo y el origen de las hojas de las plantas.

Goethe, que ha sido uno de los espíritus más diferenciados que ha tenido la humanidad, y que para cada edad de su existencia tuvo la plena y justa floración, pasando a su hora fuertemente por cada una de las etapas evolutivas, había pasado ya naturalmente la época en que volcó sus anhelos en aquellas poesías que encantaban a Holderlin, quien llegaba suponiendo que el tiempo, que no había modificado sus libros, había dejado de transcurrir también para el autor.

De allí, que fuera natural la actitud de cada uno

y que, por ello mismo, no se entendieran. Holderlin, en busca de exaltación lírica, llegaba hasta el poeta que en ella lo había iniciado y encontraba la atemperada moderación. Creía encontrar el candente fuego que cargó la pistola de Werther y escucha consejos de prudencia y serenidad. En su lucha dolorosa contra la dura vida enemiga, a la que odia con todas las fuerzas de su espíritu irreal, viene a pedir ayuda a quien con sus proclamas lo impulsó a la lucha, y oye ahora indicaciones de hacer con la vida una transacción pacífica. Su sangre late en sus arterias jóvenes y sólo necesita un lema, una bandera, una causa para ofrecer su vida, como Byron por la independencia griega, y escucha del consejero de la corte de Weimar, lecciones de tranquila moderación. Y, pensando al fin, que él está más cerca del Goethe juvenil que lo que está el frío naturalista, se aleja Holderlin de Weimar, llevando en su alma el gran desencanto que hallan generalmente los jóvenes que arden en la llama nueva de su edad, cuando se aproximan a aquellos espíritus que a su turno hicieron los himnos y poesías que ahora tiene en sus labios la juventud y ante los cuales se sienten desilusionados porque no hallan la misma imprevisora y lírica locura, el desordenado e incontinido impulso, la irreverente valentía y aquel ardor sin prudencias que fueran, a su hora, las características de su juventud vivida.



Nada del espíritu juvenil, ni su entusiástico anhelo, ni su actividad infatigable, puede reemplazar al valor de la experiencia vivida, y en ello tienen razón los adultos. Pero jamás un joven dejó de realizar un acto porque la experiencia ajena lo disuadiese, puesto que el joven, por aquel fenómeno psicológico de que toda situación es vivida en él como

un hecho singular sin precedentes, no halla aplicables a su caso los consejos que escucha de los mayores. Y también tiene razón, porque toda vida por el hecho de comenzar más tarde se halla frente a situaciones nuevas. De allí, que desde que la tierra es habitada por el hombre, las dos edades se contemplan sin llegar a comprenderse: la edad madura, unas veces con poco agrado y, en ocasiones, con benevolente ironía, mirando la imprevisión de los jóvenes, su radicalismo extremado, sus entusiasmos cambiantes, sus afirmaciones y negaciones rotundas, exageradas, superlativas; y, por su parte, la juventud mirando a la edad madura con ánimo exigente y con vivo reproche, pues supone que si el mundo no ha llegado todavía a soluciones perfectas y definitivas, es por culpa de la debilidad y falta de valor de los adultos y juzga a esta edad con juicios categóricos y absolutos, a los que que llega rápida, pero a menudo injustamente, y en los que se cumple, como para la excitabilidad fisiológica del corazón, la misma ley "del todo o nada".

Del mismo modo, como, fisiológicamente, la edad adulta se diferencia de la edad juvenil por un conjunto de circunstancias precisas (término del proceso de osificación, plenitud de funciones endócrinas, equilibrio entre el catabolismo y el anabolismo, etc.), igualmente existen diferencias psicológicas que señalan en ambas edades distintas características y consideramos que, entre ellas, es el grado en que la realidad es tenida en cuenta la que marca la diferencia más destacada.

Vimos como en el desbordamiento idealista de sus impulsos y la exaltación entusiástica de sus reacciones anímicas, la juventud no tiene en cuenta la realidad, cuyo concepto y noción le falta, además, por inexperiencia, y, a causa de ello, es teórica, absoluta y abstracta en su exaltada lucha por un ideal generalmente inaccesible. La edad adulta logra, por la experiencia vivida y también por una disminución de aquella lírica exaltación, llegar a tener de la realidad una noción justa, conoce su valor y sus límites, la tiene en cuenta en sus propósitos y sabe que debe conciliar con ella sus planes e intenciones. Las restantes diferencias psicológicas entre estas dos edades son, a nuestro juicio, sólo consecuencias de esta mayor intervención de la noción de la realidad en la vida del adulto, que le da más firmeza y mayor eficacia, pues le proporciona para sus propósitos puntos de apoyo más fuertes, del mismo modo como aumentan sus fuerzas físicas por el total acabamiento de su osificación que le proporciona un esqueleto más firme y duro.

Simplificando, pues, diríamos que el joven es más idealista y el adulto más realista, pero para hacer tal diferencia debemos separar de nuestras consideraciones generales, que se refieren naturalmente a las edades típicas, dos categorías de personas que ocuparían zonas no totalmente diferenciadas:

A una de ellas, pertenecerían esos jóvenes que aun desde la adolescencia presentan un sentido tan justo de la realidad y tan acertada orientación en sus actitudes desde el punto de vista real, y a menudo utilitario, que hacen excepción a la juventud lírica que hemos descrito y hay que aceptar que en ellos la edad adulta se inició precozmente, tal como si las partes cartilaginosas de su esqueleto se hubieran osificado antes del término normal.

El otro grupo que haría excepción a las características generales que hemos señalado, está formado por aquellos adultos que, no obstante haber pasado el término de la juventud, siguen teniendo en su espíritu las mismas cualidades que esa venturosa edad, su falta de madurez, y, en especial, aquel mismo idealismo utópico y desinsertado de la realidad y permanecen viviendo en aquel mismo plano juvenil de lo absoluto, exagerado, extremo y radical, tal como si su osificación total no se produjera ya o sufriera un sensible retraso.



Son tan netos los cambios psicológicos que sobre sus propósitos juveniles sobrevienen en una persona que ya ha cumplido los treinta años que consideramos que un adulto de más de esa edad, si se halla bien diferenciado y tiene una conformación anímica correspondiente a su edad física, no puede sentir ya totalmente como suyos los propósitos y exigencias de la juventud, con la que no podrá ya estar

en total acuerdo y con la que habrá tenido ya, si es hombre de lucha o de pensamiento, puntos de desacuerdo y separación. Cuando, no obstante el paso a la edad adulta, prosigue el total acuerdo con la juventud, ha de pensarse que la persona permanece en aquella venturosa edad o que, si se trata de un adulto bien diferenciado, existen razones segundas que deben ser analizadas. En efecto, el espíritu generoso y entusiasta de la juventud, sus nobles reacciones siempre elevadas y desinteresadas, su idealismo que no conoce aún la realidad ni tampoco al mundo adulto, puede ser utilizado por hábiles directores en busca para sus causas personales de aquella rica energía exaltada y del prestigio de desinterés y nobleza que da, como un sello, la juventud a todas las causas en que se embandera. De este modo, la fácil sugestibilidad y el rápido entusiasmo de los jóvenes por las palabras retumbantes y los programas sonoros que no analiza, son mecanismos de motivación que pueden ser utilizados por adultos, con conocimiento fríamente realista del hombre, para insertarlos en un sistema de fines de una política maquiavélica.

Creemos, pues, que no es natural que una persona en la vida adulta siga manteniendo las mismas características de su edad juvenil. Comprendemos bien que un adulto puede ser sensible defensor de los ideales juveniles, pero consideramos que ya no puede ser su permanente intérprete. Desconfiaríamos de un rector, un maestro o un filósofo, a quienes no se le pueda señalar un desacuerdo con los jóvenes y son éstos los que deben cuidarse de la adhesión incondicional de aquellos adultos que se erigen en sus embanderados permanentes.

Por otra parte, para la eficacia de la función social que, cualquiera que sea su esfera, debe tener todo ser adulto, va a trabarlo su persistencia en el estilo

juvenil. Este significa ausencia de toda forma fija, venturoso olvido de fines concretos, apartamiento de las soluciones prácticas y la exigencia de aquel mundo inmaterial, abstracto, que no es de esta tierra. Comprendese como ha de quedar en el camino, sin poder llegar a término, aquella persona que intente el triunfo de sus proyectos, planes de educación, organizaciones nuevas, instituciones y otros propósitos de progreso y de reforma, con aquel espíritu juvenil al que falta la noción de la realidad y del ambiente en que se mueven, luchan, caen y triunfan los hombres en su función, que es su deber, de moldear y mejorar la realidad social que encuentran.



Uno de los errores que se cometen con mayor frecuencia es considerar como sinónimo de juvenil todo lo fuerte, lo dinámico y vivamente animado. Como a un adulto le agrada que se le diga que a pesar de los años se mantiene joven, del mismo modo, aun en la esfera intelectual y espiritual, considera un elogio escuchar que se le atribuye una fuerza juvenil, una energía, un espíritu y un ánimo de lucha propios de la juventud.

Así, entre los elogios publicados ante la desaparición de un ilustre político argentino, fuerte luchador de fibra, muerto a la edad de 70 años, leemos en la prensa lo siguiente: "Su prédica y su acción fueron hasta el último instante la expresión permanente de los auténticos ideales de la juventud". Con esta frase, que, literalmente, expresaría que la persona elogiada, mismo en la total madurez de su vida mantuvo su conformación psicológica juvenil, el cronista ha querido en realidad significar lo mismo que en otro diario se expresa con más propiedad: "La juventud de hoy respetaba en el hombre público des-

parecido la rectitud de su acción y la profunda sinceridad que animaba sus procederess". — En análogo error se incurre en esta frase de un discurso de homenaje a un ilustre médico que vivió 74 años: "Hablar de la juventud del Maestro sería hablar de toda la vida, pues permaneció joven hasta el último día de su ejemplar existencia".



Pero es que todavía hay otro error más grande en la aplicación y extensión impropias que se hacen habitualmente, al hablar y al escribir, de las expresiones fuerza juvenil, espíritu juvenil de lucha y dinamismo, y otras equivalentes y es porque creemos que en la edad madura el hombre es más fuerte que en la edad juvenil.

En efecto, ya hemos visto como son características del espíritu del joven la simplificación, lo utópico, lo abstracto y su falta de fijeza, que llega en algunos casos hasta la inestabilidad espiritual. Es frecuente ver como un joven pasa con facilidad de uno a otro extremo y carece todavía de firmeza y profundidad en muchas de sus afirmaciones y creencias. ¿No es todo esto, justamente, lo contrario de la fuerza? — Además, la simplificación que hace en los problemas y el exclusivismo con que procede, le facilitan al joven la adopción de actitudes extremas, las que el adulto llega con menos facilidad, porque tiene en cuenta elementos más complejos y múltiples. Por ello, actos que son fáciles y corrientes para los jóvenes, pueden llegar a ser mismo heroicos para un adulto. Ejemplificado por una persona en la edad adulta, y es una acertada razón que ha podido decirse que aún el sacrificio de la vida, más heroico que en el joven, se lo hace en un estado de cierta embriaguez lírica y siempre con ilusiones en la causa por la que rea-

liza el magno sacrificio, es más heroico aún en la edad adulta, por que con menos pasión se han tenido en cuenta más elementos y factores y porque se hace con menos ilusiones y esperanzas en la causa, con más serena lucidez y, por todo ello, traduce el mismo acto mayor fuerza.

Por tales razones es justamente exacta la sentencia del filósofo: "sólo es verdaderamente héroe quien es capaz de repetir su hazaña". Porque en la primera vez al entusiasmo del novicio se agrega el desconocimiento de las dificultades y obstáculos y la ignorancia de lo efímero y transitorio, generalmente, del resultado final del esfuerzo. En cambio, cuando se realiza por segunda vez la misma obra, ya esta vez sin aquel primer fresco entusiasmo y con el conocimiento, ahora, de su eficacia y permanencia condicionada a la voluntad del tiempo y a la versatilidad de los hombres, el espíritu debe emplearse más a fondo y se requiere más tenacidad, mayor firmeza y más profunda voluntad.

Además, el desánimo y la impaciencia hacen con frecuencia oscilantes los propósitos del joven. No conociendo aún la lentitud del ritmo social, es consumido por la impaciencia. No sabiendo todavía que es utópico esperar la total realización de una idea y que no existen, como cree, soluciones perfectas, totales y definitivas, baja las armas frente a contrastes inevitables y que no ha sabido prever. A la escasa tenacidad que traduce a menudo el venturoso desplazamiento de sus propósitos, como el niño en la parábola de la copa y la arena, se agrega la falta de un pasado vivido que le da una irresponsabilidad feliz y una libertad sin límites que facilitan aquellos desplazamientos, librándose así con frecuencia del dolor, pero en detrimento de la tenacidad y de la persistencia en sus acciones. Distinta es, en cambio, la situación del hombre maduro, que tiene una vida

ya más determinada, menos libre, puesto que los años vividos le han creado un reducto que ha de llevar consigo, como el caracol su casa, y no puede abandonar en su lucha y, no obstante todo ello, su fortaleza es tal que llega menos frecuentemente que el joven a ser presa de aquel desánimo y pérdida de la tenacidad.

Y, finalmente, si empleando el mismo criterio que en las aplicaciones industriales de la mecánica, donde se juzga de la fuerza y eficacia de una máquina por su rendimiento de trabajo, se toma en cuenta para apreciar el espíritu de lucha y el dinamismo anímico de ambas edades el criterio de su eficacia social, se destaca aún más el error que se comete cuando se le atribuye a la edad juvenil más fuerza, más animado espíritu y mayor dinamismo que a la edad madura y con expresiones como sentirse joven, mantenerse joven, rejuvenecerse y otras semejantes, se adjudica a la juventud, en un injusto grado aún en la lozana madurez, equilibrada culminación y completa floración de la vida individual en su plenitud.

P L E N I T U D

Desde la diferenciación intelectual de un hombre común hasta el grado de evolución psíquica de un Aristóteles, Leonardo da Vinci o Goethe, caben tantos grados de diferenciación evolutiva que ello da a la edad adulta una mayor diversificación y hace difícil caracterizar a esta edad por rasgos y cualidades tan uniformes como puede hacerse para la infancia, la adolescencia y la juventud. Y es que, teóricamente, el grado de progreso evolutivo y de diferenciación más avanzada no tienen límite, como no lo tiene el grado de desarrollo muscular a que puede llegar un atleta.

La más racional de todas las distinciones que podrían hacerse en la edad adulta, sería aquella que tuviera en cuenta el punto hasta donde ha evolucionado, y se ha detenido entonces su evolución, para cada adulto; pero significaría esto una cantidad tan numerosa de diversos grados y términos, que haría casi imposible la aplicación de tal criterio de diferenciación. Y desde luego, no teniendo término fijo dicha diferenciación evolutiva, correspondería no emplear la denominación de edad madura, puesto que la madurez o sazón significa, como en el fruto, una etapa culminante que es seguida fatalmente por el desecamiento o la descomposición, en tanto que la edad adulta es susceptible siempre de una diferenciación mayor y más evolucionada aún.

Esta evolución del hombre, cualquiera que sea la edad de su vida adulta en que se encuentre, se hace a veces de un modo que sorprende, cuando ya no se esperaban cambios en su psicología que se suponía

consolidada y fija, y así es que Vaz Ferreira, siempre acertado y profundo, al referirse también a esta posibilidad de superación y mejoramiento en la edad adulta, afirma: "Hasta a hombres que fueron egoístas y estériles en su juventud, hasta a esos ¡cuántas veces! los he visto dar después lo inesperado en abnegación y sacrificio".

Tan necesaria es para la acción en la vida la posibilidad de mutación y de evolución que puede afirmarse que lo propio de todo ser animado es la ausencia de formas fijas, definitivas, inmodificables. Se ha querido ver en esta plasticidad y ausencia de fijeza un carácter propio del estilo de vida juvenil, pero también aquí se ha incurrido, por restricción, en un error, dado que todo lo animado se caracteriza por esa ausencia de fijeza y también en el adulto bien diferenciado existen posibilidades permanentes de evolución. — Saint Saens, ya octogenario, es sensible, aun después de haber cumplido su larga labor clásica, a innovaciones y modificaciones que revelan en sus últimas composiciones musicales su receptibilidad a los nuevos métodos de Debussy, Faure y Ravel, y constituye un ejemplo de la plasticidad permanente que existe en los espíritus bien diferenciados, que no pierden a edad alguna esa posibilidad de formas nuevas. Abundan en la historia del arte y de la ciencia los ejemplos de temperamentos creadores durante toda su vida, al punto que podría señalarse como signo de la alta calidad intelectual la conservación permanente de dicha plasticidad. Nuestro Batlle es también un ejemplo de bien cumplida diferenciación, puesto que su rica mentalidad de estadista superior estuvo siempre abierta, hasta su último día, a reformas, innovaciones, proyectos e iniciativas nuevos, que traducían una permanente elaboración mental, plástica, viva y fuertemente animada.

Existiendo en todas las edades esa posibilidad de formas nuevas, cada edad, sin embargo, tiene su propio estilo de vida, lo que constituye sus deberes y atributos y que no es otra cosa que la resultante psicológica de la conformación anímica que cada edad posee.

Como lo hemos repetido en el curso del libro que termina con este capítulo, a la juventud le corresponde la lucha por un ideal superior, lejano, inaccesible, que no debe tener muy en cuenta la realidad existente. Es recién a la edad adulta que le corresponde conciliar con el mundo real aquellos propósitos y anhelos idealistas. Pero la edad adulta, reflexiva, atemperada, medida en su tarea de conciliación del mundo ideal con la realidad, no debe jamás renunciar a mejorar la realidad que encuentra. La resignación es el primero y fundamental síntoma de la vejez. Cuando bajando las armas, rendido el espíritu, vencido, pese a las razones intelectualizadas con que envuelve su derrota, se retira el hombre de su puesto de lucha, renunciando a la acción de mejorar la realidad, es que la vejez ha hecho ya su frío nido en su pecho y en éste, como en una campana rota, no hallan resonancias los antiguos y entusiásticos sonos.

El camino que en su evolución recorre el progreso humano es la línea resultante entre dos fuerzas: por una parte, el idealismo ascendente y exaltado de la juventud, y, por otra, la inercia de la realidad y su resistencia a ser modificada. Como de un paralelogramo de fuerzas, la resultante es la conciliación entre aquel idealismo elevado y esta realidad quieta, y es la edad adulta justamente la que realiza esa conciliación entre esas dos fuerzas. En consecuencia, contra lo que se cree generalmente, lejos de ser la edad adulta una edad de fijeza y sedimentación, lo es realmente de acción y modificación. No tranquila se-

dimentación, sino viva combinación. No manso depósito, sino animada reacción anímica. Y el progreso, el perfeccionamiento y una mejor realidad individual y social, son la resultante elaborada en la obra de síntesis que realiza la generación adulta.



En la realización de esta obra, en la que cumple su deber la edad adulta, tan inertes como los espíritus resignados y la vejez espiritual, son aquellos seres adultos en los que rápidamente se ha extinguido el proceso de diferenciación evolutiva y han quedado fijos e inmodificables, como detenidos en "panne" para siempre en una fase de su cinemática intelectual o congelados en el curso del camino que recorrerían, perdida toda aptitud de formas nuevas. Seres sin incógnitas ni dudas, sin problemas ni cavilaciones, impermeables y endurecidos, faltos de la capacidad de modificarse porque ya no son receptivos a las influencias externas, categóricos siempre y tan firmes y estabilizados en un estado, que es su presente y ya todo su futuro al mismo tiempo, y en el que se han fijado como en su dura forma geométrica el cristal mineral, término y muerte de toda vida plástica y animada.

La propia vida, siempre rica en sabios ejemplos expresivos, elige para su actividad la sustancia maleable y plástica. En efecto, el conjunto de funciones que forman la actividad vital es el resultado de modificaciones que experimenta en los seres vivos las sustancias orgánicas que constituyen la materia viva, especialmente las sustancias proteicas, en las que su propio nombre, derivado de Proteo, dios mitológico, numen del mar, dotado de la facultad de transformarse en formas cambiantes y diversas, alude con exactitud a esa capacidad

de permanente mutación que las hace aptas para la vida, la que requiere maleabilidad incesante y no perdida capacidad de toda forma ulterior.

La vida es movimiento y plástica posibilidad de formas nuevas. La lucha, el pensamiento innovador, los propósitos de progreso y mejoramiento, son reacciones vitales. Cuando un ser se fija, es que ya no le ocupa el espíritu de vida que ha pasado por él. El desplazamiento que sufre todo lo fijado, no es tanto por el hecho de su fijeza, como opina Keyserling, sino por su falta de vida de la que es un síntoma dicha fijeza e inmovilidad.

Corpora non agunt nisi soluta, las sustancias sólo reaccionan cuando se disuelven, decían los sabios químicos antiguos. Del mismo modo, en la delicada alquimia del espíritu, sólo la capacidad de incorporarse a la realidad ambiente, de reaccionar sobre el medio y ser sensible a sus modificaciones, hace posible la acción individual y social. Las mentes rígidas, impermeables, cristalizadas, carecen de eficacia para esa acción, faltas de esa capacidad de disolución, que es realmente la doble y recíproca acción entre el sujeto y el medio que le rodea y que ya los químicos antiguos exigían como condición fundamental para la posibilidad de toda actividad.



Con más inquietudes y mayores problemas, el adulto diferenciado no se retira nunca de la lucha, como lo hacen a menudo los seres fijados y rígidos, y cumple su obra pese a las dificultades, a las contingencias y adversidades que acompañan a toda acción social. Sin tan vastas ilusiones y esperanzas como el joven, no cae el adulto en el desánimo ni en la desesperanza. Sabiendo que no es de esta tierra el reino de lo absoluto, lo perfecto ni lo definitivo.

no le arredra ni detiene su brazo en la acción el conocimiento del mundo imperfecto que encuentra. Sabiendo lo transitorio de la gloria como de la derrota, no toma a una ni a otra como término y final de su vida. Conociendo que en el corazón humano no existe siempre buena levadura, no le sorprende el odio ni la maldad de los hombres ni le embriagan sus halagos y aplausos. La paciente espera, la tenacidad imperturbable, el pensamiento lúcido son cualidades de temple que no abandonan a su espíritu, el cual se ha hecho fuerte por el dolor y la lucha como aquellos barcos del cuento de Kipling que sólo tenían un alma después que habían vencido a una tempestad.

La expresión "hombría" reconoce y consagra al ser adulto fuerte, bien diferenciado, templado, cumpliendo su función sin ostentación, y a veces heroicamente, con confianza en sí mismo y con fe en la acción, y es en él que ha pensado el mismo Rudyard Kipling en su verso de oro y marfil cuyas estrofas son como el enunciado de los fuertes caracteres de la madurez:

Si puedes soñar sin que los sueños te dominen;
pensar, sin ser sólo un pensador.

Si consigues ser fuerte sin dejar de ser tierno,
y sintiéndote odiado, sin odiar a tu vez,
luchar y defenderte.

Si puedes seguir digno, aunque seas popular,
si puedes ser severo, sin llegar a la cólera,
si puedes ser audaz, sin pecar de imprudente.
Si puedes conservar tu valor, tu cabeza,
cuando los pierdan los otros.

.....
Si la obra de tu vida puedes ver destrozada
y, sin decir palabra, volver a comenzarla,
Serás un hombre, hijo mío.

ÍNDICE

I N D I C E

NUESTROS PROPÓSITOS	5
---------------------------	---

INFANCIA

<i>Nuestros hijos</i>	13
<i>El alma del niño</i>	17
<i>El hijo único</i>	21
<i>El espíritu de la infancia</i>	26
<i>Rebeldes y sumisos</i>	34
<i>El juego en la infancia</i>	38
<i>El sentimiento colectivo en la infancia</i>	42
<i>El mundo del niño</i>	45
<i>El niño que sueña</i>	49
<i>El niño nervioso</i>	53
<i>La educación del niño nervioso</i>	58
<i>El mundo mágico de la imaginación</i>	62
<i>Campamentos de menores</i>	70
<i>Enseñanza escolar especial</i>	81
<i>La fabulación infantil</i>	87
<i>La fabulación infantil en la literatura</i>	92

ADOLESCENCIA

<i>Adolescencia</i>	103
<i>Expresiones de la adolescencia</i>	108
<i>El espíritu del adolescente</i>	113
<i>Niños perennes</i>	118
<i>Nostalgia y fuga</i>	123
<i>El adolescente nervioso</i>	127

<i>Holderlin o un adolescente</i>	132
<i>La gran desilusión</i>	136
<i>Ingratitud</i>	141
<i>Los deportes en la formación del carácter</i>	145
<i>Deportes y psiquismo</i>	150
<i>El camino de la vocación</i>	155
<i>Psicotecnia</i>	161
<i>El problema sexual en la adolescencia</i>	168
<i>Escalas y término</i>	174
<i>Planes de vida juveniles</i>	180

JUVENTUD

<i>El espíritu de la juventud</i>	189
<i>Aspectos de la juventud</i>	195
<i>Las dos edades</i>	201
<i>La edad adulta</i>	206
<i>Plenitud</i>	213